

BIBLIOTECA

CONTEMPORANEA

46

6

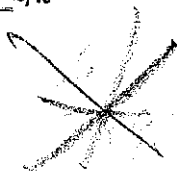
8653

6

8653



ENCUADERNACION  
LUIS GARCIA  
S. MATEO, 15



6

7653





J. RIZAL

# El Filibusterismo

(Continuación de NOLI ME TANGERE)

NOVELA FILIPINA

Fácilmente se puede suponer que un filibustero ha hechizado en secreto á la liga de los fraileros y retrógrados para que, siguiendo inconscientes sus inspiraciones, favorezcan y fomenten aquella política que sólo ambiciona un fin: extender las ideas del filibusterismo por todo el país y convencer al último filipino de que no existe otra salvación fuera de la separación de la Madre-Patria.

FERDINAND BLUMENTRITT.

TOMO II



F. GRANADA Y C.<sup>a</sup>, EDITORES  
BARCELONA

MAUCCI HERMANOS É HIJOS

RIVADAVIA, 1435  
BUENOS AIRES

MAUCCI HERMANOS

I.<sup>a</sup> DEL RELOX, 1  
MEXICO

## Biblioteca Ambos Mundos

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).
- El Crepúsculo**, por Jorge Ohnet.
- Indiana**, por Jorge Sand.—(Agotada).
- Mimi Pínsón**, por Alfredo de Musset.
- La mujer de treinta años**, por H. de Balzac.—(Agotada).
- Los Mineros de Polignies**, por Elías Berthet.
- Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira**, por Julio Claretie.—(Agotada).
- El Capitán Richard**, por A. Dumas (padre).
- Roma bajo Nerón**, por I. J. Kraszewki.
- Renata Mauperin**, por E. y J. de Goncourt.—(Agotada).
- Dosia**, por Enrique Gréville.
- El Último Ateniense**, por Victor Rydberg.—(Agotada).
- El libro de los Snobs**, por W. M. Thackeray.—(Agotada).
- Las lágrimas de Juana**, por A. Houssaye.—(Agotada).
- Margot**, por A. de Musset.—(Agotada).
- Una Entretenida**, por Arsenio Houssaye.—(Agotada).
- Cuentos al Oído**, por A. Silvestre.—(Agotada).
- La Modelo**, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).
- La Pecadora**, por A. Houssaye.
- El Cura de Longueval**, por Ludovico Halévy.
- Colomba**, por P. Merimée.
- Espirita**, por T. Gautier.

## EN PRENSA

**Werther**, por Goethe

Las agotadas se están reimprimiendo.

---

## Biblioteca de Autores Americanos

- Adoración**, por Alvaro de la Iglesia.
- Malos Amores** (Ensayo de novela), por Felipe Sassone.
- Caprichos**, (novela colombiana), por Rodrigo de Rahuán.
- Azul**, por Rubén Darío.
- Por el camino**, por Adrián del Valle.



# EL FILIBUSTERISMO



20240

Biblioteca Contemporánea

# EL FILIBUSTERISMO

(Continuación de **NOLI ME TANGERE**)

Novela filipina por

**J. RIZAL**

Fácilmente se puede suponer que un filibustero ha hechizado en secreto á la liga de los fraileiros y retrógrados para que, siguiendo inconscientes sus inspiraciones, favorezcan y fomenten aquella política que sólo ambiciona un fin: extender las ideas del filibusterismo por todo el país y convencer al último filipino de que no existe otra salvación fuera de la separación de la Madre-Patria.

FERDINAND BLUMENTRITT.

TOMO II



F. GRANADA Y C.<sup>ª</sup>, EDITORES  
BARCELONA

MAUCCI HERMANOS É HIJOS  
RIVADAVIA, 1435  
BUENOS AIRES

MAUCCI HERMANOS  
I.<sup>ª</sup> DEL RELOX, 1  
MEXICO



# ÍNDICE

---

<u>Capítulos</u>	<u>Págs.</u>
XX.—El ponente . . . . .	7
XXI.—Tipos manilenses . . . . .	17
XXII.—La función . . . . .	29
XXIII.—Un cadáver. . . . .	45
XXIV.—Sueños. . . . .	55
XXV.—Risas.—Llantos . . . . .	67
XXVI.—Pasquinadas. . . . .	77
XXVII.—El fraile y el filipino. . . . .	85
XXVIII.—Tatakut . . . . .	97
XXIX.—Últimas palabras sobre capitán Tiago. . . . .	107
XXX.—Juli. . . . .	111
XXXI.—El alto empleado . . . . .	123
XXXII.—Efectos de los pasquines. . . . .	131
XXXIII.—La última razón. . . . .	137
XXXIV.—Las bodas. . . . .	145
XXXV.—La fiesta . . . . .	151
XXXVI.—Apuros de Ben-Zaib . . . . .	161
XXXVII.—El misterio . . . . .	169
XXXVIII.—Fatalidad. . . . .	175
XXXIX. . . . .	181





## XX

### EL PONENTE

Cierto era lo que había dicho el P. Irene: la cuestión de la Academia de castellano, tanto tiempo ha presentada, se encaminaba á una solución. Don Custodio, el activo don Custodio, el más activo de todos los ponentes del mundo según Ben-Zayb, se ocupaba de ella y pasaba los días leyendo el expediente y se dormía sin haber podido decidir nada; se levantaba al siguiente, hacía lo mismo, volvía á dormirse y así sucesivamente. ¡Cuánto trabajaba el pobre señor, el más activo de todos los ponentes del mundo! Quería salir del paso dando gusto á todos, á los frailes, al alto empleado, á la condesa, al P. Irene y á sus principios liberales. Había consultado con el señor Pasta y el señor Pasta le dejó tonto y marcado después de aconsejarle un millón de cosas contradictorias é imposibles; consultó con Pepay la bailarina, y Pepay la bailarina que no sabía de que se trataba, hizo una pirueta, le pidió veinticinco pesos para enterrar á una tía suya que acababa de morir de repente por quinta vez, ó por la quinta tía que se le moría según más latas explicaciones, no sin exigir que hiciese nombrar á un primo suyo que sabía leer, escribir y tocar el violín, auxiliar de Fomento, cosas todas que estaban muy lejos para inspirarle á don Custodio una idea salvadora.

Dos días después de los acontecimientos de la feria de Kiapo, estaba don Custodio trabajando como siempre, estudiando el expediente sin encontrar la dichosa solución. Pero mientras bosteza, tose, fuma y piensa en las piruetas y en las piernas de Pepay,

vamos á decir algo sobre este elevado personaje para que se comprenda la razón por qué el P. Sibyla le propuso para terminar tan espinoso asunto y por qué le aceptaron los del otro partido.

Don Custodio de Salazar y Sánchez de Monterredondo (a) (Buena Tinta), pertenecía á esa clase de la sociedad manilense que no da un paso sin que los periódicos le cuelguen por delante y por detrás mil apelativos llamándole *infatigable, distinguido, celoso, activo, profundo, inteligente, conocedor, acaudalado*, etc., etc., como si temiesen se confundiese con otro del mismo nombre y apellidos, haragán é ignorante. Por lo demás, mal ninguno resultaba de ello y la previa censura no se inquietaba. El *Buena Tinta* le venía de sus amistades con Ben-Zayb, cuando éste, en las dos ruidosísimas polémicas que sostuvo durante meses y semanas en las columnas de los periódicos sobre si debía usarse sombrero hongo, de copa ó salakot, y sobre si el plural de *carácter* debía ser *carácteres* y no *caracteres*, para robustecer sus razones siempre se salía con «*cónstanos de buena tinta*», «*lo sabemos de buena tinta*», etc., sabiéndose después, porque en Manila se sabe todo, que esta buena tinta no era otro que don Custodio de Salazar y Sánchez de Monterredondo.

Había llegado á Manila muy joven, con un buen empleo que le permitió casarse con una bella mestiza perteneciente á una de las familias más acaudaladas de la ciudad. Como tenía talento natural, atrevimiento y mucho aplomo, supo utilizar bien la sociedad en que se encontraba y con el dinero de su esposa se dedicó á negocios, á contratas con el Gobierno y el Ayuntamiento, por lo que le hicieron concejal, después alcalde, vocal de la Sociedad Económica de Amigos del País, consejero de Administración, presidente de la Junta Administrativa de Obras Pías, vocal de la Junta de la Misericordia, consiliario del Banco Español Filipino, etc., etc. Y no se crea que estos etcéteras se parecen á los que se ponen de ordinario después de una larga enumeración de títulos:



don Custodio, con no haber visto nunca un tratado de Higiene, llegó á ser hasta vicepresidente de la Junta de Sanidad de Manila; verdad es también que de los ocho que la componen sólo uno tenía que ser médico y este uno no podía ser él. Asimismo fué vocal de la Junta Central de vacuna, compuesta de tres médicos y siete profanos, entre éstos el arzobispo y tres provinciales: fué hermano de cofradías y archicofradías y como hemos visto, vocal ponente de la Comisión Superior de Instrucción Primaria que no suele funcionar, razones todas más que suficientes para que los periódicos le rodeen de adjetivos así cuando viaja como cuando estornuda.

A pesar de tantos cargos, don Custodio no era de los que se dormían en las sesiones contentándose, como los diputados tímidos y perezosos, con votar con la mayoría. Al revés de muchos reyes de Europa que llevan el título de rey de Jerusalén, don Custodio hacía valer su dignidad y sacaba de ella todo el jugo que podía, fruncía mucho las cejas, ahuecaba la voz, tosía las palabras y muchas veces hacía el gasto de toda la sesión contando un cuento, presentando un proyecto ó combatiendo á un colega que se le había puesto entre ceja y ceja. A pesar de no pasar de los cuarenta, hablaba entonces de obrar con tiento, de dejar que se maduren las brevas, y añadía por lo bajo, ¡ melones!—de pensar mucho y andar con pies de plomo, de la necesidad de conocer el país, porque las condiciones del indio, porque el prestigio del nombre español, porque primero eran españoles, porque la religión, etc., etc. Todavía se acuerdan en Manila de un discurso suyo cuando por primera vez se propuso el alumbrado del petróleo para sustituir el antiguo de aceite de coco: en aquella innovación, lejos de ver la muerte de la industria del aceite, sólo columbró los intereses de cierto concejal—porque don Custodio ve largo—y opúsose con todos los ecos de su cavidad bucal, encontrando el proyecto demasiado prematuro y vaticinando grandes cataclismos sociales. No menos célebre fué su opinión á una se-

renata sentimental que algunos querían dar á cierto gobernador en la víspera de su marcha: don Custodio que estaba algo resentido por no recordamos qué desaires, supo insinuar la especie de si el astro veniente era enemigo mortal del saliente, con lo que atemorizados los de la serenata, desistieron.

Un día, aconsejéronle volver á España para curarse de una enfermedad del hígado, y los periódicos hablaron de él como de un Anteo que necesitaba poner el pie en la madre patria para recobrar nuevas fuerzas; más el Anteo manileño se encontró en medio de la Corte, tamañito é insignificante. Allí él no era nadie y echaba de menos sus queridos adjetivos. No alternaba con las primeras fortunas, su carencia de instrucción no le daba mucha importancia en los centros científicos y academias, y por su atraso y su política de convento, salía alelado de los círculos, disgustado, contrariado, no sacando nada en claro sino que allí se pegan sablazos y se juega fuerte. Echaba de menos los sumisos criados de Manila que le sufrían todas las impertinencias, y entonces le parecían preferibles; como el invierno le pusiese entre un brasero y una pulmonía, suspiraba por el invierno de Manila en el que le bastaba una sencilla bufanda; en el verano le faltaba la silla perezosa y el *batà* para abanicarle, en suma, en Madrid era él uno de tantos y, á pesar de sus brillantes, le tomaron una vez por un paleta que no sabe andar, y otra por un *indiano*, se burlaron de sus aprensiones y le tomaron el pelo descaradamente unos sablistas por él desairados. Disgustado de los conservadores que no hacían gran caso de sus consejos, como de los gorristas que le chupaban los bolsillos, declaróse del partido liberal volviéndose antes del año á Filipinas, si no curado del hígado, trastornado por completo en sus ideas.

Los once meses de vida de Corte, pasados entre políticos de café, cesantes casi todos; los varios discursos pescados aquí y allí, tal ó cual artículo de oposición y toda aquella vida política que se absorbe en la atmósfera, desde la peluquería entre tijeretazo

y tijeretazo del Fígaro que expone su programa hasta los banquetes donde se diluyen en períodos armoniosos y frases de efecto los distintos matices de credos políticos, las divergencias, disidencias, descontentos, etc., todo aquello, á medida que se alejaba de Europa renacía con potente savia dentro de sí como semilla sembrada, impedida de crecer por espeso follaje, y de tal manera que, cuando fondeó en Manila, se creyó que la iba á regenerar y en efecto tenía los más santos propósitos y los más puros ideales.

A los primeros meses de su llegada, todo era hablar de la Corte, de sus buenos amigos, del ministro Tal, ex ministro Cual, diputado C, escritor B; no había suceso político, escándalo cortesano del que no estuviese enterado en sus mínimos detalles, ni hombre público de cuya vida privada no conociese los secretos, ni podía suceder nada que no hubiese previsto, ni dictarse una reforma sobre la que no le hubiesen pedido anticipadamente su parecer y todo esto sazonado de ataques á los conservadores, con verdadera indignación, de apologías del partido liberal, de un cuentecillo aquí, una frase allá de un grande hombre, intercalando, como quien no quiere, ofrecimientos y empleos que rehusó por no deber nada á los conservadores. Tal era su ardor en aquellos primeros días que varios de los contertulios en el almacén de comestibles que visitaba de vez en cuando, se afiliaron al partido liberal y liberales se llamaron don Eugenio Badana, sargento retirado de carabineros, el honrado Armendia, piloto y furibundo carlista, don Eusebio Picote, vista de aduanas y don Bonifacio Tacón, zapatero y talabartero.

Sin embargo, los entusiasmos, faltos de aliciente y de lucha, fueron apagándose poco á poco. El no leía los periódicos que le llegaban de España, porque venían por paquetes y su vista le hacía bostezar; las ideas que había pescado, usadas todas, necesitaban refuerzo y no estaban allí sus oradores: y aunque en los casinos de Manila se juega bastante y se dan bastantes sablazos como en los círculos de la Corte, no

se permite en aquellos, sin embargo, ningún discurso para alimentar los ideales políticos. Pero don Custodio no era perezoso, hacía algo más que querer, obraba, y previendo que iba á dejar sus huesos en Filipinas y juzgando que aquel país era su propia esfera, dedicóle sus cuidados y creyóle liberalizarlo imaginando una serie de reformas y proyectos á cual más peregrinos. El fué quien habiendo oído en Madrid hablar del pavimento de madera de las calles de París, entonces no adoptado todavía en España, propuso su aplicación en Manila, extendiendo por las calles tablas, clavadas al modo como se ven en las casas; él fué quien lamentando los accidentes de los vehiculos de dos ruedas, para prevenirlos discurrió que les pusieran lo menos tres; él fué también quien, mientras actuaba de Vicepresidente de la Junta de Sanidad, le dió por fumigarlo todo, hasta los telegramas que venían de los puntos infestados; él fué también quien, compadeciendo por una parte á los presidiarios que trabajaban en medio del sol y queriendo por otra ahorrar al gobierno de gastar en el equipo de los mismos, propuso vestirlos con un simple taparrabo y hacerlos trabajar, en vez de día, de noche. Se extrañaba, se ponía furioso de que sus proyectos encontrasen impugnadores, pero se consolaba con pensar que el hombre que vale enemigos tiene, y se vengaba atacando y desechando cuantos proyectos buenos ó malos presentaban los demás.

Como se picaba de liberal, al preguntarle qué pensaba de los indios solía responder, como quien hace un gran favor, que eran aptos para trabajos mecánicos y *artes imitativas* (él quería decir música, pintura y escultura), y añadía su vieja coletilla de que para conocerlos hay que contar muchos, muchos años de país. Sin embargo, si oía que alguno sobresalía en algo que no sea trabajo mecánico ó *arte imitativa*, en química, medicina ó filosofía por ejemplo, decía: ¡Psh! promeeete... ¡no es tonto! y estaba él seguro de que mucho de sangre española debía correr por las venas de tal *indio*, y si no lo podía encontrar á

pesar de toda su buena voluntad, buscaba entonces un origen japonés: empezaba á la sazón la moda de atribuir á japoneses y á árabes cuanto de bueno los filipinos podían tener. Para don Custodio el *kudiman*, el *balitaraw*, el *kzumingtang* eran músicas árabes como el alfabeto de los antiguos filipinos y de ello estaba seguro aunque no conocía ni el árabe ni había visto aquel alfabeto.

—¡ Árabe y del más puro árabe! decía á Ben-Zayb en tono que no admitía réplica: cuando más, chino.

Y añadía con un signo significativo:

—Nada puede ser, nada debe ser original de los indios, ¿entiende usted? Yo les quiero mucho, pero nada se les debe alabar pues cobran ánimos y se hacen unos desgraciados.

Otras veces decía:

—Yo amo con delirio á los indios, me he constituido en su padre y defensor, pero es menester que cada cosa esté en su lugar. Unos han nacido para mandar y otros para servir; claro está que esta verdad no se puede decir en voz alta, pero se la practica sin muchas palabras. Y mire usted, el juego consiste en pequeñeces. Cuando usted quiera sujetar al pueblo, convénzale de que está sujeto; el primer día se va á reír, el segundo va á protestar, el tercero dudará y el cuarto estará convencido. Para tener al filipino dócil, hay que repetirle día por día que lo es y convencerle de que es incapaz. ¿De qué le serviría por lo demás creer en otra cosa si se hace desgraciado? Créame usted, es un acto de caridad mantener cada ser en la posición en que está; allí está el orden, la armonía. En eso consiste la *ciencia* de gobernar.

Don Custodio refiriéndose á su política ya no se contentaba con la palabra *arte*. Y al decir *gobernar* extendía la mano bajándola á la altura de un hombre de rodillas, encorvado.

En cuanto á ideas religiosas preciábase de ser católico, muy católico, ¡ah! la católica España, la tierra de María Santísima... un liberal puede y debe ser católico donde los retrógrados se las echan de

dioses ó santos cuando menos, así como un mulato pasa por blanco en la cafrería. Con todo, comía carne durante la Cuaresma menos el Viernes santo, no se confesaba jamás, no creía en milagros ni en la infalibilidad del Papa y cuando oía misa, se iba á la de diez ó á la más corta, la misa de tropa. Aunque en Madrid había hablado mal de las órdenes religiosas para no desentonar del medio en que vivía, considerándolas como anacronismos, echando pestes contra la Inquisición y contando tal ó cual cuento verde ó chusco donde bailaban los hábitos ó, mejor, frailes sin hábitos, sin embargo, al hablar de Filipinas que deben regirse por leyes especiales, tosía, lanzaba una mirada de inteligencia, volvía á extender la mano á la altura misteriosa.

—Los frailes son necesarios, son un mal necesario, decía.

Y se enfurecía cuando algún indio se atrevía á dudar de los milagros ó no creía en el Papa. Todos los tormentos de la Inquisición eran pocos para castigar semejante osadía.

Si le objetaban que dominar ó vivir á costa de la ignorancia tiene otro nombre algo malsonante y lo castigan las leyes cuando el culpable es uno solo, él se salía citando otras colonias.

—Nosotros, decía con su voz de ceremonia, podemos hablar muy alto. No somos como los ingleses y holandeses que para mantener en la sumisión á los pueblos se sirven del látigo... disponemos de otros medios más suaves, más seguros; el saludable influjo de los frailes es superior al látigo inglés...

Esta frase suya hizo fortuna y por mucho tiempo Ben-Zayb la estuvo parafraseando y con él toda Manila, la Manila pensadora la celebraba; la frase llegó hasta la Corte, se citó en el Parlamento como de *un liberal de larga residencia*, etc., etc., etc., y los frailes, honrados con la comparación y viendo afianzado su prestigio, le enviaron arrobas de chocolate, regalo que devolvió el incorruptible don Custodio, cuya virtud inmediatamente Ben-Zayb comparó con

la de Epaminondas. ¡Y sin embargo, el Epaminondas moderno se servía del bejuco en sus momentos de cólera, y lo aconsejaba!

Por aquellos días, los conventos, temerosos de que diese un dictamen favorable á la petición de los estudiantes, repetían sus regalos y la tarde en que le vemos, estaba más apurado que nunca, pues su fama de activo se comprometía. Hacía más de quince días que tenía en su poder el expediente y aquella mañana el alto empleado, después de alabar su celo, le había preguntado por su dictamen. Don Custodio respondió con misteriosa gravedad dando á entender que ya lo tenía terminado: el alto empleado se sonrió, y aquella sonrisa ahora le molestaba y perseguía.

Como decíamos, bostezaba y bostezaba. En uno de esos movimientos, en el momento en que abría los ojos y cerraba la boca, se fijó en la larga fila de cartapacios rojos, colocados ordenadamente en el magnífico estante de kamagón: al dorso de cada uno se leía en grandes letras: PROYECTOS.

Olvidóse por un momento de sus apuros y de las piruetas de Pepay, para considerar que todo lo que se contenía en aquellas gradas había salido de su fecunda cabeza en momentos de inspiración. ¡Cuántas ideas originales, cuántos pensamientos sublimes, cuántos medios salvadores de la miseria filipina! ¡La inmortalidad y la gratitud del país las tenía él seguras!

Como un viejo pisaverde que descubre mohoso paquete de epístolas amorosas, levantóse don Custodio, y se acercó al estante. El primer cartapacio, grueso, hinchado, pletórico, llevaba por título «PROYECTOS *en proyecto*».

—¡ No! murmuró; hay cosas excelentes, pero se necesitaría un año para releerlos.

El segundo, bastante voluminoso también, se titulaba «PROYECTOS *en estudio*». —¡ No, tampoco!

Luego venían los «PROYECTOS *en maduración...*» «PROYECTOS *presentados...*» «PROYECTOS *rechazados...*» «PROYECTOS *aprobados...*»

«PROYECTOS *suspendidos...*» Estos últimos cartapacios contenían poca cosa, pero el último menos todavía, el de los «PROYECTOS *en ejecución.*»

Don Custodio arrugó la nariz, ¿qué tendrá? Ya se había olvidado de lo que podía haber dentro. Una hoja de papel amarillento asomaba por entre las dos cubiertas, como si el cartapacio le sacase la lengua.

Sacóle del armario y lo abrió: era el famoso proyecto de la Escuela de Artes y Oficios.

—¡Qué diantre! exclamó; pero si se han encargado de ella los Padres Agustinos...

De repente se dió una palmada en la frente, arqueó las cejas, una expresión de triunfo se pintó en su semblante.

—¡Si tengo la solución, c—! exclamó lanzando una palabrota que no era el *eureka* pero que principia por donde éste termina; mi dictamen está hecho.

Y repitiendo cinco ó seis veces su peculiar *eureka* que azotaba el aire como alegres latigazos, radiante de júbilo se dirigió á su mesa y empezó á emborronar cuartillas.

---



## XXI

### TIPOS MANILENSES

Aquella noche había gran función en el Teatro de Variedades.

La compañía de opereta francesa de M. Jouy daba su primera función, *Les Cloches de Corneville*, se iba á exhibir á los ojos del público su selecta *troupe* cuya fama venían hace días pregonando los periódicos. Decíase que entre las actrices las había de hermosísima voz, pero de figura más hermosa todavía y si se ha de dar crédito á murmuraciones, su amabilidad estaba por encima aun de la voz y la figura.

A las siete y media de la noche ya no había billetes ni para el mismo P. Salví moribundo, y los de la entrada general formaban larguísima cola. En la taquilla hubo alborotos, peleas, se habló de filibusterismo y de razas, pero no por eso se consiguieron billetes. A las ocho menos cuarto se ofrecían precios fabulosos por un asiento de anfiteatro. El aspecto del edificio profusamente iluminado, con planchas y flores en todas partes, volvía locos á los que llegaban tarde, que se deshacían en exclamaciones y manotadas. Una numerosa muchedumbre hervía en los alrededores mirando envidiosa á los que entraban, á los que llegaban temprano temerosos de perder sus asientos: risas, murmullos, espectación saludaban á los recién venidos que desconsolados se reunían á los curiosos, y, ya que no podían entrar, se contentaban con ver á los que entraban.

Había, sin embargo, uno que parecía extraño á tanto afán, á tanta curiosidad. Era un hombre alto, delgado, que andaba lentamente arrastrando una

pierna rígida. Vestía una miserable americana color de café y un pantalón á cuadros, sucio, que modelaba sus miembros huesudos y delgados. Un sombrero hongo, artístico á fuerza de estar roto, le cubría la enorme cabeza dejando escapar unos cabellos de un gris sucio, casi rubio, largos, ensortijados en sus extremos como melenas de poeta. Lo más notable en aquel hombre no era ni su traje, ni su cara europea sin barba ni bigote, sino el color rojo subido de ella, color que le ha valido el apodo de *Camaroncocado* bajo el cual se le conocía. Era un tipo raro: perteneciente á una distinguida familia, vivía como un vagabundo, un mendigo; de raza española, se burlaba del prestigio que azotaba indiferente con sus harapos; pasaba por ser una especie de repórter y á la verdad sus ojos grises tanto saltones, tanto fríos y meditabundos, aparecían allí donde acontecía algo publicable. Su manera de vivir era un misterio para muchos, nadie sabía dónde comía, ni dónde dormía: acaso tuviera un tonel en alguna parte.

Camaroncocado no tenía en aquel tiempo la expresión dura é indiferente de costumbre, algo como una alegre compasión se reflejaba en su mirada. Un hombrecillo, un vejete diminuto le abordó alegremente.

—¡Amigoóó! dijo con voz ronca, quebrada como de rana, enseñando unos cuantos pesos mejicanos. Camaroncocado vió los pesos, y se encogió de hombros. A él ¿qué le importaban?

El vejete era su digno contraste. Pequeñito, muy pequeño, cubierta la cabeza con un sombrero de copa transformado en colosal gusano de pelo, se perdía en una levita ancha, muy ancha y demasiado larga, para encontrarse al fin de unos pantalones demasiado cortos que no pasaban de las pantorrillas. Su cuerpo parecía el abuelo y las piernas los nietos, mientras que por sus zapatos tenía aire de navegante en seco, ¡eran unos enormes zapatos de marinerero que protestaban del gusano de pelo de su cabeza con la energía de un convento al lado de la Exposición Uni-

versal! Si Camaroncocido era rojo, él era moreno; aquél siendo de raza española no gastaba un pelo en la cara, él, indio, tenía perilla y bigotes blancos, largos y ralos. Su mirada era viva. Llamábanle Tío Quico y, como su amigo, vivía igualmente de la publicidad: pregonaba las funciones y pegaba los carteles de los teatros. Era quizás el único filipino que podía impunemente ir á pie con chistera y levita, así como su amigo era el primer español que se reía del prestigio de la raza.

—El francés me ha gratificado muy bien, decía sonriendo y enseñando sus pintorescas encías que parecían una calle después de un incendio; ¡he tenido buena mano en pegar los carteles!

Camaroncocido volvió á encogerse de hombros.

—Quico, repuso en voz cavernosa, si te dan seis pesos por tu trabajo, ¿cuánto darán á los frailes?

Tío Quico con su vivacidad natural levantó la cabeza.

—¿A los frailes?

—Porque has de saber, continuó Camaroncocido, que toda esta entrada se la han procurado los conventos.

En efecto, los frailes, á su cabeza el P. Salví y algunos seglares capitaneados por don Custodio se habían opuesto á semejantes representaciones. El P. Camorra que no podía asistir encandilaba los ojos y se le hacía agua la boca, pero disputaba con Ben-Zayb que se defendía débilmente pensando en los billetes gratis que le enviaría la empresa. Don Custodio le hablaba de moralidad, de religión, buenas costumbres, etc.

—Pero, balbuceaba el escritor, si nuestros sainetes con sus juegos de palabras y frases de doble sentido...

—¡ Pero al menos están en castellano! le interrumpía gritando el virtuoso concejal, encendido en santa ira; ¡ obscenidades en francés, hombre, Ben-Zayb, por Dios, en francés! ¡ Eso, jamás!

Y decía el ¡jamás! con la energía de un triple

Guzmán á quien le amenazasen con matarle una pulga si no rendía veinte Tarifas. El P. Irene naturalmente opinaba como don Custodio y execraba las operetas francesas. ¡ Pfu! El había estado en París, pero ni siquiera pisó la acera de un teatro, ¡ Dios le libre!

Pero la opereta francesa contaba también con numerosos partidarios. Los oficiales del ejército y de la armada, entre ellos los ayudantes del general, los empleados y muchos grandes señores estaban ansiosos de saborear las delicadezas de la lengua francesa en boca de legítimas *parisiennes*; uníanse á ellos los que viajaron por las M. M. y chapurrearon un poco de francés durante el viaje, los que visitaron París y todos aquellos que querían echárselas de ilustrados. Dividióse pues la sociedad de Manila en dos bandos, en operetistas y antioperetistas que se vieron secundados por señoras de edad, esposas celosas y cuidadosas del amor de sus maridos, y por las que tenían novio, mientras las libres y las hermosas se declaraban furibundas operetistas. Cruzáronse volantes y más volantes, hubo idas y venidas, dimes y directes, juntas, cabildeos, discusiones, se habló hasta de insurrección de los indios, de la indolencia, de razas inferiores y superiores, de prestigio y otras patrañas y después de mucha chismografía y mucha murmuración el permiso se concedió y el P. Salví publicó una pastoral que nadie leyó sino el corrector de la imprenta. Dijose que si el General riñó con la condesa, si ésta pasaba su vida en las quintas de placer, si Su Excelencia estaba aburrido, si el cónsul francés, si hubo regalos, etc., etc., y danzaron muchos nombres, el del chino Quiroga, el de Simoun y hasta los de muchas actrices.

Gracias á este escandaloso preliminar, la impaciencia de la gente se había excitado y desde la víspera, que fué cuando llegaron los artistas, sólo se hablaba de ir á la primera función. Desde que aparecieron los carteles rojos anunciando *Les Cloches de*

*Corneville*, los vencedores se aprestaron á celebrar la victoria. En algunas oficinas, en vez de pasar el tiempo leyendo periódicos y charlando, se devoraba el argumento; se leían novelitas francesas y muchos se iban al excusado y fingían una disentería para consultar á ocultis el diccionario de bolsillo. No por esto los expedientes se despachaban, al contrario, hacían volver á todos para el día siguiente, pero el público no podía enfadarse: se encontraba con unos empleados muy corteses, muy afables, que les recibían y les despedían con grandes saludos á la francesa: los empleados se ensayaban, sacudían el polvo á su francés y se lanzaban mutuamente *oui monsieur, s'il vous plaît, y pardon!* á cada paso, que era una felicidad verlos y oírlos. Pero, donde la animación y el apuro llegaban á su colmo, era en las redacciones de los periódicos; Ben-Zayb, señalado como crítico y traductor del argumento, temblaba como una pobre mujer acusada de brujería; veía á sus enemigos cazándole los gazapos y echándole en cara sus pocos conocimientos de francés. Cuando la ópera italiana, á poco más tuvo un desafío por haber traducido mal el nombre de un tenor; cierto envidioso publicó inmediatamente un artículo tratándole de ignorante, á él; la primera cabeza pensante de Filipinas!; Lo que le costó defenderse! lo menos tuvo que escribir diez y siete artículos y consultar quince diccionarios. Y con este saludable recuerdo el pobre Ben-Zayb andaba con manos de plomo, no decimos pies, por no imitar al P. Camorra que tenía la avilantez de reprocharle que escribía con ellos.

—¿Ves, Quico? decía Camaroncocido; la mitad de la gente viene por haber dicho los frailes que no vengán, es una especie de manifestación; y la otra mitad, porque se dicen: ¿los frailes lo prohíben? pues debe ser instructivo. ¡Créeme, Quico, tus programas eran buenos, pero mejor es aun la Pastoral y cuenta que no la ha leído nadie!

—Amigooó, ¿crees tuuú, preguntó inquieto Tío

Quico, que por la competencia del P. Salví en adelantee se supriman mis funcionees?

—Puede ser, Quico, puede ser, contestó el otro mirando hacia el cielo; el dinero empieza á escasear...

Tío Quico murmuró algunas palabras y frases incoherentes; si los frailes se meten á anunciadores de teatro se metería él á fraile. Y después de despedirse de su amigooó se alejó tosiendo y haciendo sonar sus pesos.

Camaroncocido, con su indiferencia de siempre, continuó vagando acá y allá con la pierna á cuestras y la mirada soñolienta. Llamaron su atención la llegada de fisonomías extrañas, venidas de diferentes puntos y que se hacían señas con un guiño, una tos. Era la primera vez que veía en tales ocasiones semejantes individuos, él que conocía todas las facciones de la ciudad y todas sus fisonomías. Hombres de cara oscura, espaldas dobladas, aire inquieto y poco seguro, y mal disfrazados como si se pusiesen por primera vez la americana. En vez de colocarse en primera fila para ver á sus anchas, se ocultaban entre sombras como evitando ser vistos.

—¿Policía secreta ó ladrones? se preguntó Camaroncocido é inmediatamente se encogió de hombros; y á mí ¿qué me importa?

El farol de un coche que venía alumbró al pasar un grupo de cuatro ó cinco de estos individuos hablando con uno que parecía militar.

—¡Policía secreta! ¡será un nuevo cuerpo! murmuró.

E hizo un gesto de indiferencia. Pero luego observó que el militar, después de comunicar con dos ó tres grupos más, se dirigió á un coche y pareció hablar animadamente con una persona en el interior. Camaroncocido dió algunos pasos y sin sorprenderse creyó reconocer al joyero Simoun, mientras sus finos oídos percibían este corto diálogo:

—¡ La señal es un disparo!

—Sí, señor.

—No tengáis cuidado; es el general quien lo manda; pero cuidado con decirlo. Si seguís mis instrucciones, ascenderéis.

—Sí, señor.

—¡ Con que estad dispuestos!

La voz calló y segundos después el coche se puso en movimiento. Camaroncocido, á pesar de toda su indiferencia, no pudo menos de murmurar:

—Algo se trama... ¡ atención á los bolsillos!

Y sintiendo que los suyos estaban vacíos, volvió á encogerse de hombros. A él ¿qué le importaba que el cielo se viniera abajo?

Y siguió haciendo su ronda. Al pasar delante de dos personas que hablaban, pescó lo que una de ellas que tenía en el cuello rosarios y escapularios, decía en tagalo:

—Los frailes pueden más que el general, no seas simple; éste se va y ellos se quedan. Con tal de que lo hagamos bien nos haremos ricos. ¡ La señal es un disparo!

—¡ Aprieta, aprieta! murmuró Camaroncocido sacudiendo los dedos; allá el general, y aquí el P. Salvi... ¡ Pobre país!... Pero, ¿y á mí qué?

Y encogiéndose de hombros y escupiendo al mismo tiempo, dos gestos que en él eran los signos de la mayor indiferencia, prosiguió sus observaciones.

Entretanto los coches venían en vertiginosa carrera, paraban en firme junto á la puerta depositando á la alta sociedad. Las señoras, aunque apenas hacía fresco, lucían magníficos chales, pañolones de seda y hasta abrigos de entretiempos; los caballeros, los que iban de frac y corbata blanca usaban gabanes, otros los llevaban sobre el brazo luciendo los ricos forros de seda.

En el grupo de los curiosos, Tadeo, el que se enferma en el momento que baja el catedrático, acompaña á su compobiano, el novato que vimos sufrir las consecuencias del mal leído principio de Descartes. El novato es muy curioso y preguntón y Tadeo se aprovecha de su ingenuidad é inexperiencia para

contarle las más estupendas mentiras. Cada español que le saluda, sea empleadillo ó dependiente de almacén, lo endosa á su compañero jefe de negociado, marqués, conde, etc.; en cambio si pasaba de largo, ¡psh! ¡es un *vago*, un oficial quinto, un cualquiera! Y cuando faltan los pedestres para mantener la admiración del novato, abusa de los coches flamantes que desfilan; Tadeo saluda graciosamente, hace un signo amistoso con la mano, suelta un ¡adiós! familiar.

—¿Quién es?

—¡Bah! contestá negligentemente; el gobernador civil... el segundo cabo... el magistrado tal... la señora de... amigos míos!

El novato le admite, le escucha embobado y se cuida muy bien de ponerse á la izquierda. ¡Tadeo, amigo de magistrados y gobernadores!

Y Tadeo le nombra todas las personas que llegan y, cuando no las conoce, inventa apellidos, historias y da curiosos detalles.

—¿Ves? aquel señor alto, de patillas negras, algo bizco, vestido de negro, es el magistrado A, amigo íntimo de la señora del coronel B; un día, á no ser por mí, se pegan los dos... ¡adiós! Mira, allí llega precisamente el coronel, ¿si se pegarán?

El novato suspende la respiración, pero el coronel y el magistrado se estrechan afectuosamente la mano; el militar, un solterón, pregunta por la salud de la familia, etc.

—¡Ah! ¡gracias á Dios! respira Tadeo; soy yo quien les ha hecho amigos.

—¿Si les pidiera usted que nos hagan entrar? pregunta con cierta timidez el novato.

—¡Ca, hombre! ¡Yo no pido nunca favores! dice majestuosamente Tadeo; los hago, pero desinteresadamente.

El novato se muerde los labios, se queda más pequeño y pone una respetuosa distancia entre él y su compobano.

Tadeo continúa;



—Ese es el músico H... ese, el abogado J que pronunció como suyo un discurso impreso en todos los libros y los oyentes le felicitaron y le admiraron... El médico K, ese que baja de un hansomcab, especialista en enfermedades de niños, por eso le llaman Herodes... Ese es el banquero L, que sólo sabe hablar de sus riquezas y almorranas... El poeta M, que siempre trata de estrellas y del *más allá*... Allí va la hermosa señora de N, que el padre Q suele encontrar cuando visita al marido ausente... el comerciante judío P, que se vino con mil pesos y ahora es millonario... Aquel de larga barba es el médico R, que se ha hecho rico creando enfermos mejor que sanando...

—¿Creando enfermos?

—Sí, hombre, en el reconocimiento de los quintos... ¡atención! Ese respetable señor que va elegantemente vestido, no es médico pero es un homeópata *sui generis*: profesa en todo el *similia similibus*... El joven capitán de caballería que con él va, es su discípulo predilecto... Ese con traje claro que tiene el sombrero ladeado, es el empleado S, cuya máxima es no ser nunca cortés y se le llevan los diablos cuando ve un sombrero puesto sobre la cabeza de otro; dicen que lo hace para arruinar á los sombrereros alemanes... Ese que llega con su familia es el riquísimo comerciante C que tiene más de cien mil pesos de renta... pero ¿qué me dirás si te cuento que me debe todavía cuatro pesos, cinco reales y doce cuartos? Pero ¿quién cobra á un ricacho como ese?

—¿Le debe á usted ese señor?

—¡Claro! un día le saqué de un gran apuro, era un viernes á las siete y media de la mañana, todavía me acuerdo, yo no había almorzado aún... Esa señora que va seguida de una vieja es la célebre Pepay la bailarina... ahora ya no baila desde que un señor muy católico y muy amigo mío... se lo ha prohibido... Allí está el calavera Z, de seguro que va tras la Pepay para hacerla bailar otra vez. Es un buen chico, muy amigo mío; no tiene más defectos que uno: es mestizo chino y se llama á sí mismo español pe-

ninsular. ¡Sst! Mira á Ben-Zayb, ese con cara de fraile, que lleva un lápiz en la mano y un rollo de papeles, es el gran escritor Ben-Zayb, muy amigo mío; ¡tiene un talento!...

—Diga usted, y ese hombrecillo con patillas blancas...

—Ese es el que ha hecho de sus hijas, esas tres pequeñitas, auxiliares de Fomento para que cobren en la nómina... ¡Es un señor muy listo, pero muy listo! comete una tontería y la atribuye... á los otros, se compra camisas y las paga la Caja. ¡Es listo, muy listo, pero muy listo!...

Tadeo se interrumpe.

—¿Y ese señor que tiene aire feroz y mira á todo el mundo por encima de sus hombros? pregunta el novato señalando á un hombre que mueve la cabeza con altanería.

Pero Tadeo no responde, alarga el cuello para ver á la Paulita Gómez que venía en compañía de una amiga, de doña Victorina y de Juanito Peláez. Este les había regalado un palco y estaba más jorobado que nunca.

Llegan coches y más coches, llegan los artistas que entran por otra puerta seguidos de amigos y admiradores.

Paulita ya ha entrado y continúa Tadeo:

—Esas son las sobrinas del rico capitán D, esas que vienen en el landó, ¿ves qué hermosas y sanas son? Pues dentro de algunos años estarán muertas ó locas... Capitán D se opone á que se casen, y la locura del tío se manifiesta en las sobrinas... Esa es la señorita E, la riquísima heredera que se disputan el mundo y los conventos... ¡Calla! ¡á ese le conozco! ¡el P. Irene disfrazado, con bigotes postizos! ¡Le conozco en su nariz! ¡Y él que tanto se oponía!...

El novato mira escandalizado y ve desaparecer una bien cortada levita detrás de un grupo de señoras.

—¡Las tres Parcas! continuó Tadeo viendo llegar

á tres señoritas secas, huesudas, ojerosas, de ancha boca y cursilmente vestidas. Se llaman...

—¿Atropos?... balbucea el novato que quería hacer ver que también sabía algo, al menos la mitología.

—No, hombre, se llaman las señoritas de Balcón, criticonas, solteronas, pelonas... Profesan odio á todo, á hombres, á mujeres, á niños... Pero mira como al lado del mal Dios pone el remedio, sólo que á veces llega tarde. Detrás de las Parcas, espanto de la ciudad, vienen esos tres, el orgullo de sus amigos, entre los cuales yo me cuento. Ese joven delgado, de ojos saltones, algo encorvado, que gesticula con viveza porque no ha encontrado billetes, es el químico S, autor de muchos estudios y trabajos científicos, premiados algunos y notables todos; los españoles dicen de él que *promete, promete...* El que le apacigua con su risa volteriana es el poeta T, chico de talento, muy amigo mío, y por lo mismo que es de talento ha arrojado la pluma. El otro que les propone entrar con los actores por la otra puerta, es el joven médico U, que ha hecho muchas buenas curas; de él dicen también que promete... no está tan jorobado como Peláez pero es más listo y más pillo todavía. Yo creo que á la misma Muerte le cuenta bolas y la marea.

—¿Y ese señor moreno con bigotes como cerdas?

—¡Ah! es el comerciante F, que todo lo falsifica, hasta su fe de bautismo; quiere á toda costa ser mestizo español y hace heroicos esfuerzos por olvidarse de su idioma.

—Pero, sus hijas son muy blancas...

—¡Sí, razón por la cual el arroz ha subido de precio y eso que no comen más que pan!

El novato no comprende la relación del precio del arroz con la blancura de aquellas muchachas.

—Allí está el novio, ese joven delgado, moreno, de andar lento que las sigue y que saluda con aire protector á los tres amigos que se ríen de él... es un mártir de sus ideas, de su consecuencia,

El novato se siente lleno de admiración y respeto hacia el joven.

—Tiene aire de tonto, pero lo es, continúa Tadeo; nació en San Pedro Makati y se priva de muchas cosas; no se baña casi nunca ni prueba el cerdo porque, según él, los españoles no lo comen y por la misma razón no toma arroz, patis ni bagoon, aunque se muera de hambre y se le haga agua la boca... Todo lo que venga de Europa, podrido ó en conserva, le sabe á cielo y hace un mes Basilio le salvó de una feroz gastritis; ¡ se había comido un tarro de mostaza para probar que es europeo!

En aquel momento la orquesta empezó á tocar un vals.

—¿ Ves ese señor? ¿ ese enclenque que va volviendo lá cabeza buscando saludos? Es el célebre gobernador de Pangasinán, un buen hombre que pierde el apetito cuando algún indio deja de saludarle... A poco más se muere si no suelta el *bando de los saludos* á que debe su celebridad. ¡ Pobre señor! hace tres días que ha venido de la provincia ¡ y cuánto ha enflaquecido! ¡ oh! he aquí al grande hombre, al insigne, ¡ abre tus ojos!

—¿ Quién es? ¿ Ese de las cejas fruncidas?

—Sí, ese es don Custodio, el liberal don Custodio, tiene las cejas fruncidas porque medita algún proyecto importante... si se llevaran á cabo las ideas que tiene en la cabeza, ¡ otra cosa sería! ¡ Ah! aquí viene Makaraig, ¡ tu compañero de casa!

En efecto venía Makaraig con Pecson, Sandoval, é Isagani. Tadeo al verlos se adelantó y les saludó.

—¿ No viene usted? preguntóle Makaraig.

—No hemos encontrado billetes...

—A propósito, tenemos un palco, repuso Makaraig; Basilio no puede venir... vengan ustedes con nosotros.

Tadeo no se hizo repetir la invitación. El novato, temiendo molestar, con la timidez propia de todo indio provinciano, se excusó y no hubo medio de hacerle entrar.

## XXII

### LA FUNCIÓN

El aspecto que ofrecía el teatro era animadísimo; estaba lleno de bote en bote, y en la entrada general, en los pasillos se veía mucha gente de pie, pugnando por sacar la cabeza ó meter un ojo entre un cuello y una oreja. Los palcos descubiertos, llenos en su mayor parte de señoras, parecían canastillas de flores, cuyos pétalos agitara una leve brisa (hablo de los abanicos), y en donde zumban insectos mil. Sólo que como hay flores de delicado y fuerte perfume, flores que matan y flores que consuelan, en las canastillas de nuestro teatro también se aspiran perfumes parecidos; se oyen diálogos, conversaciones, frases que pican ó corroen. Sólo tres ó cuatro de los palcos estaban aún vacíos á pesar de lo avanzado de la hora; para las ocho y media se había anunciado la función, eran ya las nueve menos cuarto, y el telón no se levantaba por que su excelencia no había llegado todavía. Los de la entrada general, impacientes é incómodos en sus asientos, armaban un alboroto pataleando y golpeando el suelo con sus bastones.

—¡Bum-bum-bum! ¡que se abra el telón! ¡bum-bum-bum!

Los artilleros no eran los menos alborotadores. Los émulos de Marte, como los llama Ben-Zayb, no se contentaban con esta música; creyéndose tal vez en una plaza de toros, saludaban á las señoras que pasaban delante de ellos con frases que por eufemismo se llaman en Madrid flores, cuando á veces se parecen á humeante basura. Sin hacer caso de las miradas furibundas de los maridos, pregonan en alta

voz los sentimientos y deseos que en ellos despiertan tantas hermosuras...

En las butacas—á donde parece que temen bajar las señoras tan no se ve á ninguna—reina un murmullo de voces, de risas reprimidas, entre nubes de humo... Discuten el mérito de las artistas, hablan de escándalos, si su excelencia ha reñido con los frailes, si la presencia del general en semejante espectáculo es una provocación ó sencillamente una curiosidad; otros no piensan en estas cosas, sino en cautivar las miradas de las señoras adoptando posturas más ó menos interesantes, más ó menos estatuarias, haciendo jugar los anillos de brillantes, sobre todo cuando se creen observados por insistentes gemelos; otros dirigen respetuosos saludos á tal señora ó señorita bajando la cabeza con mucha gravedad, mientras le susurran al vecino:

—¡Qué ridícula es! ¡qué cargante!

La dama contesta con la más graciosa de sus sonrisas y un movimiento encantador de cabeza y murmura á la amiga que asiente, entre dos indolentes abanicazos:

—¡Qué pretencioso! Chica, está loco enamorado.

Entre tanto los golpes menudean: ¡bum-bum-bum! ¡toc-toc-toc! ya no quedan más que dos palcos vacíos y el de su excelencia que se distingue por sus cortinas rojas de terciopelo. La orquesta toca otro vals, el público protesta; afortunadamente se presenta un héroe caritativo que distrae la atención y redime al empresario; es un señor que ha ocupado una butaca y se niega á cederla á su dueño, el filósofo don Primitivo. Viendo que sus argumentos no le convencen, don Primitivo acude al acomodador.— ¡No me da la gana! le responde el héroe, fumando tranquilamente su cigarrillo. El acomodador acude al director.— ¡No me da la gana! repite y se arrellana en la butaca. El director sale, mientras los artilleros de las galerías empiezan á cantar en coro:

—¡A que no! ¡A que sí! ¡A que no! ¡A que sí!

Nuestro actor que ya ha llamado la atención de

todos cree, que ceder sería rebajarse y se agarra á la butaca mientras repite su contestación á la pareja de Veterana que fué á llamar el director. Los guardias, teniendo en consideración la categoría del rebelde, van á buscar al cabo, mientras casi toda la sala se deshace en aplausos, celebrando la entereza del señor que continúa sentado como un senador romano.

Resuenan silbidos, el señor que tiene firmeza de carácter vuelve la cabeza airado creyendo que le silban; se oye galopar de caballos, se nota movimiento; cualquiera diría que ha estallado una revolución ó cuando menos un motín; no, la orquesta suspende el vals y toca la marcha real; es su excelencia el capitán general y gobernador de las Islas el que llega: todas las miradas le buscan, le siguen, le pierden y aparece al fin en su palco y, después de mirar á todas partes y hacer felices á algunos con un omnipotente saludo, se sienta como si fuera un hombre, sobre el sillón que le espera. Los artilleros se callan entonces y la orquesta ataca la introducción.

Nuestros estudiantes ocupaban un palco frente á frente del de Pepay la bailarina. Este palco era un regalo de Makaraig que ya se había puesto en inteligencia con ella para tener á don Custodio propicio. La Pepay había escrito aquella misma tarde una carta al célebre ponente esperando una contestación y dándole una cita en el teatro. Por esta razón don Custodio, á pesar de la ruda oposición que había desplegado contra la opereta francesa, se iba al teatro, lo cual le valió finas pullas de parte de don Manuel, su antiguo adversario en las sesiones del Ayuntamiento.

—¡Vengo para juzgar la opereta! había replicado con el tono de un Catón satisfecho de su conciencia.

Makaraig pues, cambiaba miradas de inteligencia con la Pepay, quien le daba á entender que algo tenía que decirle; y como la bailarina tenía cara alegre, todos auguraban que el éxito estaba asegurado. Sandoval, que acababa de llegar de unas visitas que había hecho en otros palcos, aseguró que el dictamen

había sido favorable y que aquella tarde misma lo había examinado la comisión superior y lo había aprobado. Todo pues era júbilo, Pecson mismo se olvidaba de sus pesimismo viendo á la Pepay enseñar sonriendo una cartita; Sandoval y Makaraig se felicitaban mutuamente, sólo Isagani permanecía algo frío y apenas se sonreía.

¿Qué le había pasado al joven?

Isagani, al entrar en el teatro, vió á Paulita en un Palco y á Juanito Peláez conversando con ella. Púsose pálido y creyó que se equivocaba. Pero no, era ella misma, ella que le saludaba con una graciosa sonrisa mientras sus hermosos ojos parecían pedirle perdón y prometerle explicaciones. En efecto, habían convenido en que Isagani iría primero al teatro para ver si en el espectáculo no había nada inconveniente para una joven, y ahora la encontraba él, y nada menos que en compañía de su rival. Lo que pasó por el alma de Isagani era indescriptible: ira, celos, humillación, resentimiento rugieron en su interior; hubo un momento en que deseó que el teatro se desplomase; tuvo ganas violentas de reír á carcajadas, de insultar á su amada, provocar á su rival, armar un escándalo, pero se contentó con sentarse lentamente y no dirigirla jamás la mirada. Oía los hermosos proyectos que hacían Makaraig y Sandoval y le sonaban á ecos lejanos; las frases del vals le parecían tristes y lúgubres, todo aquel público, fatuo é imbécil, y varias veces tuvo que hacer esfuerzos para contener las lágrimas. De la cuestión del caballero que no quería dejar la butaca, de la llegada del capitán general se apercibió apenas; miraba hacia el telón de boca que representaba una especie de galería entre suntuoso cortinaje rojo, con vista á un jardín en medio del cual se levanta un surtidor. ¡Cuán triste se le antojaba la galería y qué melancólico el paisaje! Mil reminiscencias vagas surgían en su memoria como lejanos ecos de música oída durante la noche, como aires de una canción de la infancia, murmullo de bosques solitarios, riachuelos sombríos, no-



ches de luna á los bordes del mar que se extendía inmenso delante de sus ojos... Y el enamorado joven que se consideraba muy desgraciado, se puso á mirar al techo para que las lágrimas no cayesen de sus ojos.

Una salva de aplausos le sacó de su meditación.

El telón acababa de levantarse y el alegre coro de campesinos de Corneville se presentaba á sus ojos, vestidos con sus gorros de algodón y pesados zuecos de madera en los pies. Ellas, unas seis ó siete muchachas, bien pintadas de carmín en los labios y mejillas, con grandes círculos negros en torno de los ojos para aumentar su brillo, enseñaban blancos brazos, dedos llenos de brillantes y piernas redondas y bien torneadas. Y mientras cantaban la frase normanda *¡allez, marchez! ¡allez, marchez!* sonreían á sus respectivos adoradores de las butacas con tanta desfachatez que don Custodio, después de mirar al palco de la Pepay como para asegurarse de que no hacía lo mismo con otro admirador, consignó en la cartera esta indecencia y para estar más seguro, bajó un poco la cabeza para ver si las actrices no enseñaban hasta las rodillas.

—¡ Oh, estas francesas! murmuró mientras su imaginación se perdía en consideraciones de un grado más elevado y hacía comparaciones y proyectos.

*Quoi v'la tous les cancans d'la s'maine!...*

canta Gertrude, una soberbia moza que mira picarescamente de reojo al capitán general.

—¡ Cancán tenemos! exclamó Tadeo, el primer premio de francés en su clase, y que pudo pescar esta palabra. ¡ Makaraig, van á bailar el cancán!

Y se frotó alegremente las manos.

Tadeo, desde que se levantó el telón, no hacía caso de la música; sólo buscaba lo escandaloso, lo indecente, lo inmoral en los gestos y en los trajes, y con su poco de francés aguzaba el oído para pillar las obscenidades que tanto habían pregonado los censores severos de su patria.

Sandoval que se las daba de saber francés, se había convertido en una especie de intérprete para sus amigos. Sabía tanto como Tadeo pero se ayudaba del argumento publicado por los periódicos y lo demás se lo suplía su fantasía.

—Sí, dijo, van á bailar el cancan y ella lo va á dirigir.

Makaraig y Pecson se pusieron atentos sonriéndose de antemano. Isagani miró á otra parte, avergonzado de que Paulita asistiese á semejante espectáculo y pensaba que debía desafiar á Juanito Peláez al día siguiente:

Pero nuestros jóvenes esperaron en vano. Vino la Serpolette, una deliciosa muchacha con su gorro de algodón igualmente, provocadora y belicosa;

Hein! qui parle de Serpolette?

pregunta á las chismosas, con los brazos en jarras y aire batallador. Un caballero aplaudió y después siguieron todos los de las butacas. Serpolette, sin dejar su actitud de buena moza, miró al que primero la aplaudió y le pagó con una sonrisa enseñando unos diminutos dientes que parecían collarcito de perlas en un estuche de terciopelo rojo. Tadeo siguió la mirada y vió á un caballero, con unos bigotes postizos y una nariz muy larga.

—¡ Voto al chápиро! dijo, ¡ Irenillo!

—Sí, contestó Sandoval, le he visto dentro hablando con las actrices.

En efecto, el P. Irene, que era un melómano de primer orden y conocía muy bien el francés, fué enviado por el P. Salvi al teatro como una especie de policía secreta religiosa, así al menos lo decía él á las personas que le reconocían. Y como buen crítico que no se contenta con ver las piezas de lejos, quiso examinar de cerca á las artistas; confundióse en el grupo de los admiradores y elegantes, se introdujo en el vestuario donde se cuchicheaba y se hablaba un francés de necesidad, un francés de *tienda*, idio-

ma que es muy comprensible para la vendedora cuando el parroquiano parece dispuesto á pagar bien.

La Serpolette estaba rodeada de dos gallardos oficiales, de un marino y un abogado, cuando le divisó rondando y metiendo en todas partes y rendijas la punta de su larga nariz como si sondease con ella los misterios de la escena.

La Serpolette suspendió su charla, frunció las cejas, las levantó, abrió los labios y con la vivacidad de una parisiense dejó á sus admiradores y se lanzó como un torpedo contra nuestro crítico.

—¡Tiens, tiens, Toutou! ¡mon lapin! exclamó cogiéndole del brazo al P. Irene y sacudiéndole alegremente mientras hacía vibrar el aire de notas argentinas.

—¡Chut, chut! dijo el P. Irene procurando esconderse.

—¡Mais, comment! ¡toi ici, grosse bête! Et moi qui t'crovais...

—¡'Tais pas d'tapage, Lily! ¡il faut m'respecter! ¡'suis ici l'Pape!

A duras penas pudo el P. Irene hacerla entrar en razón. La alegre Lily estaba *enchantée* de encontrar en Manila á un antiguo amigo que le recordaba las *coulisses* del teatro de la Grande Opera. Y así fué como el P. Irene, cumpliendo á la vez con sus deberes de amistad y de crítico, iniciaba un aplauso para animarla: la Serpolette lo merecía.

Entretanto nuestros jóvenes esperaban el cáncán, Pecson se volvía todo ojos; todo menos cáncán había. Hubo un momento en que si no llega gente de curia, se iban á pegar las mujeres y arrancarse los moños, azuzadas por los pícaros paisanos que esperaban, como nuestros estudiantes, ver algo más que un cáncán.

Scit, scit, scit, scit, scit, scit,  
 Disputez-vous, battez-vous,  
 Scit, scit, scit, scit, scit, scit,  
 Nous allons compter les coups.

La música cesó, se fueron los hombres, volvieron poco á poco las mujeres y empezó entre ellas un diálogo del que nada comprendieron nuestros amigos. Estaban hablando mal de un ausente.

—¡ Parecen los macanistas de la pansitería! observó Pecson en voz baja.

—¿ Y el cancán? preguntó Makaraig.

—¡ Están discutiendo el sitio más á propósito para bailarlo! repuso gravemente Sandoval.

—¡ Parecen los macanistas de la pansitería! repitió Pecson disgustado.

Una señora, acompañada de su marido, entraba en aquel momento y ocupaba uno de los dos palcos vacíos. Tenía el aire de una reina y miraba con desdén á toda la sala como si dijese: «¡ He llegado más tarde que todas vosotras, montón de cursis y provincianas, he llegado más tarde que vosotras!» En efecto: personas hay que van á los teatros como los burros en una carrera: gana el que llega el último. Hombres muy sensatos conocemos que primero subían al patíbulo que entraban en el teatro antes del primer acto. Pero el gozo de la dama fué de corta duración; había visto el otro palco que continuaba vacío, frunció las cejas, y se puso á reñir á su cara mitad armando tal escándalo que muchos se impacientaron.

—¡ Sst! ¡ sst!

—¡ Los estúpidos! ¡ como si entendieran el francés! dijo la dama mirando con soberano desprecio á todas partes y fijándose en el palco de Juanito de donde creyó oír partir un imprudente ¡ sst!

Juanito, en efecto, era culpable; desde el principio se las echaba de entender todo y se daba aires, sonriendo y aplaudiendo á tiempo como si nada de lo que decían se le escapase. Y eso que no se guiaba de la mímica de los artistas porque miraba apenas hacia la escena. El truhán decía muy intencionadamente á Paulita, que, habiendo mujeres muchísimo más hermosas, no quería cansarse mirando á lo lejos... Paulita se ruborizaba, se cubría la cara con el abanico y miraba de hurtadillas hacia donde estaba Isagani,

que sin reirse ni aplaudir presenciaba distraído el espectáculo.

Paulita sintió despecho y celos; ¿se enamoraría Isagani de aquellas provocadoras actrices? Este pensamiento la puso de mal humor y apenas oyó las alabanzas que doña Victorina prodigaba á su favorito.

Juanito desempeñaba bien su papel: á veces movía la cabeza en señal de disgusto y entonces se oían toses, murmullos en algunas partes; á veces sonreía, aprobaba y un segundo después resonaban aplausos. Doña Victorina estaba encantada y hasta concibió vagos deseos de casarse con el joven el día que don Tiburcio se muriera. ¡Juanito sabía francés y de Espadaña no! ¡Y empezó á hacerle zalamerías! Pero Juanito no se apercibía del cambio de táctica, atento como estaba en observar á un comerciante catalán que estaba junto al cónsul suizo: Juanito que los había visto hablando en francés, se inspiraba en sus fisonomías y daba soberanamente el pego.

Vinieron escenas sobre escenas, personajes sobre personajes, cómicos y ridículos como el bailli y Grenicheux, nobles y simpáticos como el marqués y Germaine; el público se rió mucho del bofetón de Gaspard, destinado para el cobarde Grenicheux y recibido por el grave bailli, de la peluca de éste que vuela por los aires, del desorden y alboroto cuando cae el telón.

—¿Y el cancán? preguntó Tadeo.

Pero el telón se levanta inmediatamente y la escena representa el mercado de criados, con tres postes cubiertos de banderolas y llevando los anuncios de *servantes*, *cochers* y *domestiques*. Juanito aprovecha la ocasión y en voz bastante alta para que oiga Paulita y esté convencida de su saber, se dirige á doña Victorina.

—*Servantes* significa sirvientes, *domestiques* domésticos...

—¿Y en qué se diferencian los *servantes* de los *domestiques*? pregunta Paulita.

Juanito no se queda corto.

—*Domestiques*, los que están domesticados: no ha observado usted como algunos tenían aire de salvajes? Esos son los *servantes*.

—¡ Es verdad! añade doña Victorina; algunos tenían muy malas maneras... y yo que creía que en Europa todos eran finos y... pero, como pasa en Francia... ¡ ya lo veo!

—¡ Sst, sst!

Pero el apuro de Juanito fué cuando, llegada la hora del mercado y abierta la barrera, los criados que se alquilaban se colocaron al lado de los respectivos anuncios que señalaban su clase. Los criados, unos diez ó doce tipos rudos, vestidos de librea y llevando una ramita en la mano, se situaban debajo del anuncio *domestiques*.

—¡ Esos son los domésticos! dice Juanito.

—A la verdad que tienen aire de recién domesticados, observa doña Victorina; ¡ vamos á ver á los medio salvajes!

Después, la docena de muchachas, á su cabeza la alegre y viva Serpolette, ataviadas con sus mejores trajes, llevando cada una un gran ramillete de flores á la cintura, risueñas, sonrientes, frescas, apetitosas, se colocan con gran desesperación de Juanito junto al poste de las *servantes*.

—¿Cómo? pregunta cándidamente Paulita; ¿son esas las salvajes que usted dice?

—No, contesta Juanito imperturbable; se han equivocado... se han cambiado... Esos que vienen detrás.

—¿Esos que vienen con un látigo?

Juanito hace señas de que sí, con la cabeza, muy inquieto y apurado.

—¿De modo que esas mozas son los *cochers*?

A Juanito le ataca un golpe de tos tan violenta que provoca la impaciencia de algunos espectadores.

—¡ Fuera ese! ¡ fuera el tísico! grita una voz.

¿Tísico? ¿Llamarle tísico delante de la Paulita? Juanito quiere ver al deslenguado y hacerle tragar la tisis. Y viendo que las mujeres se interponían, se envalentonó más y le crecieron los ánimos. Por fortuna

era don Custodio el que había hecho el diagnóstico y temiendo llamar la atención se hacía el desentendi-do escribiendo al parecer la crítica de la pieza.

—¡ Si no fuera porque voy con ustedes! dice Juanito haciendo girar los ojos como los de ciertos muñecos que mueve el péndulo de un reloj. Y para ser más parecido, sacaba de tiempo en tiempo la lengua.

Aquella noche se conquistó á los ojos de doña Victorina la fama de valiente y pundonoroso y ella decidió dentro de su tórax casarse con él tan pronto se muriera don Tiburcio.

Paulita se ponía más triste cada vez, pensando en cómo unas muchachas que se llaman *cochers* podían ocupar la atención de Isagani. *Cochers* le recordaba ciertas denominaciones que las colegialas usan entre sí para explicar una especie de afectos.

Al fin termina el primer acto y el marqués se lleva como criadas á Serpolette y á Germaine, el tipo de la belleza tímida de la *troupe* y por cochero al estúpido Grenicheux. Una salva de aplausos los hace reaparecer cogidos de la mano los que hace cinco segundos se perseguían y se iban á pegar, saludando aquí y allá al galante público manileño y cambiando ellas miradas inteligentes con varios espectadores.

Mientras reina el pasajero tumulto, causado por los que se atropellan para ir al vestuario y felicitar á las actrices, por los que van á saludar á las señoras en los palcos, algunos emiten su juicio sobre la pieza y los artistas.

—Indudablemente, la Serpolette es la que más vale, dice uno dándose aires de inteligente.

—Prefiero la Germaine, es una rubia ideal.

—¡ Si no tiene voz!

—¿ Y qué me hago con la voz?

—¡ Pues, como formas, la alta!

—¡ Psh! dice Ben-Zayb, ninguna vale un comino, ninguna es artista.

Ben-Zayb es el crítico de «*El Grito de la Integridad*» y su aire desdeñoso le da mucha importancia á los ojos de los que se contentan con tan poco.

—¡Ni la Serpolette tiene voz, ni la Germaine tiene gracia, ni eso es música ni es arte ni es nada! termina con marcado desdén.

Para echárselas de gran crítico no hay como mostrarse descontento de todo. La empresa no había mandado más que dos asientos á la Redacción.

En los palcos se preguntaba quién sería el dueño del palco vacío. Aquel ganaba en *chic* á todos pues llegaría el último.

Sin saberse de donde vino la especie, dijose que era de Simoun. El rumor se confirmó. Nadie había visto al joyero en las butacas, ni en el vestuario, ni en ninguna parte.

—¡Y sin embargo le he visto esta tarde con mister Jouy! dijo uno.

—Y ha regalado un collar á una de las actrices...

—¿A cuál de ellas? preguntan algunas curiosas.

—¡A la mejor de todas, la que seguía con la vista Su Excelencia!

Miradas de inteligencia, guiños, exclamaciones de duda, de afirmación, frases entrecortadas.

—¡Se las está echando de Monte-Cristo! observó una que se preciaba de literata.

—¡O de proveedor de la Real Casa! añadió su adorador celoso ya de Simoun.

En el palco de nuestros estudiantes se habían quedado Pecson, Sandoval é Isagani. Tadeo se había ido para distraer á don Custodio dándole conversación y hablándole de sus proyectos favoritos mientras M-karaig se entrevistaba con la Pepay.

—Nada, como le decía á usted, amigo Isagani, peyoraba Sandoval haciendo grandes gestos y sacando una voz armoniosa para que las vecinas del palco, las hijas del rico que debía á Tadeo, le oyescn; nada, la lengua francesa no tiene la rica sonoridad ni la varia y elegante cadencia del idioma castellano. Yo no concibo, yo no me imagino, y no puedo formarme una idea de los oradores franceses y dudo que los haya habido jamás y los pueda haber en el verdadero sentido de la palabra, en el estricto sentido del concepto



oradores. Porque no confundamos la palabra orador con la palabra hablador ó charlatán. Habladores ó charlatanes los puede haber en todos los países, en todas las regiones del mundo habitado, en medio de los fríos y secos ingleses así como entre los vivos é impresionables franceses...

Y seguía una hermosísima revista de los pueblos con sus poéticos caracteres y epítetos más sonoros. Isagani asentía con la cabeza mientras pensaba en Paulita á quien había sorprendido mirándole, una mirada que hablaba y quería decir muchas cosas. Isagani quería descifrar lo que expresaban aquellos ojos; ¡estos sí que eran elocuentes y nada charlatanes!

—Y usted que es poeta, esclavo de la rima y del metro, hijo de las Musas, continuaba Sandoval haciendo un elegantísimo gesto con la mano como si saludase en el horizonte á las nueve hermanas, ¿comprende usted, puede usted figurarse cómo con un idioma tan ingrato y poco cadencioso como es el francés se puedan formar poetas de la talla gigantesca de nuestros Garcilasos, nuestros Herreras, nuestros Esproncedas y Calderones?

—Sin embargo, observó Pecson, Víctor Hugo...

—Víctor Hugo, amigo Pecson, Víctor Hugo si es poeta es porque lo debe á España... porque es cosa averiguada, es cosa fuera de toda duda, cosa admitida aún por los mismos franceses que tanta envidia tienen de España, que si Víctor Hugo tiene genio, si es poeta, es porque su niñez la ha pasado en Madrid, allí ha bebido las primeras impresiones, allí se ha formado su cerebro, allí se ha coloreado su imaginación, su corazón se ha modelado y han nacido las más bellas concepciones de su mente. Y después de todo ¿quién es Víctor Hugo? ¿Es comparable acaso con nuestros modernos?...

Pero la llegada de Makaraig con aire abatido y una sonrisa amarga en los labios, cortó la peroración del orador. Makaraig tenía en las manos un papel que entregó á Sandoval sin decir una palabra.

Sandoval leyó:

«Pichona: Tu carta ha llegado tarde; he presentado ya mi dictamen y ha sido aprobado. Sin embargo, como si hubiese adivinado tu pensamiento, he resuelto el asunto según el deseo de tus protegidos.

Me iré al teatro y te esperaré á la salida.

Tu tierno palomillo,

CUSTODINING.»

—¡Qué bueno es el hombre! exclamó Tadeo enternecido.

—¿Y bien? dijo Sandoval, ¡no veo nada malo, todo lo contrario!

—Sí, contestó Makaraig con su sonrisa amarga; ¡resuelto favorablemente! ¡Acabo de verme con el P. Irene!

—¿Y qué dice el P. Irene? preguntó Pecson.

—Lo mismo que don Custodio, ¡y el pillito todavía se atrevió á felicitar-me! La comisión que ha hecho suyo el dictamen del ponente, aprueba el pensamiento y felicita á los estudiantes por su patriotismo y deseo de aprender...

—¿Entonces?

—Sólo que, considerando nuestras ocupaciones, y á fin, dice, de que no se malogre la idea entiende que debe encargarse de la dirección y ejecución del pensamiento una de las corporaciones religiosas, en el caso de que los dominicos no quieran incorporar la academia á la Universidad.

Exclamaciones de desengaño saludaron estas palabras: Isagani se levantó, pero no dijo nada.

—Y para que se vea que continuamos en la dirección de la academia, continuó Makaraig, se nos comete la cobranza de las contribuciones y cuotas con la obligación de entregarlas después al tesorero que designará la corporación encargada, el cual tesorero nos librára recibos...

—¡Cabezas de barangay entonces! observó Tadeo.

—Sandoval, dijo Pecson, allí está el guante, ¡á recogerlo!

—¡Puf! ese no es ningún guante, pero por el olor parece un calcetín.

—¡Y lo más gracioso, continuó Makaraig, es que el P. Irene nos recomienda celebremos el hecho con un banquete ó una serenata con antorchas, una manifestación de los estudiantes en masa dando gracias á todas las personas que en el asunto han intervenido!

—¡Sí, después del palo, que cantemos y demos gracias! ¡*Super flumina Babylonis sedimus!*

—¡Sí, un banquete como el de los presos! dijo Tadeo.

—Un banquete en que estemos todos de luto y pronunciemos discursos fúnebres, añadió Sandoval.

—Una serenata con la *Marsellesa* y marchas fúnebres, propuso Isagani.

—No, señores, dijo Pecson con su risa de calavera: para celebrar el hecho no hay como un banquete en una *pansitería* servido por chinos sin camisa, ¡pero sin camisa!

La idea, por la sarcástica y grotesca, fué aceptada; Sandoval fué el primero en aplaudirla; hacía tiempo quería ver el interior de esos establecimientos que de noche parecen tan alegres y animados.

Y precisamente en el momento en que la orquesta tocaba para empezar el segundo acto, nuestros jóvenes se levantaron abandonando el teatro con escándalo de toda la sala.

---



## XXIII

### UN CADÁVER

Simoun, en efecto, no había ido al teatro.

Desde las siete de la noche había salido de casa, agitado y sombrío; sus criados le vieron entrar dos veces acompañado de diferentes individuos; á las ocho Makaraig le encontró rondando por la calle del Hospital, cerca del convento de Santa Clara á la sazón que doblaban las campanas de la Iglesia; á las nueve Camaroncocido le vió otra vez en los alrededores del teatro hablando con uno que parecía estudiante, franquear la puerta y volver á salir y desaparecer en las sombras de los árboles.

—¿Y á mí qué? volvió á decir Camaroncocido; ¿qué saco con prevenir al pueblo?

Basilio, como decía Makaraig, tampoco había asistido á la función. El pobre estudiante, desde que volvió de San Diego para rescatar de la servidumbre á Julí, su prometida, había vuelto á sus libros, pasando el tiempo en el hospital, estudiando ó cuidando á capitán Tiago, cuya enfermedad trataba de combatir.

El enfermo se había vuelto de un carácter insoponible; en sus malos ratos, cuando se sentía abatido por falta de dosis de opio que Basilio procuraba moderar, le acusaba, le maltrataba, le injuriaba; Basilio sufría resignado con la conciencia de que hacía el bien á quien tanto debía, y sólo en último extremo cedía; satisfecha la pasión, el monstruo del vicio, capitán Tiago se ponía de buen humor, se enternecía, le llamaba su hijo, lloriqueaba recordando los servicios del joven, lo bien que administraba sus fincas y hablaba de hacerle su heredero; Basilio sonreía

amargamente y pensaba que en esta vida la complacencia con el vicio se premia mejor que el cumplimiento del deber. No pocas veces se le ocurrió dar curso libre á la enfermedad y conducir á su bienhechor á la tumba por un sendero de flores é imágenes risueñas, mejor que alargar su vida por un camino de privaciones.

—¡Tonto de mí! se decía muchas veces; el vulgo es necio y pues lo paga...

Pero sacudía la cabeza pensando en Juli, en el extenso porvenir que tenía delante: contaba con vivir sin manchar su conciencia. Seguía el tratamiento prescrito y vigilaba.

Con todo, el enfermo iba cada día, con ligeras intermitencias, peor. Basilio, que se había propuesto reducir paulatinamente la dosis ó al menos no dejarle abusar fumando más de lo acostumbrado, le encontraba, al volver del hospital ó de alguna visita, durmiendo el pesado sueño del opio, babeando y pálido como un cadáver. El joven no se podía explicar de dónde le podía venir la droga; los únicos que frecuentaban la casa eran Simoun y el P. Irene, aquél venía raras veces, y éste no cesaba de recomendarle fuese severo é inexorable en el régimen y no hiciese caso de los arrebatos del enfermo, pues lo principal era salvarle.

—Cumpla usted con su deber, joven, le decía, cumpla usted con su deber.

Y le hacía un sermoncito sobre este tema, con tanta convicción y entusiasmo que Basilio llegaba á sentir simpatías por el predicador. El P. Irene prometía además procurarle un buen destino, una buena provincia, y hasta le hizo entrever la posibilidad de hacerle nombrar catedrático. Basilio, sin dejarse llevar de las ilusiones, hacía de creer y cumplía con lo que le decía la conciencia.

En aquella noche mientras representaban *Les Cloches de Corneville*, Basilio estudiaba delante de una vieja mesa, á la luz de una lámpara de aceite, cuya

pantalla de cristal opaco sumía en media claridad su melancólico semblante. Una vieja calavera, algunos huesos humanos, y unos cuantos volúmenes cuidadosamente ordenados, se veían cubriendo la mesa, donde había además una palangana de agua con una esponja. Un olor á opio que se escapaba del vecino aposento, hacía pesada la atmósfera y le daba sueño, pero el joven se resistía mojándose de tiempo en tiempo las sienes y los ojos, dispuesto á no dormir hasta concluir con el volumen. Era un tomo de la *Medicina legal y Toxicología* del Dr. Mata, obra que le habían prestado y debía devolver al dueño cuanto antes. El catedrático no quería explicar menos que por aquel autor y Basilio no tenía dinero bastante para comprarse la obra, pues, con el pretexto de que estaba prohibida por la censura de Manila y había que sobornar á muchos empleados para introducirla, los libreros pedían elevados precios. Tan absorto estaba el joven en sus estudios, que ni siquiera se había ocupado de unos folletos que le en- vieron de fuera, sin saber de dónde, folletos que se ocupaban de Filipinas, entre los cuales figuraban los que más llamaban la atención en aquella época por la manera dura é insultante con que trataban á los hijos del país. Basilio no tenía tiempo suficiente para abrirlos, acaso le detuviera también el pensamiento de que no es nada agradable recibir un insulto ó una provocación y no tener medios de defenderse ó contestar. La censura, en efecto, permitía los insultos á los filipinos pero les prohibía á éstos la réplica.

En medio del silencio que reinaba en la casa, turbado sólo por alguno que otro débil ronquido que partía del vecino aposento, Basilio oyó pasos ligeros en las escaleras, pasos que cruzaron después la caída dirigiéndose á donde él estaba. Levantó la cabeza, vió abrirse la puerta y con gran sorpresa suya, aparecer la figura sombría del joyero Simoun.

Desde la escena de San Diego, Simoun no había vuelto á ver ni al joven ni á Capitán Tiago.

—¿Cómo está el enfermo? preguntó echando una rápida ojeada por el cuarto y fijándose en los folletos que mencionamos cuyas hojas aun no estaban cortadas.

—Los latidos del corazón, imperceptibles... pulso muy débil... apetito, perdido por completo, repuso Basilio con sonrisa triste y en voz baja; suda profusamente á la madrugada...

Y viendo que Simoun, por la dirección de la cara, se fijaba en los dichos folletos y temiendo volviese á reanudar el asunto de que hablaron en el bosque, continuó:

—El organismo está saturado de veneno; de un día á otro puede morir como herido del rayo... la causa más pequeña, un nada, una excitación le puede matar...

—¡Cómo Filipinas! observó lúgubrementemente Simoun.

Basilio no pudo reprimir un gesto y, decidido á no resucitar el asunto, prosiguió como si nada hubiese oído:

—Lo que más le debilita son las pesadillas, sus terrores...

—¡Como el gobierno! volvió á observar Simoun.

—Hace unas noches despertó sin luz y creyó que se había vuelto ciego; estuvo alborotando, lamentándose é insultándome, diciendo que le había sacado los ojos... Cuando entré con una luz me tomó por el P. Irene y me llamó su salvador...

—¡Como el gobierno, exactamente!

—Anoche, prosiguió Basilio haciéndose el sordo, se levantó pidiendo su gallo, su gallo muerto hace tres años, y tuve que presentarle una gallina, y entonces me colmó de bendiciones y me prometió muchos miles...

En aquel momento en un reloj dieron las diez y media.

Simoun se estremeció é interrumpió con un gesto al joven.

—Basilio, dijo en voz baja, escúcheme usted atentamente, que los momentos son preciosos. Veo que



usted no ha abierto los libros que le he enviado; usted no se interesa por su país...

El joven quiso protestar.

—¡ Es inútil! continuó Simoun secamente. Dentro de una hora la revolución va á estallar á una señal mía, y mañana no habrá estudios, no habrá Universidad, no habrá más que combates y matanzas. Yo lo tengo todo dispuesto y mi éxito está asegurado. Cuando nosotros triunfemos, todos aquellos que pudiendo servirnos no lo han hecho, serán tratados como enemigos. ¡ Basilio, vengo á proponerle su muerte ó su porvenir!

—¡ Mi muerte ó mi porvenir! repitió como si no comprendiese nada.

—Con el gobierno ó con nosotros, repuso Simoun; con sus opresores ó con su país. ¡ Decídase usted que el tiempo urge! ¡ Vengo á salvarle en vista de los recuerdos que nos ligan!

—¡ Con los opresores ó con mi país! repetía en voz baja.

El joven estaba atontado; miraba al joyero con ojos donde se pintaba el terror, sintió que sus extremidades se enfriaban y mil confusas ideas cruzaban por su mente; veía las calles ensangrentadas, oía el tiroteo, se encontraba entre muertos y heridos y ¡ singular fuerza de la afición! se veía á sí mismo con su blusa de operador cortando piernas y extrayendo balas.

—Tengo en mis manos la voluntad del gobierno, continuó Simoun; he empeñado y gastado sus pocas fuerzas y recursos en tantas expediciones, deslumbrándole con las ganancias que podía sisar; sus cabezas están ahora en el teatro tranquilas y distraídas pensando en una noche de placeres, pero ninguna volverá á reposar sobre la almohada... Tengo regimientos y hombres á mi disposición, á unos les he hecho creer que la revolución la ordena el general, á otros que la hacen los frailes; á algunos les he comprado con promesas, con empleos, con dinero; muchos, muchísimos obran por venganza, porque

están oprimidos y porque se ven en el caso de morir ó matar... ¡Cauesang Tales está abajo y me ha acompañado hasta aquí! Vuelvo á repetirle, ¿viene usted con nosotros ó prefiere exponerse á los resentimientos de los míos? En los momentos graves, declararse neutro es exponerse á las iras de ambos partidos enemigos.

Basilio se pasó varias veces la mano por la cara como si quisiese despertarse de una pesadilla; sintió que su frente estaba pálida, fría.

—¡Decídase usted! repitió Simoun.

—¿Y qué... tendría yo que hacer? preguntó con voz ahogada, quebrada, débil.

—Una cosa muy sencilla, repuso Simoun cuyo semblante se iluminó con un rayo de esperanza: como tengo que dirigir el movimiento, no puedo distraerme en ninguna acción. Necesito que, mientras toda la atención de la ciudad está en diferentes puntos, usted á la cabeza de un pelotón fuerce las puertas del convento de Santa Clara y saque de allí á una persona que usted, fuera de mí y de capitán Tiago, sólo puede reconocer... Usted no corre peligro alguno.

—¡María Clara! exclamó el joven.

—¡Sí, María Clara! repitió Simoun y por primera vez su acento tomaba notas tristes y humanas; ¡la quiero salvar, por salvarla he querido vivir, he vuelto... hago la revolución porque sólo una revolución podrá abrirme las puertas de los conventos!

—¡Ay! dijo Basilio, juntando las manos; ¡llega usted tarde, demasiado tarde!

—Y ¿por qué? preguntó Simoun frunciendo las cejas.

—¡María Clara ha muerto!

Simoun se levantó de un salto y se abalanzó al joven.

—¿Ha muerto? preguntó con acento terrible.

—Esta tarde, á las seis; ahora debe estar...

—¡No es verdad! rugió Simoun pálido y desencajado, ¡no es verdad! ¡María Clara vive, María Clara

tiene que vivir! ¡Es un pretexto cobarde... no ha muerto, y esta noche la he de libertar ó mañana muere usted!

Basilio se encogió de hombros.

—Hacia días que se puso mala y yo iba al convento para tener noticias. Mire usted, aquí está la carta del P. Salví que trajo el P. Irene. Capitán Tiago estuvo llorando toda la noche, besando y pidiendo perdón al retrato de su hija hasta que concluyó por fumarse una enorme cantidad de opio... Esta tarde han tocado sus agonías.

—¡Ah! exclamó Simoun, y cogiéndose la cabeza con ambas manos se quedó inmóvil.

Se acordaba de haber oído en efecto el toque de agonías mientras rondaba en los alrededores del convento.

—¡Muerta! murmuró en voz tan baja como si hablase una sombra, ¡muerta! muerta sin haberla visto, muerta sin saber que vivía por ella, muerta sufriendo...

Y sintiendo que una tempestad horrible, una tempestad de torbellinos y truenos sin gota de lluvia, sollozos sin lágrimas, gritos sin palabras, rugía en su pecho é iba á desbordarse como lava candente largo tiempo comprimida, salió precipitadamente del cuarto. Basilio le oyó bajar las escaleras con paso desigual, atropellado; oyó un grito ahogado, grito que parecía anunciar la llegada de la muerte, profundo, supremo, lúgubre, tanto que el joven se levantó de su silla, pálido, tembloroso, pero oyó los pasos que se perdían y la puerta de la calle que se cerraba con estrépito.

—¡Pobre señor! murmuró, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Y sin acordarse de estudiar, con la mirada vaga en el espacio estuvo pensando en la suerte de aquellos dos seres, el uno joven, rico, ilustrado, libre, dueño de sus destinos, con un brillante porvenir en lontananza, y ella, hermosa como un ensueño, pura, llena de fe y de inocencia, mecida entre amores y

sonrisas, destinada á una existencia feliz, á ser adorada en familia y respetada en el mundo, y sin embargo, de aquellos dos seres llenos de amor, de ilusiones y de esperanzas, por un destino fatal él vagaba por el mundo arrastrado sin cesar por un torbellino de sangre y lágrimas, sembrando el mal en vez de hacer el bien, abatiendo la virtud, y fomentando el vicio, mientras ella se moría en las sombras misteriosas del claustro, donde buscara paz y acaso encontrara sufrimientos, donde entraba pura y sin mancha y expiraba como una ajada flor!...

¡ Duerme en paz, hija infeliz de mi desventurada patria! ¡ Sepulta en la tumba los encantos de tu juventud, marchita en su vigor! ¡ Cuando un pueblo no puede brindar á sus vírgenes un hogar tranquilo, al amparo de la libertad sagrada; cuando el hombre sólo puede legar sonrojos á la viuda, lágrimas á la madre y esclavitud á los hijos, hacéis bien vosotras en condenaros á perpetua castidad, ahogando en vuestro seno el germen de la futura generación maldita! ¡ Ah, bien hayas tú que no te has de estremecer en tu tumba oyendo el grito de los que agonizan en sombras, de los que se sienten con alas y están encadenados, de los que se ahogan por falta de libertad! ¡ Ve, ve con los sueños del poeta á la región del infinito, sombra de mujer vislumbrada en un rayo de luna, murmurada por las flexibles ramas de los cañaverales... Feliz la que muere llorada, la que deja en el corazón del que la ama una pura visión, un santo recuerdo, no manchado por mezquinas pasiones que fermentan con los años! ¡ Ve, nosotros te recordaremos! ¡ En el aire puro de nuestra patria, bajo su cielo azul, sobre las ondas del lago que aprisionan montañas de zafiro y orillas de esmeralda; en sus cristalinos arroyos que sombrean las cañas, bordan las flores y animan las libélulas y mariposas con su vuelo incierto y caprichoso como si jugasen con el aire; en el silencio de nuestros bosques, en el canto de nuestros arroyos, en la lluvia de brillantes de nuestras cascadas, á la luz resplandeciente de nues-

---

tra luna, en los suspiros de la brisa de la noche, en todo, en fin, que evoque la imagen de lo amado, te hemos de ver eternamente como te hemos soñado, bella, hermosa, sonriente como la esperanza, pura como la luz, y sin embargo, triste y melancólica contemplando nuestras miserias!

---



## XXIV

### SUEÑOS

¡Amor, qué astro eres!

Al día siguiente, un jueves, horas antes de ocultarse el sol, encaminábase Isagani por el hermoso paseo de María Cristina en dirección al Malecón, para acudir á la cita que aquella mañana Paulita le había dado. El joven no dudaba que iban á hablar de lo acontecido en la noche anterior, y como estaba decidido á pedirla explicaciones y sabía lo orgullosa y altiva que era, preveía un rompimiento. Ante esta eventualidad trajo consigo las dos únicas cartitas de la Paulita, dos pedacitos de papel, donde apenas había algunas líneas escritas aprisa, con varios borrones y regular ortografía, cosas que no impedían la conservara el enamorado joven con más amor aun que si fuesen autógrafos de la misma Safo ó de la musa Polimnia.

Esta decisión de sacrificar el amor en aras de la dignidad, la conciencia de sufrir cumpliendo con el deber, no impedían que una profunda melancolía se apoderase de Isagani y le hiciese pensar en los hermosos días y noches más hermosas todavía, en que se murmuraban dulces necedades al través de las rejjas floridas del entresuelo, necedades que para el joven tenían tal carácter de seriedad é importancia que le parecían las únicas dignas de merecer la atención del más elevado entendimiento humano. Isagani pensaba en los paseos en las noches de luna, en la feria, en las madrugadas de diciembre después de la misa del gallo, en el agua bendita que la solía ofrecer y

ella se lo agradecía con mirada llena de un poema de amor, estremeciéndose ambos al ponerse en contacto los dedos. Sonoros suspiros como pequeños cohetes salían de su pecho y se le ocurrían todos los versos, todas las frases de los poetas y escritores sobre la inconstancia de la mujer. Maldecía en su interior la creación de los teatros, la opereta francesa; prometía vengarse de Peláez á la primera oportunidad. Todo cuanto le rodeaba se le aparecía bajo los más tristes y negros colores; la bahía, desierta y solitaria, parecía más solitaria todavía por los pocos vapores que en ella fondeaban; el sol iba á morir detrás de Mariveles, sin poesía y sin encantos, sin las nubes caprichosas y ricas en colores de las tardes bienaventuradas; el monumento de Anda, de mal gusto, mezquino y recargado, sin estilo, sin grandeza, parecía un sorbete ó á lo más un pastel; los señores que se paseaban por el Malecón, á pesar de tener un aire satisfecho y contento, le parecían huraños, altivos y vanos; traviosos y mal educados, los chicos que jugaban en la playa haciendo saltar sobre las ondas las piedras planas de la ribera, ó buscando en la arena moluscos y crustáceos que cogen por coger y los matan sin sacar de ellos provecho; en fin, hasta las eternas obras del puerto á que había dedicado más de tres odas, le parecían absurdas, ridículas, juego de chiquillos.

—¡ El puerto, ah! ¡ el puerto de Manila, bastardo que, desde que se concibe, hace llorar á todos de humillación y vergüenza! ¡ si al menos después de tantas lágrimas no saliese el feto hecho un inmundo aborto!

Saludó distraídamente á los jesuitas, sus antiguos profesores; apenas se fijó en un *tandem* que conducía un americano y excitaba las envidias de algunos elegantes que guiaban sus calesas; cerca del monumento de Anda oyó que Ben-Zayb hablaba con otro de Simoun, que en la noche anterior se había puesto súbitamente enfermo; Simoun se negaba á recibir á nadie, á los mismos ayudantes del general,



—¡Ya! exclamó Isagani con risa amarga; ¡para esc las atenciones porque es rico... vuelven los soldados de las expediciones, enfermos y heridos, y á ellos nadie los visita!

Y pensando en estas expediciones, en la suerte de los pobres soldados y en la resistencia que oponían los insulares al yugo extranjero, pensó que, muerte por muerte, si la de los soldados era sublime porque cumplían con su deber, la muerte de los insulares era gloriosa porque defendían su hogar.

—¡Extraño destino, el de algunos pueblos! dijo. Porque un viajero arriba á sus playas, pierden su libertad y pasan á ser súbditos y esclavos, no sólo del viajero, no sólo de los herederos de éste, sino aun de todos sus compatriotas, y no por una generación sino para siempre. ¡Extraña concepción de justicia! ¡Tal situación da amplio derecho para exterminar á todo forastero como al más feroz monstruo que puede arrojar el mar!

Y pensaba que aquellos insulares, contra los cuales su patria estaba en guerra, después de todo no tenían más crimen que el de su debilidad. Los viajeros abordaron también á las playas de otros pueblos, pero por hallarlos fuertes, no trataron de su singular pretensión. Débiles y todo le parecía hermoso el espectáculo que daban, y los nombres de los enemigos, que los periódicos no se descuidaban de llamar cobardes y traidores, le parecían gloriosos, sucumbían con gloria al pie de las ruinas de sus imperfectas fortificaciones, con más gloria aun que los antiguos héroes troyanos; aquellos insulares no habían robado ninguna Helena filipina. Y con su entusiasmo de poeta, pensaba en los jóvenes de aquellas islas que podían cubrirse de gloria á los ojos de sus mujeres, y como enamorado en desesperación les envidiaba porque podían hallar un brillante suicidio. Y exclamaba:

—¡Ah! ¡quisiera morir, reducirme á la nada, dejar á mi patria un nombre glorioso, morir por su causa, defendiéndola de la invasión extranjera y que el sol

después alumbrara mi cadáver como centinela inmóvil en las rocas del mar!

Y el conflicto con los alemanes se le venía á la memoria, y casi sentía que se hubiese allanado; él hubiera muerto con gusto por el pabellón español-filipino antes de someterse al extranjero:

—Porque después de todo, pensaba, con España nos unen sólidos lazos, el pasado, la historia, la religión, el idioma...

—¡El idioma, sí, el idioma! Una sonrisa sarcástica se dibujó en sus labios; aquella noche tenían ellos el banquete en la *pansitería* para celebrar la muerte de la Academia de castellano.

—¡Ay! suspiró; ¡como los liberales en España sean cuál los tenemos aquí, dentro de poco la Madre Patria podrá contar el número de sus fieles!

La noche descendía poco á poco y con ella aumentábase la melancolía en el corazón del joven, que perdía casi la esperanza de ver á Paulita. Los paseantes abandonaban poco á poco el Malecón para irse á la Luneta, cuya música dejaba oír pedazos de melodías traídas hasta allí por la fresca brisa de la tarde; los marineros de un barco de guerra, anclado en el río, ejecutaban las maniobras de antes de la noche, trepando por las cuerdas ligeros como arañas; las embarcaciones encendían poco á poco sus fanales dando señales de vida y la playa

Do el viento riza las calladas olas  
Que con blando murmullo en la ribera  
Se deslizan veloces por sí solas...

que dice Alaejos, exhalaba á lo lejos tenues vapores que la luz de la luna, ahora en todo su lleno, convertía poco á poco en gasa transparente y misteriosa...

Un ruido lejano se percibe, ruido que se acerca más y más; Isagani vuelve la cabeza y su corazón comienza á latir violentamente; un coche viene tirado por caballos blancos, los caballos blancos que dis-

tinguiría entre cien mil. En el coche vienen Paulita, doña Victorina y la amiga de la noche anterior.

Antes que pudiese dar un paso el joven, Paulita ha saltado ya en tierra con su agilidad de sílfide y sonríe á Isagani con sonrisa llena de conciliación; Isagani sonríe á su vez y le parece que todas las nubes, todas las negras ideas que antes le asediaban, se disipaban como humo; luces tenía el cielo, cantos el aire y flores cubrían las hierbas del camino. Desgraciadamente, doña Victorina estaba allí, doña Victorina que cogía para sí el joven para pedirle noticias de don Tiburcio. Isagani se había encargado de descubrir su escondite valiéndose de los estudiantes que conocía.

—Ninguno me ha sabido dar razón hasta ahora, respondía y decía la verdad, porque don Tiburcio estaba escondido precisamente en casa del mismo tío del joven, el P. Florentino.

—Hágale usted saber, decía doña Victorina furiosa, que me valdré de la guardia civil; vivo ó muerto quiero saber dónde está... ¡ Porque tener que esperar diez años para poderse una casar!

Isagani la miró espantado; doña Victorina pensaba en casarse. ¿Quién sería el infeliz?

—¿Qué le parece á usted Juanito Peláez? preguntó ella de repente.

—¿Juanito?

Isagani no sabía qué contestar; dábanle ganas de decir todo lo malo que sabía de Peláez, pero la delicadeza triunfó en su corazón y habló bien de su rival por lo mismo que lo era. Doña Victorina, toda contenta y entusiasmada, se deshizo entonces en ponderar los méritos de Peláez, é iba ya á hacer de Isagani confidente de sus nuevos amores, cuando la amiga de Paulita vino corriendo á decir que el abanico de ésta se había caído entre las piedras que había en la playa, junto al Malecón. Estratagema ó casualidad, es el caso que este percance dió motivo á que la amiga se quedase con la vieja é Isagani se entendiese con Paulita. Por lo demás, doña Victo-

rina se alegraba, y por quedarse con Juanito, favorecía ella los amores de Isagani.

Paulita tenía su táctica; al darle las gracias se hizo la ofendida, la resentida, y delicadamente dió á entender que se extrañaba de encontrarle allí cuando todo el mundo estaba en la Luneta, hasta las actrices francesas...

—Me había dado usted cita, ¿cómo podía yo menos?...

—Sin embargo, anoche ni siquiera se apercibió usted de que estaba en el teatro; todo el tiempo le estuve observando y no apartaba usted sus ojos de aquellas *cochers*...

Se cambiaron los papeles; Isagani, que venía para pedir explicaciones, las tuvo que dar y se consideró muy feliz cuando Paulita le dijo que le perdonaba. En cuanto á la presencia de ésta en el teatro, todavía era de agradecerse; ella, forzada por la tía, sólo se había decidido con la esperanza de verle durante la función. ¡Bien se burlaba ella de Juanito Peláez!

—¡Mi tía es quien está enamorada! dijo riendo alegremente.

Riéronse ambos, el casamiento de Peláez con doña Victorina les puso locos de contento y lo vieron ya como realizado; pero Isagani se acordó de que don Tiburcio vivía y confió á su amada el secreto, después de hacerla prometer que no lo diría á nadie. Paulita prometió, pero con la reserva mental de contárselo á su amiga.

Esto llevó la conversación al pueblo de Isagani, rodeado de bosques y situado á orillas del mar que ruge al pie de las elevadas rocas.

La mirada de Isagani se iluminaba al hablar de aquel oscuro rincón; el fuego del orgullo encendía sus mejillas, vibraba su voz, su imaginación de poeta se caldeaba, las palabras le venían ardientes, llenas de éntusiasmo como si hablase al amor de su amor y no pudo menos de exclamar:

—¡ Oh! ¡ en la soledad de mis montañas me siento

libre, libre como el aire, como la luz que se lanza sin frenos por el espacio! ¡Mil ciudades, mil palacios diera yo por el rincón de Filipinas, donde lejos de los hombres me siento con verdadera libertad! ¡Allí, con la naturaleza cara á cara, delante del misterio y del infinito, el bosque y el mar, pienso, hablo y obro como un hombre que no reconoce tiranos!

Paulita, ante tanto entusiasmo por el pueblo natal, entusiasmo que no comprendía, ella que estaba acostumbrada á oír hablar mal de su país y hacer de vez en cuando coro, manifestó ciertos celos haciéndose, como siempre, la resentida.

Pero Isagani la tranquilizó muy pronto.

—¡ Sí, dijo, yo le amaba sobre todas las cosas antes de conocerte! Gustábame vagar en la espesura, dormir á la sombra de los árboles, sentarme sobre la cima de una roca para abarcar con la mirada el Pacífico que revuelve delante de mí sus azules olas, trayéndome el eco de los cantos aprendidos en las playas de la América libre... Antes de conocerte, aquel mar era para mí un mundo, mi encanto, mi amor, mis ilusiones. Cuando duerme en calma y el sol brilla en la altura, me deleitaba mirando al abismo, á cincuenta metros á mis pies, buscando monstruos en los bosques de madréporas y corales que se columbran al través del límpido azul, las enormes serpientes que, al decir de los campesinos, dejan los bosques para vivir en el mar y adquirir formas espantosas... Por las tardes que es cuando, dicen, aparecen las sirenas, las espíaba yo entre una y otra ola, con tanto afán que una vez creí distinguirlas en medio de la espuma, ocupadas en sus divinos juegos; oí distintamente sus cantos, cantos de libertad, y percibí los sonidos de sus argentinas arpas. Antes pasaba horas y horas mirando transformarse las nubes, contemplando un árbol solitario en el llano, una roca, sin poder darme razón del por qué, sin poder definir el vago sentimiento que en mí despertaban. Mi tío me solía predicar largos sermones y temiendo me volviese hipocondríaco hablaba

de llevarme á casa de un médico. Pero te vi, te amé, y en estas vacaciones, parecíame que algo me faltaba allí, el bosque estaba obscuro, triste el río que corre en la espesura, monótono el mar, desierto el horizonte... ¡Ah! ¡si fueses una sola vez, si tus plantas hollasen aquellos senderos, si agitases con la punta de tus dedos las aguas del arroyo, si mirases al mar, te sentases en la roca é hicieses vibrar el aire con tus melodiosos cantos, mi bosque se transformaría en Edén, las ondas del arroyo cantarían, brotaría la luz de las oscuras hojas, se convertirían en brillantes las gotas de rocío y en perlas las espumas del mar!

Pero Paulita había oído decir que para ir al pueblo de Isagani era necesario pasar por montañas donde abundaban pequeñas sanguijuelas, y á este solo pensamiento, la cobarde se estremecía convulsivamente. Comodona y mimada, dijo que sólo viajaría en coche ó en ferrocarril.

Isagani, que había olvidado todos sus pesimismo y sólo veía en todas partes rosas sin espinas, respondía:

—Dentro de muy poco, todas las islas van á estar cruzadas de redes de hierro,

Por donde rápidas  
Y voladoras  
Locomotoras  
Corriendo irán

como dijo uno; entonces los rincones más hermosos del archipiélago estarán abiertos á todos...

—Entonces, pero ¿cuándo? Cuando sea una vieja...

—¡Bah! no sabes lo que podemos hacer dentro de algunos años, contestó Isagani; no sabes la energía y el entusiasmo que en el país se despiertan después de un letargo de siglos... España nos atiende; nuestros jóvenes en Madrid trabajan noche y día y dedican á la patria toda su inteligencia, todos sus instantes, todos sus esfuerzos; voces generosas se unen

allá á las nuestras, políticos que comprenden que no hay mejor lazo que la comunidad de intereses y sentimientos; se nos hace justicia y todo augura para todos un brillante porvenir... ¡Verdad es que acabamos de sufrir un pequeño desastre, nosotros los estudiantes, pero la victoria va triunfando en toda la línea... está en todas las conciencias! ¡La traidora derrotada que sufrimos atestigua las últimas boqueadas, las últimas convulsiones del moribundo! ¡Mañana seremos ciudadanos de Filipinas, cuyo destino será hermoso porque estará en amantes manos; oh, sí, el porvenir es nuestro, lo veo de rosa, veo el movimiento agitar la vida en estas regiones largo tiempo muertas, aletargadas... Veo surgir pueblos á lo largo de los caminos de hierro, y por donde quiera fábricas, edificios como aquel de Mandaloyón!... Oigo el vapor silbar, el traqueteo de los trenes, el estruendo de las máquinas... miro subir el humo, su potente respiración, y aspiro el olor de aceite, el sudor de los monstruos ocupados en incesante faena... Ese puerto, de gestación laboriosa, ese río donde parece agoniza el comercio, los veremos llenos de mástiles y nos darán una idea del invierno en los bosques de Europa... Este aire puro y estas piedras tan limpias se llenarán de carbón, de cajas y barriles, productos de la industria humana, pero, ¡no importa! iremos en rápido movimiento, en coches cómodos, á buscar en el interior otros aires, otros panoramas en otras playas, más frecas temperaturas en las faldas de los montes... Los acorazados de nuestra marina guardarán las costas; el español y el filipino rivalizarán en celo para rechazar toda invasión extranjera, para defender vuestros hogares y dejaros á vosotras reír y gozar en paz, amadas y respetadas. Libres del sistema de explotación, sin despechos ni desconfianzas, el pueblo trabajará porque entonces el trabajo dejará de ser infamante, dejará de ser servil, como imposición al esclavo; entonces el español no agriará su carácter con ridículas pretensiones despóticas y, franca la mirada, robusto el corazón, nos daremos la

mano, y el comercio, la industria, la agricultura, las ciencias se desenvolverán al amparo de la libertad y de leyes sabias y equitativas como en la próspera Inglaterra...

Paulita sonreía con aire de duda y sacudía la cabeza.

—¡Sueños, sueños! suspiró; he oído decir que tenéis muchos enemigos... Tía Torina dice que este país será siempre esclavo.

—Porque tu tía es una tonta, porque no puede vivir sin esclavos, y cuando no los tiene, los sueña en el porvenir, y si no son posibles, los forja en su imaginación. Ciertamente que tenemos enemigos, que habrá lucha, pero venceremos. El viejo sistema podrá convertir las ruinas de su castillo en informes barricadas, nosotros se las tomaremos al canto de libertad, á la luz de vuestros ojos, al aplauso de vuestras adoradas manos! ¡Por lo demás, no te inquietes; la lucha será pacífica; basta que vosotras nos lancéis al estudio, despertéis en nosotros nobles, elevados pensamientos y nos alentéis á la constancia, al heroísmo con el premio de vuestra ternura!

Paulita conservaba su risa enigmática y parecía pensativa; miraba hacia el río dándose en las mejillas ligeros golpecitos con el abanico.

—¿Y si nada conseguís? preguntó distraída.

La pregunta le hizo daño á Isagani; fijó los ojos en los de su amada, cogiéndole suavemente una mano y repuso:

—Escucha: si nada conseguimos...

Y se detuvo vacilando.

—Escucha, Paulita, continuó; sabes cuanto te amo y cuanto te adoro, sabes que me siento otro cuando me envuelve tu mirada, cuando sorprende en ella una centella de amor... sin embargo, si nada conseguimos, soñaría en otra mirada tuya y moriría dichoso porque un rayo de orgullo pudiese brillar en tus ojos y dijese un día al mundo señalando mi cadáver: ¡mi amor ha muerto luchando por los derechos de mi patria!



—¡A casa, niña, que vas á coger un resfriado! chilló en aquel momento doña Victorina.

La voz les trajo á la realidad. Era la hora de volver, y por amabilidad invitaron á Isagani á subir en el coche, invitación que el joven no se hizo repetir. Como el coche era de Páulita, naturalmente ocuparon el testero doña Victorina y la amiga, y en el banco los dos enamorados.

¡Ir en el mismo coche, tenerla al lado, aspirar su perfume, rozar la seda de su traje, verla pensativa, con los brazos cruzados, bañada por la luna de Filipinas que presta á las cosas más vulgares idealidad y encantos, era un sueño que Isagani no se esperaba! Qué miserables eran los que se retiraban á pie, solos, y tenían que apartarse para dejar paso al rápido coche! De todo aquel trayecto, á lo largo de la playa, por el paseo de la Sabana, el puente de España, Isagani no vió más que un suave perfil peinado graciosamente, terminado por un flexible cuello que se perdía entre las gasas de la piña. Un brillante le guiñaba desde el lóbulo de la diminuta oreja, como una estrella entre plateadas nubes. Isagani había oído ecos lejanos preguntándole por don Tiburcio de Espadaña, el nombre de Juanito Peláez, pero le sonaban á campanadas que se oyen de lejos, voces confusas percibidas durante el sueño.

Fué necesario advertirle que habían llegado á la plaza de Santa Cruz.



## XXV

### RISAS.—LLANTOS

La sala de la «*Pansitería Macanista de buen gusto*» ofrecía en aquella noche un aspecto extraordinario.

Catorce jóvenes, de las principales islas del Archipiélago, desde el indio puro (si es que los hay puros) al español peninsular, se reunían para celebrar el banquete que el P. Irene aconsejaba, en vista de la resolución dada al asunto de la enseñanza del castellano. Habían alquilado para sí todas las mesas, mandando aumentar las luces y pegar en la pared, junto á los paisajes y kakémonos chinescos, este extraño versículo:

¡GLORIA Á CUSTODIO POR SUS LISTURAS Y PANSIT EN LA TIERRA Á LOS CHICOS DE BUENA VOLUNTAD!

En un país donde todo lo grotesco se cubre con capa de seriedad, donde muchos se elevan á fuerza de humo y aire calentado; en un país donde lo profundamente serio y sincero daña al salir del corazón y puede ocasionar disturbios, probablemente aquella era la mejor manera de celebrar la ocurrencia del insigne don Custodio. ¡Los burlados contestaban á la sorna con una carcajada, al pastel gubernamental respondían con un plato de pansit y todavía!

Se reía, se chanceaba, pero era visible que en la alegría había esfuerzo; las risas vibraban de cierto temblor nervioso, de los ojos saltaban rápidas chispas y en más de uno se vió una lágrima brillar. ¡Y sin embargo, aquellos jóvenes eran crueles, eran injustos! ¡No era la primera vez que se resolvían así los más hermosos pensamientos, que se defraudaban

las esperanzas con grandes palabras y pequeñas acciones: antes de don Custodio, hubo otros muchos, muchísimos!

En medio de la sala y bajo los faroles rojos, se veían cuatro mesas redondas, dispuestas simétricamente formando un cuadrado; servían de asiento banquillos de madera igualmente redondos. En el centro de cada mesa, según el uso del establecimiento, se presentaban cuatro platitos de colores con cuatro pasteles cada uno, y cuatro tazas de té con sus correspondientes cubiertas, todas de porcelana roja; delante de cada banquillo se veían una botella y dos copas de luciente cristal.

Sandoval, á fuer de curioso, miraba, escudriñaba todo, probaba las pastas, examinaba los cuadros, leía la lista de los precios. Los demás hablaban del tema del día, de las actrices de la opereta francesa y la enfermedad misteriosa de Simoun, á quien, según unos, habían encontrado herido en la calle, según otros, había intentado suicidarse: como era natural se perdían en conjeturas. Tadeo daba su versión particular, según él, tomada de buena fuente. Simoun había sido atacado por un desconocido en la antigua plaza del Vivac; los motivos eran la venganza, y en prueba de ello el mismo Simoun se negaba á dar la más mínima explicación. De allí pasaron á hablar de venganzas misteriosas, y naturalmente de hazañas frailunas contando cada uno las proezas de los respectivos curas de sus pueblos.

Una cuarteta, en grandes letras negras, coronaba el friso de la sala y decía:

De esta fonda el cabecilla  
Al público advierte  
Que nada dejen absolutamente  
Sobre alguna mesa ó silla.

—¡Vaya una advertencia! exclamó Sandoval; si habrá confianza en la cuadrilla, ¿eh? ¡Y qué versos! ¡Don Tiburcio convertido en redondilla, dos pies,

uno más largo que otro entre dos muletas! ¡ Si los ve Isagani, los regala á su futura tía!

—¡ Aquí está Isagani! contestó una voz desde las escaleras.

Y el dichoso joven apareció radiante de alegría, seguido de dos descamisados chinos que llevaban en enormes bandejas fuentes que esparcían apetitoso olor. Alegres exclamaciones los saludaron.

Faltaba Juanito Peláez, mas habiendo pasado ya la hora, sentáronse á la mesa alegremente. Juanito siempre iba á ser informal.

—Si en su lugar hubiésemos invitado á Basilio, dijo Tadeo, nos divertiríamos más. Le emborracharíamos para sacarle secretos.

—¿ Qué, el prudente Basilio posee secretos?

—¡ Vaya! contestó Tadeo, ¡ y de los más importantes! Hay ciertos enigmas de los cuales él sólo conoce la llave... el muchacho desaparecido, la monja...

—¡ Señores, el *pansit lang-lang* es la sopa por excelencia! gritaba Makaraig; como usted verá, Sandoval, se compone de setas, langostinos ó camarones, pasta de huevos, sotanjun, trozos de gallina, y qué sé yo más. Como primicias, ofrezcamos los huevos á don Custodio; ¡ á ver qué proyecte algo sobre ellos!

Una alegre carcajada recibió esta arenga.

—Si lo llega á saber...

—¡ Se viene corriendo! añadió Sandoval; la sopa es excelente, ¿ cómo se llama?

—*Pansit lang-lang*, esto es, *pansit* chino para diferenciarlo del otro que es propio del país.

—¡ Bah! es nombre difícil de retener. En honor á don Custodio le bautizo ¡ *proyecto de sopa!*

El nombre nuevo quedó aceptado.

—¡ Señores, dijo Makaraig que era el que había dispuesto el menú; aun tenemos tres platos! *Lumpiã* de chino hecho de carne de cerdo...

—¡ Que se ofrece al P. Irene!

—¡ Sopla! ¡ El P. Irene no come cerdo si no se quita

la nariz, observó en voz baja un joven de Iloilo á su vecino.

—¡ Se quitará la nariz!

—¡ Abajo la nariz del P. Irene! gritaron todos en coro.

—¡ Respeto, señores, más respeto! reclamó Pecson con cómica gravedad.

—El tercer plato es una torta de cangrejos...

—Que se dedica á los frailes, añadió el de Visayas.

—Por los cangrejos, terminó Sandoval.

—¡ Justo, y se llamará torta de frailes!

Todos repitieron en coro: ¡ torta de frailes!

—¡ Protesto en nombre de uno! dijo Isagani.

—¡ Y yo, en nombre de los cangrejos! añadió Tadeo.

—¡ Respeto, señores, más respeto! volvió á gritar Pecson con la boca llena.

—¡ El cuarto es el *pansit* guisado que se dedica... al gobierno y al país!

Todos se volvieron hacia Makaraig.

—Hasta hace poco, señores, continuó, el *pansit* se creía chino ó japonés, pero es el caso que no conociéndose ni en la China ni en el Japón, parece ser filipino, y sin embargo los que lo guisan y benefician son los chinos: ídem de ídem de ídem lo que les pasa al gobierno y á Filipinas: parecen chinos pero si lo son ó no lo son, doctores tiene la Santa Madre... Todos comen y gustan de él y sin embargo hacen melindres y ascos; lo mismo le pasa al país, lo mismo al gobierno. Todos viven á su costa, todos participan de la fiesta y después no hay gobierno más desorganizado. ¡ Dedicuemos pues el *pansit* al país y al gobierno!

—¡ Dedicado! dijeron en coro.

—¡ Protesto! exclamó Isagani...

—¡ Respeto á los menores, respeto á las víctimas! gritó en voz hueca Pecson levantando en el aire un hueso de gallina.

—Dedicuemos el *pansit* al chino Quiroga, ¡ uno

de los cuatro poderes del mundo filipino! propuso Isagani.

—¡ No, á la Eminencia Negra!

—¡ Silencio! exclamó uno con misterio; en la plaza hay grupos que nos contemplan y las paredes oyen.

En efecto, grupos de curiosos se estacionaban delante de las ventanas, mientras que la algazara y la risa en los establecimientos contiguos habían cesado por completo, como si prestasen atención á lo que pasaba en el banquete. El silencio tenía algo de extraordinario.

—¡ Tadeo, pronuncia tu discurso! le dijo en voz baja Makaraig.

Se había convenido que Sandoval, como el que más cualidades de orador tenía, resumiría los brindis.

Tadeo, perezoso como siempre, nada había preparado y se veía en un apuro. Mientras aspiraba un largo *sontanjun*, pensaba en cómo salir del paso, hasta que recordó un discurso aprendido en la clase y se dispuso á plagiarlo y adulterarlo.

—¡ Queridos hermanos en proyecto! comenzó gesticulando con los dos palitos de comer que usan los chinos.

—¡ Animal! ¡ suelta el *sípit* que me has despeinado! dijo un vecino.

—«Llamado por vuestra atención á llenar el vacío que ha dejado en»...

—¡ Plagiario! le interrumpió Sandoval; ¡ ese discurso es del presidente de nuestro Liceo!

—«Llamado por vuestra atención—continuó Tadeo imperturbable,—á llenar el vacío que ha dejado en mi... mente (y se señaló el abdomen) un varón ilustre por su doctrina cristiana y por sus ocurrencias y proyectos merecedor de tener un poquito más de memoria, ¿qué podrá decirnos quien como yo tiene mucha hambre porque no ha almorzado?»

—¡ Toma un cuello, chicoóó! dijole el vecino presentándole un cuello de gallina.

—«Hay un plato, señores, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, en donde

han ido á meter su hambrienta cucharada los más grandes tragones de las regiones occidentales del globo...»—señalando con sus palitos á Sandoval en lucha con una recalcitrante ala de gallina.

—¡ Y orientales! repitió el aludido trazando un círculo con la cuchara para comprender á todos los comensales.

—¡ No valen interrupciones!

—¡ Pido la palabra!

—¡ Pido *patis!* añadió Isagani.

—¡ Que venga el *lumpiá!*

Todos pidieron el *lumpiá* y Tadeo se sentó muy contento de haber salido del paso.

El plato consagrado al P. Irene no pareció famoso y Sandoval lo manifestó así cruelmente:

—¡ Brillante de grasa por fuera y puerco por dentro! ¡ Que venga el tercer plato, la torta de frailes!

La torta no estaba hecha todavía; se oía el chirrido de la manteca en la sartén. El intermedio lo aprovecharon para beber y pidieron que Pecson hablase.

Pecson se persignó seriamente, se levantó conteniendo á duras penas su risa de bobo, é imitando á cierto predicador agustino famoso entonces, principió á murmurar como si recitase la tesis de un sermón.

«*Si tripa plena laudat Deum, tripa famelica laudabit fratres*; si tripa llena alaba á Dios, tripa hambrienta alabará á los frailes. Palabras que dijo el señor Custodio por boca de Ben-Zayb, periódico, *El Grito de la Integridad*, artículo segundo, tontería ciento cincuenta y siete.

»¡ Queridos hermanos en Jesucristo!

»El mal sopla su impuro aliento sobre las verdes costas de la Frailandia, vulgo Archipiélago filipino. No brilla un día sin que resuene un ataque, sin que se escuche un sarcasmo contra las reverendas, venerandas y predicandas corporaciones, indefensas y faltas de todo apoyo. Permitidme, hermanos, que un momento me haga caballero andante para salir en defensa del desvalido, de las santas corporaciones



que nos educaron, confirmando una vez más la idea complementaria del adagio, tripa llena alaba á Dios, cual es, tripa hambrienta alabará á los frailes.»

—¡Bravo, bravo!

—Oye, dijo Isagani seriamente; te advierto que tratándose de frailes, respeto á uno.

Sandoval, que ya estaba alegre, se puso á cantar:

¡Un fraile, dos frailes, tres frailes en el coooro  
Hacen el mismo efecto que un sólo tooooro!

—«Escuchad, hermanos; volved la vista hacia los hermosos días de vuestra infancia; tratad de examinar el presente y preguntaos el porvenir. ¿Qué tenéis? ¡Frailes, frailes y frailes! Un fraile os bautiza, confirma, visita en la escuela con amoroso afán; un fraile escucha vuestros primeros secretos, es el primero en haceros comer á un Dios, en iniciaros en la senda de la vida; frailes son vuestros primeros y últimos maestros, fraile es el que abre el corazón de vuestras novias, disponiéndolas á vuestros suspiros, un fraile os casa, os hace viajar por diferentes islas proporcionándoos cambios de clima y distracciones; él os asiste en vuestra agonía y aunque subáis al cadalso, allí está el fraile para acompañaros con sus rezos y lágrimas y podéis estar tranquilos que no os ha de abandonar hasta veros bien muertos y ahorcados. Mas su caridad no termina allí; muertos ya procurará enterraros con toda pompa, luchará para que vuestro cadáver pase por la iglesia, reciba los sufragios y sólo descansará satisfecho cuando os pueda entregar en manos del Criador purificados aquí en la tierra, gracias á temporales castigos, torturas y humillaciones. Conocedores de la doctrina de Cristo que cierra el cielo á los ricos, ellos, nuevos redentores, verdaderos ministros del Salvador, inventan todas las astucias para aligeraros de vuestros pecados, vulgo *cuapi*, y los trasportan lejos, muy lejos, allá donde los condenados chinos y protestantes viven, y dejen esta atmósfera límpida, pura, saneada, de tal

modo que aunque quisiéramos después, no pudiésemos encontrar un real para nuestra condenación.

»Si, pues, su existencia es necesaria á nuestra felicidad, si do quiera que llevemos la nariz nos hemos de encontrar con la fina mano, hambrienta de besos, que aplana cada día más el maltrecho apéndice que en el rostro ostentamos ¿por qué no mirarlos y engordarlos y por qué pedir su antipolítica expulsión? ¡Considerad un momento el inmenso vacío que en nuestra ciudad dejaría su ausencia! ¡Obreros incansables, mejoran y multiplican las razas; desunidos como estamos merced á celos y susceptibilidades, los frailes nos unen en una suerte común, en un apretado haz, tan apretado que muchos no pueden mover los codos! ¡Quitad al fraile, señores, y veréis cómo el edificio filipino tambaleará, falto de robustos hombros y velludas piernas, la vida filipina se volverá monótona sin la nota alegre del fraile juguetón y zandunguero, sin los libritos y sermones que hacen desternillar de risa, sin el gracioso contraste de grandes pretensiones en insignificantes cráneos, sin la representación viva, cotidiana, de los cuentos de Boccaccio y Lafontaine! Sin las correas y escapularios, ¿qué queréis que en adelante hagan nuestras mujeres sino economizar ese dinero y volverse acaso avaras y codiciosas? Sin las misas, novenarios y procesiones, ¿dónde encontraréis *panguinguis* para entretenir sus ocios? ¡tendrán que reducirse á las faenas de la casa y en vez de leer divertidos cuentos de milagros, tendremos que procurarles las obras que no existen! ¡Quitad el fraile, y se desvanecerá el heroísmo, serán del dominio del vulgo las virtudes políticas; quitadle y el indio dejará de existir; el fraile es el padre, el indio el Verbo; aquél el artista; éste la estatua, porque todo lo que somos, lo que pensamos y lo que hacemos, al fraile se lo debemos, á su paciencia, á sus trabajos, á su constancia de tres siglos para modificar la forma que nos dió Naturaleza! Y Filipinas sin fraile y sin indio, ¿qué le pasará al pobre gobierno en manos de los chinos?»

—¡ Comerá torta de cangrejos! contestó Isagani á quien le aburría el discurso de Pecson.

—¡ Y es lo que debemos hacer! ; Basta de discursos!

Como no aparecía el chino que debía traer el plato, levantóse uno de los estudiantes y se fué al fondo, hacia el balcón que daba al río; más se volvió inmediatamente haciendo señas misteriosas.

—¡ Nos espían; he visto al favorito del P. Sibyla!

—¿ Sí? exclamó Isagani levantándose.

—Es inútil; al verme se ha ido.

Y acercándose á la ventana, miró hacia la plaza. Después hizo señas á sus compañeros para que se acercasen. Vieron salir por la puerta de la pansitería un joven que miraba á todas partes y entraba con un desconocido en un coche que esperaba junto á la acera. Era el coche de Simoun.

—¡ Ah! exclamó Makaraig; ¡ el esclavo del Vicerrector servido por el amo del general!

---



## XXVI

### PASQUINADAS

Muy de mañana levantóse Basilio para ir al Hospital. Tenía su plan trazado; visitar á sus enfermos, ir después á la Universidad para enterarse algo de su licenciatura, y verse después con Makaraig para los gastos que ésta le ocasionaría. Había empleado gran parte de sus economías en rescatar á Juli y procurarle una cabaña donde vivir con el abuelo, y no se atrevía á acudir á capitán Tiago, temiendo interpretase el paso como un adelanto de la herencia que siempre le prometía.

Distraído con estas ideas, no se fijó en los grupos de estudiantes que tan de mañana volvían de la ciudad como si se hubiesen cerrado las aulas; menos aun pudo notar el aire preocupado que tenían algunos, las conversaciones en voz baja, las señas misteriosas que entre sí cambiaban. Así es que cuando, al llegar á San Juan de Dios, sus amigos le preguntaron acerca de una conspiración, Basilio pegó un salto acordándose de la que tramaba Simoun, abortada por el misterioso accidente del joyero. Lleno de temor y con voz alterada preguntó tratando de hacerse el ignorante:

—¡ Ah! ¿ la conspiración?

—¡ Se ha descubierto! repuso otro, y parece que hay muchos complicados.

Basilio procuró dominarse.

—¿ Muchos complicados? repitió tratando de leer algo en las miradas de los demás; y ¿ quiénes?...

—¡ Estudiantes, la mar de estudiantes!

Basilio no creyó prudente preguntar más temiendo venderse, y pretextando la visita de sus enfermos, se alejó del grupo. Un catedrático de clínica le salió al paso y poniéndole misteriosamente la mano sobre el hombro—el catedrático era su amigo—le preguntó en voz baja:

—¿Estuvo usted en la cena de anoche?

Basilio, en el estado de ánimo en que se encontraba, creyó oír *anteanoche*. Anteanoche fué la conferencia con Simoun. Quiso explicarse.

—Le diré á usted, balbuceó, como capitán Tiago estaba malo y además tenía que concluir con el Mata...

—Hizo usted bien en no ir, dijo el profesor; ¿pero usted forma parte de la asociación de estudiantes?

—Doy mi cuota...

—Pues entonces, un consejo: retírese ahora mismo y destruya cuantos papeles tenga que le puedan comprometer.

Basilio se encogió de hombros. Papeles no tenía ninguno, tenía apuntes clínicos, nada más.

—¿Es que el señor Simoun... ?

—Simoun nada tiene que ver en el asunto, ¡gracias á Dios! añadió el médico; ha sido oportunamente herido por mano misteriosa y está en cama. No, aquí andan otras manos, pero no menos terribles.

—Basilio respiró. Simoun era el único que le podía comprometer. Sin embargo pensó en Cabesang Tales.

—¿Hay tulisanes...?

—Nada, hombre, nada más que estudiantes.

Basilio recobró su serenidad.

—¿Qué ha pasado, pues? se atrevió á preguntar.

—Se han encontrado pasquines subversivos, ¿no lo sabía usted?

—¿Dónde?

—¡ C—! en la Universidad.

—¿Nada más que eso?

—¡ P—! ¿qué más quiere usted? preguntó el cate-

drático casi furioso; los pasquines se atribuyen á los estudiantes asociados, pero, ¡ silencio!

Venía el catedrático de Patología, un señor que tenía más cara de sacristán que de médico. Nombreado por la poderosísima voluntad del Vicerrector sin exigirle más méritos ni más títulos que la adhesión incondicional á la corporación, pasaba por un espía y un soplón á los ojos de los otros catedráticos de la Facultad.

El primer catedrático le devolvió el saludo fríamente y guiñando á Basilio, le dijo en voz alta:

—Ya sé que capitán Tiago huele á cadáver; los cuervos y los buitres le han visitado.

Y entró en la sala de los profesores.

Algo más tranquilo, Basilio se aventuró á averiguar más pormenores. Todo lo que pudo saber era que se encontraron pasquines en las puertas de la Universidad, pasquines que el Vicerrector mandó arrancar para enviarlos al Gobierno civil. Decían que estaban llenos de amenazas, degüello, invasión y otras bravatas.

Sobre este hecho hacían los estudiantes sus comentarios. Las noticias venían del conserje, éste las tenía de un criado de Santo Tomás, quien á su vez las supo de un capista. Pronosticaban futuros suspensos, prisiones, etc., y se designaban los que iban á ser víctimas, naturalmente los de la Asociación.

Basilio recordó entonces las palabras de Simoun: El día en que puedan deshacerse de usted... Usted no terminará su carrera...

—¿Si sabrá algo? se preguntó; veremos quién puede más.

Y recobrando su sangre fría, para saber á qué atenerse y á la vez para gestionar su licenciatura, Basilio se encaminó á la Universidad. Tomó por la calle de Legazpi, siguió la del Beaterio y al llegar al ángulo que forma ésta con la calle de la Solana, observó que efectivamente algo importante debía haber ocurrido.

En vez de los grupos alegres y bulliciosos de an-

tes, en las aceras se veían parejas de la Guardia Veterana haciendo circular á los estudiantes, que salían de la Universidad silenciosos, unos taciturnos, irritados otros, se estacionaban á cierta distancia ó se volvían á sus casas. El primero con quien se encontró fué Sandoval. En vano le llamó Basilio; parecía que se había vuelto sordo.

—¡Efectos del temor en los jugos gastro-intestinales! pensó Basilio.

Después se encontró con Tadeo que tenía cara de Pascuas. Al fin la cuacha eterna parecía realizarse.

—¿Qué hay, Tadeo?

—¡Que no tendremos clase, lo menos por una semana, chico! ¡ sublime! ¡ magnífico!

Y se frotaba las manos de contento.

—Pero ¿qué ha pasado?

—¡ Nos van á meter presos á los de la Asociación!

—¿Y estás alegre?

—¡ No hay clase, no hay clase! y se alejó no cabiendo en sí de alegría.

Vió venir á Juanito Peláez pálido y receloso; aquella vez su joroba alcanzaba el máximum, tanta prisa se daba en huir. Había sido uno de los más activos promovedores de la asociación mientras las cosas se presentaban bien.

—¿Eh, Peláez, qué ha pasado?

—¡ Nada, no sé nada! Yo nada tengo que ver, contestaba nerviosamente; yo les estuve diciendo: esas son quijoterías... ¿Verdad, tú, que lo he dicho?

Basilio no sabía si lo había dicho ó no, pero por complacerle contestó:

—Sí, hombre! pero ¿qué sucede?

—¿Verdad que sí? ¡ Mira, tú eres testigo: yo siempre he sido opuesto... tú eres testigo, mira, no te olvides!

—Sí, hombre, sí, pero ¿qué pasa?

—Oye, ¡ tú eres testigo! ¡ Yo no me he metido jamás con los de la asociación, sino para aconsejarles!... ¡ no vayas á negarlo después! Ten cuidado, ¿sabes?



—No, no lo negaré, pero ¿qué ha pasado, hombre de Dios?

Juanito ya estaba lejos; había visto que se acercaba un guardia y temió que le prendiera.

Basilio se dirigió entonces á la Universidad para ver si acaso la secretaría estaba abierta y para recoger noticias. La secretaría estaba cerrada, y en el edificio había extraordinario movimiento. Subían y bajaban las escaleras frailes, militares, particulares, antiguos abogados y médicos, acaso para ofrecer sus servicios á la causa que peligraba.

Divisó de lejos á su amigo Isagani que, pálido y emocionado, radiante de belleza juvenil, arengaba á unos cuantos condiscípulos levantando la voz como si le importase poco el ser oído de todo el mundo.

—¡ Parece mentira, señores, parece mentira que un acontecimiento tan insignificante nos ponga en desbandada y huyamos como gorriones porque se agita el espantajo! ¿Es la primera vez acaso que los jóvenes entran en la cárcel por la causa de la libertad? ¿Dónde están los muertos, dónde los fusilados? ¿Por qué apostatar ahora?

—Pero ¿quién será el tonto que ha escrito semejantes pasquines? preguntaba uno indignado.

—¿Qué nos importa? contestaba Isagani; ¡ nosotros no tenemos por qué averiguarlo, que lo averigüen ellos! ¡ Antes de saber cómo están redactados, nosotros no tenemos necesidad de hacer alardes de adhesión en los momentos como éste! ¡ Allí donde hay peligro, allí debemos acudir porque allí está el honor! ¡ Si lo que dicen los pasquines está en armonía con nuestra dignidad y nuestros sentimientos, quien quiera que los haya escrito, ha obrado bien, debemos darle las gracias y apresurarnos á unir á la suya nuestras firmas! Si son indignos de nosotros, nuestra conducta y nuestra conciencia protestan por sí solas y nos defienden de toda acusación...

Basilio, al oír semejante lenguaje, aunque quería mucho á Isagani, dió media vuelta y salió. Tenía

que ir á casa de Makaraig para hablarle del préstamo.

Cerca de la casa del rico estudiante, notó cuchicheos y señas misteriosas entre los vecinos. El joven, no sabiendo de que se trataba, continuó tranquilamente su camino y entró en el portal. Dos guardias de la Veterana se le adelantaron preguntándole qué quería. Basilio comprendió que había obrado de ligero, pero ya no podía retroceder.

—Vengo á ver á mi amigo Makaraig, contestó tranquilamente.

Los guardias se miraron.

—Espérese usted aquí, díjole uno; espere usted á que baje el cabo.

Basilio se mordió los labios, y las palabras de Simoun resonaron otra vez en sus oídos... ¿Habrán venido á prender á Makaraig? pensó, pero no se atrevió á preguntarlo. No esperó mucho tiempo; en aquel momento bajaba Makaraig hablando alegremente con el cabo, precedidos ambos de un alguacil.

—¿Cómo? ¿usted también, Basilio? preguntó.

—Venía á verle...

—¡Noble conducta! dijo Makaraig riendo; en los tiempos de calma, usted nos evita...

El cabo preguntó á Basilio por su nombre, y hojeó una lista.

—¿Estudiante de Medicina, calle de Anloague? preguntó el cabo.

Basilio se mordió los labios.

—Usted nos ahorra un viaje, añadió el cabo, poniéndole la mano sobre el hombro; ¡dése usted preso!

—¿Cómo, yo también?

Makaraig soltó una carcajada.

—No se apure usted, amigo; vamos en coche, y así le contaré la cena de anoche.

Y con un gesto muy gracioso, como si estuviese en su casa, invitó al auxiliante y al cabo á que subiesen en el coche que les esperaba en puerta.

—¡Al Gobierno civil! dijo al cochero.

Basilio, que ya se había recobrado, contaba á Ma-

---

karraig el objeto de su visita. El rico estudiante no le dejó terminar y le estrechó la mano.

—Cuenta usted conmigo, cuenta usted conmigo y á la fiesta de nuestra investidura convidaremos á estos señores, dijo señalando al cabo y al alguacil.



## XXVII

### EL FRAILE Y EL FILIPINO

*Vox populi, vox Dei.*

Hemos dejado á Isagani arengando á sus amigos. En medio de su entusiasmo, se le acercó un capista para decirle que el P. Fernández, uno de los cate-dráticos de ampliación, le quería hablar.

Isagani se inmutó. El P. Fernández era para él persona respetabilísima: era el *uno* que él exceptua-ba siempre cuando de atacar á los frailes se trataba.

—Y ¿qué quiere el P. Fernández? preguntó.

El capista se encogió de hombros; Isagani de mala gana le siguió.

El P. Fernández, aquel fraile que vimos en Los Baños, esperaba en su celda grave y triste, fruncidas las cejas como si estuviese meditando. Levantóse al ver entrar á Isagani, le saludó dándole la mano, y cerró la puerta; después se puso á pasear de un ex-tremo á otro de su aposento. Isagani, de pie, espe-raba á que le hablase.

—Señor Isagani, dijo al fin con voz algo emocio-nada; desde la ventana le he oído á usted perorar porque, como físico que soy, tengo buenos oídos, y he querido hablar con usted. A mí me han gustado siempre los jóvenes que se expresan claramente y tienen su manera propia de pensar y obrar, no me importa que sus ideas difieran de las mías. Ustedes, por lo que he oído, han tenido anoche una cena, no se excuse usted...

—¡Es que yo no me excuso! interrumpió Isagani.

—Mejor que mejor, eso prueba que usted acepta

las consecuencias de sus actos. Por lo demás, haría usted mal en retractarse; yo no le censuro, no hago caso de lo que anoche se haya dicho allí, yo no le recrimino, porque después de todo, usted es libre de decir de los dominicos lo que le parezca, usted no es discípulo nuestro; sólo este año hemos tenido el gusto de tenerle y probablemente no le tendremos ya más. No vaya usted á creer que yo voy á invocar cuestiones de gratitud, no; no voy á perder mi tiempo en tontas vulgaridades. Le he hecho llamar á usted, porque he creído que es uno de los pocos estudiantes que obran por convicción y como á mí me gustan los hombres convencidos, me dije, con el señor Isagani me voy á explicar.

El P. Fernández hizo una pausa y continuó sus paseos con la cabeza baja, mirando al suelo.

—Usted puede sentarse si gusta, continuó; yo tengo la costumbre de hablar andando, porque así se me vienen mejor las ideas.

Isagani siguió de pie, con la cabeza alta, esperando que el catedrático abordase el asunto.

—Hace más de ocho años que soy catedrático, continuó el P. Fernández paseándose, y he conocido y tratado á más de dos mil y quinientos jóvenes; los he enseñado, los he procurado educar, les he inculcado principios de justicia, de dignidad y sin embargo, en estos tiempos en que tanto se murmura de nosotros, no he visto á ninguno que haya tenido la audacia de sostener sus acusaciones cuando se ha encontrado delante de un fraile... ni siquiera en voz alta delante de cierta multitud... ¡Jóvenes hay que detrás nos calumnian y delante nos besan la mano y con vil sonrisa mendigan nuestras miradas! ¡Puf! ¿Qué quiere usted que hagamos nosotros con semejantes criaturas?

—La culpa no es toda de ellos, Padre, contestó Isagani; la culpa está en los que les han enseñado á ser hipócritas, en los que tiranizan el pensamiento libre, la palabra libre. Aquí todo pensamiento independiente, toda palabra que no sea un eco de la vo-

luntad del poderoso, se califica de filibusterismo y usted sabe muy bien lo que esto significa. ¡Loco el que por darse gusto de decir en voz alta lo que piensa, se aventure á sufrir persecuciones!

—¿Qué persecuciones ha tenido usted que sufrir? preguntó el P. Fernández levantando la cabeza; ¿no le he dejado á usted expresarse libremente en mi clase? ¡Y sin embargo, usted es una excepción que, á ser cierto lo que dice, yo debía corregir, para universalizar en lo posible la regla, para evitar que cunda el mal ejemplo!

Isagani se sonrió.

—Le doy á usted las gracias y no discutiré si soy ó no una excepción; aceptaré el calificativo para que usted acepte el mío: usted también es una excepción; y como aquí no vamos á hablar de excepciones, ni abogar por nuestras personas, al menos pienso por mí, le suplico á mi catedrático dé otro giro al asunto.

El P. Fernández, á pesar de sus principios liberales, levantó la cabeza y miró lleno de sorpresa á Isagani. Era aquel joven más independiente aun de lo que él se creía; aunque le llamaba *catedrático*, en el fondo le trataba de igual á igual, puesto que se permitía insinuaciones. Como buen diplomático, el Padre Fernández no sólo aceptó el hecho, sino que él mismo lo planteó.

—¡Enhorabuena! dijo; pero no vea usted en mí á su catedrático; yo soy un fraile y usted un estudiante filipino, ¡nada más, nada menos! y ahora le pregunto á usted ¿qué quieren de nosotros los estudiantes filipinos?

La pregunta llegaba de sorpresa; Isagani no estaba preparado. Era una estocada que se desliza de repente mientras hacen el muro, como dicen en la esgrima. Isagani así sorprendido, respondió por una violenta parada como un aprendiz que se defiende:

—¡Qué ustedes cumplan con su deber! dijo.

Fr. Fernández se enderezó: la respuesta le sonó á cañonazo.

—¡ Que cumplamos con nuestro deber! repitió irguiéndose; pues ¿no cumplimos con nuestro deber? ¿qué deberes nos asignan ustedes?

—¡ Los mismos que ustedes libérricamente se han impuesto al entrar en su orden y los que después, una vez en ella, se han querido imponer! Pero, como estudiante filipino, no me creo llamado á examinar su conducta en relación con sus estatutos, con el catolicismo, con el gobierno, el pueblo filipino y la humanidad en general: cuestiones son esas que ustedes tienen que resolver con sus fundadores, con el Papa, el gobierno, el pueblo en masa ó con Dios; como estudiante filipino, me limitaré á sus deberes respecto á nosotros. Los frailes, en general, al ser los inspectores locales de la enseñanza en provincias, y los dominicos, en particular, al monopolizar en sus manos los estudios todos de la juventud filipina, han contraído el compromiso, ante los ocho millones de habitantes, ante España y ante la humanidad de la que nosotros formamos parte, de mejorar cada vez la semilla joven moral y físicamente, para guiarla á su felicidad, crear un pueblo honrado, próspero, inteligente, virtuoso, noble y leal. Y ahora pregunto yo á mi vez, ¿han cumplido los frailes con su compromiso?

—Estamos cumpliendo...

—¡ Ah! P. Fernández, interrumpió Isagani; ; usted con la mano sobre *su* corazón puede decir que *está* cumpliendo, pero con la mano sobre el corazón de la orden, sobre el corazón de todas las órdenes, no lo puede decir sin engañarse! ; Ah, P. Fernández! cuando me encuentro ante una persona que estimo y respeto, prefiero ser el acusado á ser el acusador, prefiero defenderme á ofender. Pero, ya que hemos entrado en explicaciones, ; vamos hasta al fin! ¿Cómo cumplen con su deber los que en los pueblos inspeccionan la enseñanza? ; Impidiéndola! Y los que aquí han monopolizado los estudios, los que quieren modelar la mente de la juventud, con exclusión de otros cualesquiera, ¿cómo cumplen con su misión? ; Esca-



timando en lo posible los conocimientos, apagando todo ardor y entusiasmo, rebajando toda dignidad, único resorte del alma, é inculcando en nosotros viejas ideas, rancias nociones, falsos principios incompatibles con la vida del progreso! ¡ Ah! sí, cuando se trata de alimentar á presos, de proveer á la manutención de criminales, el gobierno propone una subasta para hallar al postor que ofrezca las mejores condiciones de alimentación, al que menos les ha de dejar perecer de hambre; cuando se trata de nutrir moralmente á todo un pueblo, nutrir á la juventud, á la parte más sana, á la que después ha de ser el país y el todo, el gobierno no sólo no propone ninguna subasta, sino que vincula el poder en aquel cuerpo que precisamente hace alardés de no querer la instrucción, de no querer ningún adelanto. ¿Qué diríamos nosotros si el abastecedor de cárceles, después de haberse apoderado por intrigas de la contrata, dejase luego languidecer á sus presos en la anemia, dándoles todo lo rancio y pasado, y se excusase después diciendo que no conviene que los presos tengan buena salud, porque la buena salud trae alegres pensamientos, porque la alegría mejora al hombre, y el hombre no debe mejorar porque le conviene al abastecedor que haya muchos criminales? ¿Qué diríamos si después el gobierno y el abastecedor se coaligasen porque de los diez ó doce cuartos que percibe por cada criminal el uno, recibe cinco el otro?

El P. Fernández se mordía los labios.

—Esas son muy duras acusaciones, dijo, y usted traspassa los límites de nuestra convención.

—; No, Padre; si sigo tratando de la cuestión estudiantil. Los frailes, y no digo ustedes, porque á usted no le confundo en la masa general, los frailes de todas órdenes se han convertido en nuestros abastecedores intelectuales y dicen y proclaman, sin pudor ninguno, que no conviene que nos ilustremos porque vamos un día á declararnos libres! ¡ Esto es no querer que el preso se nutra para que no se me-

jore y salga de la cárcel. La libertad es al hombre lo que la instrucción á la inteligencia, y el no querer los frailes que la tengamos es el origen de nuestros decontentos!

—La instrucción no se da más que al que se la merece! contestó secamente el P. Fernández; dársele á hombres sin carácter y sin moralidad es prostituirlo.

—Y ¿por qué hay hombres sin carácter y sin moralidad?

El dominico se encogió de hombros.

—Defectos que se maman con la leche, que se respiran en el seno de las familias... ¿qué sé yo?

—¡ Ah, no, P. Fernández! exclamó impetuosamente el joven; usted no ha querido profundizar el tema, usted no ha querido mirar al abismo por temor de encontrarse allí con la sombra de sus hermanos. Lo que somos, ustedes lo han hecho. Al pueblo que se tiraniza, se le obliga á ser hipócrita; á aquel á quien se le niega la verdad, se le da la mentira; el que se hace tirano, engendra esclavos. No hay moralidad, dice usted, ¡ sea! aunque las estadísticas podrían desmentirle porque aquí no se cometen crímenes como los de muchos pueblos, cegados por sus humos de moralizadores. Pero, y sin querer ahora analizar qué es lo que constituye el carácter y por cuánto entra en la moralidad la educación recibida, convengo con usted en que somos defectuosos. ¿ Quién tiene la culpa de ello? ¿ O ustedes que hace tres siglos y medio tienen en sus manos nuestra educación ó nosotros que nos plegamos á todo? si después de tres siglos y medio, el escultor no ha podido sacar más que caricatura, bien torpe debe ser.

—O bien mala la masa de que se sirve.

—Más torpe entonces aun, porque, sabiendo que es mala, no renuncia á la masa y continúa perdiendo tiempo... y no sólo es torpe, defrauda y roba, porque conociendo lo inútil de su obra, la continúa para percibir el salario... y no sólo es torpe y ladrón, es infame, porque se opone á que todo otro escultor en-

saye su habilidad y ¡vea si puede producir algo que valga la pena! ¡Celos funestos de la incapacidad!

La réplica era viva y el P. Fernández se sintió cogido. Miró á Isagani y le pareció gigantesco, invencible, imponente, y por primera vez en su vida creyó ser vencido por un estudiante filipino. Se arrepintió de haber provocado la polémica, pero era tarde. En su aprieto y encontrándose delante de tan temible adversario, buscó un buen escudo y echó mano del gobierno.

—Ustedes nos achacan á nosotros todas las faltas porque no ven más que nosotros que estamos cerca, dijo con acento menos arrogante: ¡es natural, no me extraña! el pueblo odia al soldado ó al alguacil que le prende y no al juez que dictó la prisión. Ustedes y nosotros estamos todos danzando al compás de una música: si por la misma levantan el pie al mismo tiempo que nosotros, no nos culpen de ello; es la música quien dirige nuestros movimientos. ¿Creen ustedes que los frailes no tenemos conciencia y no queremos el bien? ¿Creen ustedes que no pensamos en vosotros, que no pensamos en nuestro deber, y que sólo comemos para vivir y vivimos para reinar? ¡Ojalá así fuera! Pero, como vosotros, seguimos el compás; nos encontramos entre la espada y la pared: ó ustedes nos echan ó nos echa el gobierno. ¡El gobierno manda, y quien manda, manda, y cartuchera al cañón!

—De eso se puede inferir, observó Isagani con amarga sonrisa, que el gobierno quiere nuestra desmoralización.

—¡Oh, no, yo no he querido decir eso! Lo que he querido decir es que hay creencias, hay teorías y leyes que, dictadas con la mejor intención, producen las más deplorables consecuencias. Me explicaré mejor citándole un ejemplo. Para conjurar un pequeño mal, se dictan numerosas leyes que causan mayores males todavía: *corruptissima in republica plurimæ leges*, dijo Tácito. Para evitar un caso de fraude, se dictan un millón y medio de disposiciones preven-

tivas é insultantes, que producen el efecto inmediato de despertar al público las ganas de eludir y burlar tales prevenciones: para hacer criminal á un pueblo no hay más que dudar de su virtud. Díctese una ley, no ya aquí, sino en España y verá usted como se estudia el medio de trampearla, y es que los legisladores han olvidado el hecho de que cuanto más se esconde un objeto más se le desea ver. ¿Por qué la picardía y la listura se consideran grandes cualidades en el pueblo español cuando no hay otro como él tan noble, tan altivo y tan hidalgo? ¿Porque nuestros legisladores, con la mejor intención, han dudado de su nobleza, herido su altivez y desafiado su hidalguía! ¿Quiere usted abrir en España un camino en medio de rocas? Pues ponga allí un cartel imperioso prohibiendo el paso, y el pueblo, protestando contra la imposición, dejará la carretera para trepar el peñasco. ¿El día que en España un legislador prohíba la virtud é imponga el vicio, al siguiente todos serán virtuosos!

El dominico hizo una pausa, y después continuó:

—Pero, usted dirá que nos apartamos de la cuestión; vuelvo á ella... Lo que puedo decir para convencerle, es que los vicios de que ustedes adolecen, no se nos deben achacar ni á nosotros ni al gobierno; están en la imperfecta organización de nuestra sociedad, *qui multum probat, nihil probat*, que se pierde por exceso de precaución, falta en lo necesario y sobra en lo superfluo.

—Si usted confiesa esos defectos en su sociedad, repuso Isagani, ¿por qué entonces meterse á arreglar sociedades ajenas en vez de ocuparse antes de sí misma?

—Vamos alejándonos de nuestra cuestión, joven; la teoría de los hechos consumados debe aceptarse...

—¡Sea! la acepto porque es un hecho y sigo preguntando: ¿por qué, si su organización social es defectuosa, no la cambian ó al menos escuchan la voz de los que salen perjudicados?

—Todavía estamos lejos: hablábamos de lo que quieren los estudiantes de los frailes...

—Desde el instante en que los frailes se esconden detrás del gobierno, los estudiantes tienen que dirigirse á éste.

La observación era justa; por allí no había escapatoria.

—Yo no soy el gobierno y no puedo responder de sus actos. ¿Qué quieren los estudiantes que hagamos por ellos dentro de los límites en que estamos encerrados?

—No oponerse á la emancipación de la enseñanza, sino favorecerla.

El dominico sacudió la cabeza.

—Sin decir mi propia opinión, eso es pedirnos el suicidio, dijo.

—Al contrario, es pedirles paso para no atropellarlos y aplastarlos.

—¡ Hm! dijo el P. Fernández parándose y quedándose pensativo. Empiecen ustedes por pedir algo que no cueste tanto, algo que cada uno de nosotros pueda conceder sin menoscabo de su dignidad y privilegios, porque si podemos entendernos y vivir en paz, ¿á qué los odios, á qué las desconfianzas?

—Descendemos entonces á detalles...

—Sí, porque si tocamos á los cimientos, echaremos abajo el edificio.

—Vayamos pues á los detalles, dejemos la esfera de los principios, repuso Isagani sonriendo; y *sin decir también mi propia opinión*—y aquí acentuó el joven la frase—los estudiantes cesarían en su actitud y se suavizarían ciertas asperezas si los profesores supiesen tratarlos mejor de lo que hasta ahora han hecho... Esto está en sus manos.

—¿Qué? preguntó el dominico; ¿tienen los alumnos alguna queja de mi conducta?

—Padre, nos hemos convenido desde un principio en no hablar ni de usted ni de mí. Hablamos en general: los estudiantes, tras de no sacar gran prove-

cho de los años pasados en las clases, suelen muchos dejar allí jirones de su dignidad, si no toda.

El P. Fernández se mordió los labios.

—Nadie les obliga á estudiar; los campos no están cultivados, observó secamente.

—Sí, que algo les obliga á estudiar, replicó en el mismo tono Isagani mirando cara á cara al dominico. Aparte del deber de cada uno de buscar su perfección, hay el deseo innato en el hombre de cultivar su inteligencia, deseo aquí más poderoso cuanto más reprimido; y el que da su oro y su vida al Estado, tiene derecho á exigirle que le dé la luz para ganar mejor su oro y conservar mejor su vida. Sí, Padre; hay algo que les obliga y ese algo es el mismo gobierno, son ustedes mismos que se burlan sin compasión del indio no instruido y le niegan sus derechos, fundándose en que es ignorante. ¡Ustedes le desnudan y luego se burlan de sus vergüenzas!

El P. Fernández no contestó; siguió paseándose, pero febrilmente, como muy excitado.

—¡Usted dice que los campos no están cultivados! continuó Isagani en otro tono, después de una breve pausa; no entremos ahora á analizar el por qué, porque nos iríamos lejos; pero, ¡usted P. Fernández, usted, profesor, usted, hombre de ciencia, usted quiere un pueblo de braceros, de labradores! ¿Es para usted el labrador el estado perfecto á que puede llegar el hombre en su evolución? ¿O es que quiere usted la ciencia para sí y el trabajo para los demás?

—¡No, yo quiero la ciencia para el que se la merezca, para el que la sepa guardar, contestó; cuando los estudiantes den pruebas de amarla, cuando se vean jóvenes convencidos, jóvenes que sepan defender su dignidad y hacerla respetar, habrá ciencia, habrá entonces profesores considerados! ¡Si hay profesores que abusan es porque hay alumnos que condescienden!

—¡Cuando haya profesores habrá estudiantes!

—Empiecen ustedes por transformarse, que son

los que tienen necesidad de cambio, y nosotros seguiremos.

—Sí, dijo Isagani con risa amarga; ¡que empeemos porque por nuestro lado está la dificultad! Bien sabe usted lo que le espera al alumno que se pone delante de un profesor: usted mismo, con todo su amor á la justicia, con todos sus buenos sentimientos, ha estado conteniéndose á duras penas cuando yo le decía amargas verdades, ¡usted mismo, P. Fernández! ¿Qué bienes ha sacado el que entre nosotros quiso sembrar otras ideas? Y ¿qué males han llovido sobre usted porque quiso ser bueno y cumplir con su deber?

—Señor Isagani, dijo el dominico, tendiéndole la mano; aunque parezca que de esta conversación nada práctico resulta, sin embargo algo se ha ganado; hablaré á mis hermanos de lo que usted me ha dicho y espero que algo se podrá hacer. Sólo temo que no crean en su existencia de usted...

—Lo mismo me temo, repuso Isagani, estrechando la mano del dominico; me temo que mis amigos no crean en su existencia de usted, tal como hoy se me ha presentado.

Y el joven, dando por terminada la entrevista, se despidió.

El P. Fernández le abrió la puerta, le siguió con los ojos hasta que le vió desaparecer al doblar el corredor. Estuvo oyendo mucho tiempo el ruido de sus pasos, después entró en su celda y esperó que apareciera en la calle. Vióle, en efecto, oyó que decía á un compañero que le preguntaba á dónde iba:

—¡Al Gobierno civil! ¡Voy á ver los pasquines y á reunirme con los otros!

El compañero, asustado, se quedó mirándole como quien mira á uno que se suicida y se alejó corriendo.

—¡Pobre joven! murmuró el P. Fernández, sintiendo que sus ojos se humedecían; ¡te envidio á los jesuitas que te han educado!

El P. Fernández se equivocaba de medio en medio; los jesuitas renegaban de Isagani y cuando á la tar-

de supieron que había sido preso, dijeron que les comprometía.

—¡ Ese joven se pierde y nos va á hacer daño!  
¡ Que se sepa que de aquí no ha aprendido esas ideas!

Los jesuitas no mentían, no: esas ideas sólo las da Dios por medio de la Naturaleza.

---



## XXVIII

### T A T A K U T

Ben-Zayb tuvo inspiración de profeta al sostener días pasados en su periódico que la instrucción era funesta, funestísima para las Islas Filipinas: ahora en vista de los acontecimientos de aquel viernes de las pasquinadas, cacareaba el escritor y cantaba su triunfo, dejando tamañito y confuso á su adversario *Horatius*, que se había atrevido á ridiculizarle en la sección de *Pirotecnia* de la manera siguiente:

\*  
\* \*

De nuestro colega *El Grito*:

«La instrucción es funesta, funestísima para las Islas Filipinas!»

Entendido.

Hace tiempo que *El Grito* cree representar al pueblo filipino; *ergo*.. como diría Fray Ibáñez, si supiese latín.

Pero Fray Ibáñez, se vuelve musulmán cuando escribe, y sabemos cómo tratan los musulmanes á la instrucción.

*Testiga*, como decía un real predicador, la biblioteca de Alejandria!



Ahora tenía él razón, él, ¡Ben-Zayb! ¡ Si es el único que piensa en Filipinas, el único que prevé los acontecimientos!

En efecto, la noticia de haberse encontrado pasquines subversivos en las puertas de la Universidad, no sólo quitó el apetito á muchos y trastornó la digestión á otros, sino que también puso intranquilos á los flemáticos chinos, que no se atrevieron á sen-

tarse en sus tiendas con una pierna recogida como de costumbre, por temor de que les faltase tiempo de extenderla para echarse á correr. A las once de la mañana, aunque el sol continuaba su curso y Su Excelencia, el capitán general, no aparecía al frente de sus cohortes victoriosas, sin embargo el desasosiego había aumentado: los frailes que solían frecuentar el bazar de Quiroga, no aparecían y este síntoma presagiaba terribles cataclismos. Si el sol hubiese amanecido cuadrado y los Cristos, vestidos de pantalones, Quiroga no se habría alarmado tanto: habría tomado al sol por un *liampó* y á las sagradas imágenes por jugadores de *chapdiquí* que se quedan sin camisa; pero, ¿no venir los frailes cuando precisamente acañaban de llegarle novedades!

Por encargo de un provincial amigo suyo, Quiroga prohibió la entrada en sus casas de *liampó* y *chapdiquí* á todo indio que no fuese de antiguo conocido; el futuro cónsul de los chinos temía se apoderasen de las cantidades que allí los miserables perdían. Después de disponer su bazar de manera que se pudiese cerrar rápidamente en un momento apurado, se hizo acompañar de un guardia veterano para el corto camina que separaba su casa de la de Simoun. Quiroga encontraba aquella ocasión la más propicia para emplear los fusiles y cartuchos que tenía en su almacén, de la manera como el joyero había indicado: era de esperar que en los días sucesivos se operasen requisas y entonces ¿cuántos presos, cuánta gente acoquinada no daría sus economías! ¿Era el juego de los antiguos carabineros de deslizar debajo de las casas tabacos y hojas de contrabando, simular después una requisita y obligar al infeliz propietario á sobornos ó multas! ¿Sólo que el arte se perfeccionaba y, desestancado el tabaco, se recurría ahora á las armas prohibidas!

Pero Simoun no quería ver á nadie é hizo decir al chino Quiroga que dejase las cosas como estaban, con lo que éste se fué á ver á don Custodio para preguntarle si debía ó no armar su bazar, pero don Cus-

todio tampoco recibía: estaba á la sazón estudiando un proyecto de defensa en el caso de verse sitiado. Acordóse de Ben-Zayd para pedirle noticias, mas, al encontrarle armado hasta los dientes y sirviéndose de dos revólvers cargados como de pisa-papeles, Quiroga se despidió lo más pronto que pudo y se metió en su casa, acostándose so pretexto de que se sentía mal.

A las cuatro de la tarde ya no se hablaba de simples pasquinadas. Se susurraban rumores de inteligencias entre los estudiantes y los remontados de San Mateo; se aseguraba que en una pansitería juraron sorprender la ciudad; se habló de barcos alemanes, fuera de la bahía, para secundar el movimiento de un grupo de jóvenes que, so capa de protesta y españolismo, se iban á Malakañang para ponerse á las órdenes del general, y que fueron presos por descubrirse que iban armados. La Providencia había salvado á Su Excelencia, impidiéndole recibir á aquellos precoces criminales por estar á la sazón conferenciando con los Provinciales, el Vicerrector y el P. Irene, comisionado por el P. Salví. Mucho de verdad había en estōs rumores si hemos de creer al P. Irene, que á la tarde se fué á visitar á capitán Tiago. Según él, ciertas personas habían aconsejado á Su Excelencia aprovechase la ocasión para inspirar el terror y dar para siempre una buena lección á los filibusterillos.

—¡ Unos cuantos fusilados, había dicho uno, unas dos docenas de reformistas, enviados al destierro inmediatamente y en medio del silencio de la noche, apagarían para siempre los humos de los descontentos!

—No, replicaba otro que tenía buen corazón; basta con que las tropas recorran las calles, el batallón de caballería por ejemplo, con el sable desenvainado; basta arrastrar algunos cañones... ¡basta eso! El pueblo es muy tímido y todos entrarán en sus casas.

—No, no, insinuaba otro; esta es la ocasión de deshacerse del enemigo; no basta que entren en sus

casas, hay que hacerles salir, como los malos humores, por medio de sinapismos. Si no se deciden á armar motines, hay que excitarlos por medio de agentes provocadores... Yo soy de opinión que las tropas estén sobre las armas y se aparente abandono é indiferencia, para que se envalentonen y á cualquier disturbio allá encima y energía!

—El fin justifica los medios, decía otro; nuestro fin es nuestra santa Religión y la integridad de la Patria. Declárese el estado de sitio, y al más pequeño disturbio, coger á todos los ricos é ilustrados y... limpiar el país.

—Si no llego á tiempo para aconsejar la moderación, añadía el P. Irene, dirigiéndose á capitán Tiago, de seguro que la sangre corría ahora por las calles. Yo pensaba en usted, capitán... El partido de los violentos no pudo conseguir mucho del general, y echaban de menos á Simoun... ; Ah! si Simoun no llega á enfermarse...

Con la prisión de Basilio y la requisita que se hizo después entre sus libros y papeles, capitán Tiago se había puesto ya bastante malo. Ahora venía el P. Irene á aumentar su terror con historias espeluznantes. Apoderóse del infeliz un miedo indecible que se manifestó primero por ligero temblor, que se fué acentuando rápidamente hasta no dejarle hablar. Con los ojos abiertos, la frente sudorosa, se cogió del brazo del P. Irene, trató de incorporarse, pero no pudo y, lanzando dos ronquidos, cayó pesadamente sobre la almohada. Capitán Tiago tenía los ojos abiertos y babeaba: estaba muerto. Aterrado el Padre Irene huyó y, como el cadáver se le había agarrado, en su huida lo arrastró fuera de la cama, dejándolo en medio del aposento.

A la noche el terror llegó á su maximum. Habían tenido lugar varios hechos que hacían creer á los tímoratos en los agentes provocadores.

Con ocasión de un bautismo, arrojáronse algunos cuartos á los chicos y naturalmente hubo cierto tumulto en la puerta de la iglesia. Acertó entonces pa-

sar por allí un bravo militar que, algo preocupado, tomó el barullo por filibusterada, y arremetiendo sable en mano á los chicos, entró en el templo, y si no se enreda en la cortina suspendida del coro, no iba á dejar dentro títere con cabeza. Ver esto los timoratos y echarse á correr propalando que la revolución había comenzado, fué cosa de un segundo. Cerráronse atropelladamente las pocas tiendas que quedaban abiertas, chinos hubo que se dejaron fuera piezas de tela, y no pocas mujeres perdieron sus chinelas al correr por las calles. Afortunadamente no hubo más que un herido y unos cuantos contusos, entre ellos el mismo militar al caerse luchando con la cortina, que olía á capa del filibusterismo. Tal proeza le dió tanto renombre y un renombre tan puro que ¡ojalá todas las famas se conquistasen de análoga manera! ¡las madres llorarían menos y estaría más poblada la tierra!

En un arrabal sorprendieron los vecinos á dos individuos que enterraban armas debajo de una casa de tabla. Alborotóse el barrio; los habitantes quisieron perseguir á los desconocidos para matarlos y entregarlos á las autoridades, pero un vecino les calmó diciéndoles que bastaba con presentar al tribunal el cuerpo del delito. Eran por lo demás viejas escopetas que de seguro habrían herido al primero que hubiese querido servirse de ellas.

—¡ Bueno! decía un valentón; si quieren que nos alcemos, ¡adelante!

Pero el valentón fué sacudido á golpes y á puñetazos, pellizcado por las mujeres como si fuese el propietario de las escopetas.

En la Hermita la cosa ya fué más grave si bien metió menos ruido y eso que hubo tiros. Cierta empleado precavido que se había armado hasta los dientes, vió, al anochecer, un bulto cerca de su casa, lo tomó sin más ni más por un estudiante y le soltó dos tiros de revólver. El bulto resultó después ser un guardia veterano y le enterraron y, ¡*pax Christi!* ¡*Mutis!*

En Dulumbayan resonaron también varios tiros, de los que resultaron muertos un pobre viejo sordo, que no había oído el *quién vive* del centinela, y un cerdo que lo oyó y no contestó *España*. Al viejo no le enterraron fácilmente pues no tenía con qué pagar las exequias, y al cerdo se lo comieron.

En Manila, en una dulcería que había cerca de la Universidad, muy frecuentada por estudiantes, se comentaban las prisiones de esta manera:

—¿Ya cogí ba con Tadeo? preguntaba la dueña.

—Abá, ñora, contestaba un estudiante que vivía en Parían ¡pusilau ya!

—¡Pusilau! ¡Nakú! no pa ta pagá conmigo su deuda!

—¡Ay! no jablá vos puelte, ñora, baká pa di quedá vos cómplice. ¡Ya quemá yo ga el libro que ya dale prestau conmigo! ¡Baká pa di riquisá y di encontrá! ¡anda vos listo, ñora!

—¿Ta quedá dice preso Isagani?

—¡Loco-loco también aquel Isagani, decía el estudiante indignado; no sana di cogí con ele, ta andá pa presentá! ¡O, bueno ga, que topá rayo con ele! ¡Siguro pusilau!

La señora se encogió de hombros.

—¡Conmigo no ta debí nada! ¿Y cosa di jase Paulita?

—¡No di faltá novio, ñora. Siguro di llorá un poco, luego di casá con un español!

La noche fué de las más tristes. En las casas se rezaba el rosario y piadosas mujeres dedicaban sendos *padrenuestros* y *requiems* á las almas de parientes y amigos. A las ocho de la noche apenas se veía un transeunte: sólo de tiempo en tiempo se oía el galopar de un caballo cuyos flancos golpeaba escandalosamente un sable, después pitadas de guardias, coches que pasaban á todo escape como perseguidos por turbas filibusteras.

Sin embargo no en todas partes reinaba el terror.

En la platería donde se hospedaba Plácido Peni-

tente, se comentaban también los acontecimientos y se discutían con cierta libertad.

—¡ Yo no creo en los pasquines! decía un obrero delgadocho y seco á fuerza de manejar el soplete; ; para mí es obra del P. Salví!

—¡ Ejém, ejém! tosió el maestro platero, hombre muy prudente que, temiendo pasar por cobarde, no se atrevía á cortar la conversación. El buen hombre se contentaba con toser, guiñaba á su oficial y miraba hacia la calle, como para decirle:—¡ Pueden espiarnos!

—¡ Por lo de la opereta! continuó el obrero.

—¡ Ohó! exclamó uno que tenía la cara de simple; ; ya lo decía yo! Por eso...

—¡ Hm! repuso un escribiente en tono de compasión; ; lo de los pasquines es cierto, Chicoy, pero te daré su explicación!

Y añadió con voz misteriosa:

—¡ Es una jugada del chino Quiroga!

—¡ Ejém, ejém! volvió á toser el maestro pasando el *sapá* del buyo de un carrillo á otro.

—¡ Créeme, Chicoy, del chino Quiroga! ; Lo he oído en la oficina!

—¡ Nakú, *seguro pues!* exclamó el simple, creyéndolo ya de antemano.

—Quiroga, continuó el escribiente, tiene cien mil pesos en plata mejicana en la bahía. ¿Cómo hacerlos entrar? Pues sencillamente; inventa los pasquines, aprovechándose de la cuestión de los estudiantes, y mientras todo el mundo está alborotado, ; pum! ; unta á los empleados y pasan las cajas!

—¡ Justo, justo! exclamó el crédulo pegando un puñetazo sobre la mesa. ; Justo! Por eso *palá* el chino Quiroga... ; por eso!

Y tiene que callarse no sabiendo qué decir del chino Quiroga.

—¿ Y nosotros pagaremos los platos rotos...? preguntaba Chicoy indignado.

—¡ Ejém, ejém, ejém! tosió el platero oyendo acercarse pasos en la calle.

En efecto los pasos se acercaban, y en la platería todos se callaron.

—San Pascual Bailón es un gran santo, dijo hipócritamente en voz alta el platero, guiñando á los otros; san Pascual Bailón...

En aquel momento asomó la cara Plácido Penitente, acompañado del pirotécnico que vimos recibiendo las órdenes de Simoun. Todos rodearon á los recién llegados preguntando por novedades.

—No he podido hablar con los presos, respondió Plácido; ¡hay unos treinta!

—¡Estaos alerta! añadió el pirotécnico, cambiando una mirada de inteligencia con Plácido; dicen que esta noche va á haber un degüello...

—¿Ja? ¡Rayo! exclamó Chicoy, buscando con los ojos un arma y no viendo ninguna, cogió su soplete.

El maestro se sentó; le temblaban las piernas. El crédulo ya se veía degollado y lloraba de antemano por la suerte de su familia.

—¡Ca! dijo el escribiente; ¡degüello no va á haber! El consejero del—é hizo una seña misteriosa—está por fortuna enfermo.

—¡Simoun!

—¡Ejém, ejém, ejjjém!

Plácido y el pirotécnico se cambiaron otra mirada.

—Si no llega á estar enfermo ese...

—¡Se simula una revolución! añadió negligente-mente el pirotécnico, encendiendo un cigarrillo por encima del tubo del quinqué; y ¿qué haríamos entonces?

—Pues hacerla ya de veras, porque, ya que nos van á degollar...

La tos violenta que se apoderó del platero impidió que se oyese la continuación de la frase. Debía Chicoy decir cosas terribles porque hacía gestos asesinos con su soplete y ponía cara de trágico japonés.

—¡Digan ustedes que se finge enfermo porque tiene miedo de salir! Como le vea...

Al maestro le atacó otra violentísima tos y acabó por suplicar á todos se retirasen.



—Sin embargo, prepararse, prepararse, decía el pirotécnico. Si quieren forzarnos á matar ó á morir...

Otra tos le volvió á atacar al infeliz patrón y los obreros ú oficiales se retiraron á sus casas, llevándose martillos, sierras y otros instrumentos más ó menos cortantes, más ó menos contundentes, disponiéndose á vender caras sus vidas. Plácido y el pirotécnico volvieron á salir.

—¡Prudencia, prudencia! recomendaba el maestro con voz lacrimosa.

—¡Usté ya no más cuidado con mi viuda y mis huérfanos! suplicaba el crédulo con voz más lacrimosa todavía.

El infeliz ya se veía acribillado de balas y enterrado.

Aquella noche los guardias de las puertas de la ciudad fueron substituídos por artilleros peninsulares y al día siguiente, á los primeros rayos del sol, Ben-Zayb, que se aventuró á dar un paseo matinal para ver el estado de las murallas, encontró en el glacis, cerca de la Luneta, el cadáver de una jovencita india, medio desnuda y abandonada. Ben-Zayb se horrorizó y después de tocarla con su bastón, y mirar hacia la dirección de las puertas, continuó su camino, pensando componer sobre el hecho un cuentecito sentimental. Ninguna alusión, sin embargo, apareció en los periódicos de los días sucesivos, los cuales se ocuparon de caídas y resbalones, ocasionados por cáscaras de plátanos, y, como falta de noticias, el mismo Ben-Zayb tuvo que comentar largamente cierto ciclón que en América destruyó pueblos y causó la muerte á más de dos mil personas. Entre otras lindezas decía:

«*El sentimiento de la caridad* MÁS LATENTE EN LOS PUEBLOS CATÓLICOS QUE EN OTRO ALGUNO y el recuerdo de Aquel que á impulsos de la misma se sacrificó por la *humanidad*, nos mueve (sic) á compasión por las desgracias de nuestros semejantes y á hacer votos porque *en este país*, tan castigado por los ciclones, no se produzcan escenas tan desoladoras como las que han debido presenciar los habitantes de los Estados Unidos!»

Horatius no perdonó la ocasión y, sin hablar tampoco ni de los muertos, ni de la pobre india asesinada, ni de los atropellos, le contestó en su *Piro-tecnia*:

«Después de tanta caridad y tanta humanidad, Fray Ibáñez, digo Ben-Zayb, se reduce á pedir para Filipinas.

Pero se comprende.

Porque no es católico y el sentimiento de la caridad es más latente, etc., etc., etc.»

---

## XXIX

### ÚLTIMAS PALABRAS SOBRE CAPITÁN TIAGO

Talis vita finis ita.

Capitán Tiago tuvo buen fin, esto es, un entierro como pocos. Es cierto que el cura de la parroquia había hecho observar al P. Irene que capitán Tiago se había muerto sin confesión, pero el buen sacerdote, sonriendo burlescamente, se frotó la punta de su nariz y respondió:

—Vamos ¡á mí con esas! si hubiéramos de negar las exequias á todos los que se mueren sin confesión nos olvidaríamos del ¡*De profundis!* Esos rigores, como usted sabe bien, se conservan cuando el impenitente es también insolvente, pero ¡con capitán Tiago!... ¡Vaya! si chinos infieles ha enterrado usted y con misa de requiem!

Capitán Tiago había nombrado albacea y ejecutor testamentario al P. Irene, y legaba sus bienes parte á Santa Clara, parte al Papa, al Arzobispo, á las Corporaciones religiosas, dejando veinte pesos para las matrículas de los estudiantes pobres. Esta última cláusula se dictó á propuesta del P. Irene, á fuer de protector de la juventud estudiosa. Capitán Tiago había anulado un legado de veinticinco pesos que dejaba á Basilio, en vista de la ingrata conducta observada por el joven en los últimos días, pero el Padre Irene lo restablecía y anunciaba que lo tomaba sobre su bolsillo y su conciencia.

En la casa del muerto, á donde habían acudido al día siguiente antiguos conocidos y amigos, se comentaba mucho un milagro. Decíase que en el mo-

mento mismo en que agonizaba, el alma de capitán Tiago se había aparecido á las monjas, rodeada de brillante luz. Dios la salvaba, gracias á las numerosas misas que había mandado decir y á los piadosos legados. El rumor se comentaba, se dibujaba, adquiría detalles y ninguno lo ponía en duda. Se describía el traje de capitán Tiago, por supuesto, el frac, la mejilla levantada por el *sapá* del buyo, sin olvidar la pipa para fumar opio ni el gallo *sasabuñgin*. El sacristán mayor que se encontraba en el grupo, afirmaba gravemente con la cabeza, y pensaba que, muerto él, se aparecería con su taza de *tajú* blanco porque, sin aquel desayuno refrescante, no se comprendía la felicidad ni en el cielo ni en la tierra. Sobre este tema y por no poder hablar de los acontecimientos del día anterior, y por haber allí tahures, se emitían pareceres muy peregrinos, se hacían conjeturas sobre si capitán Tiago invitaría ó no á San Pedro para una *soltada*, si se cruzarían apuestas, si los gallos serían inmortales, si invulnerables, y en este caso, quién sería el sentenciador, quién ganaría, etc., discusiones muy al gusto de los que fundan ciencias, teorías, sistemas basados en un texto que reputan infalible, revelado ó dogmático. Se citaban, además, pasajes de novenas, libros de milagros, dichos de curas, descripciones del cielo y otras zarandajas. Don Primitivo, el filósofo, estaba en sus glorias citando opiniones de teólogos.

—Porque ninguno puede perder, decía con mucha autoridad; perder ocasiona disgusto y en el cielo no puede haber disgustos.

—Pero alguno tiene que ganar, replicaba el tahir Aristorenas; ; en ganar está la gracia!

—¡ Pues ganan ambos, sencillamente!

Eso de ganar ambos no lo podía admitir Martín Aristorenas, él que ha pasado su vida en la gallera y siempre ha visto que un gallo perdía y otro ganaba; á lo más puede haber tablas. En vano habló don Primitivo en latín, Martín Aristorenas sacudía la cabeza, y eso que el latín de don Primitivo era fácil

de entenderse; hablaba de *an gallus talisainus, acuto tari armatus, an gallus beati Petri bulikus sasabungus sit*, etc., hasta que se decidió á emplear el argumento de que se valen muchos para hacer callar y convencer:

—¡ Te vas á condenar, amigo Martín, vas á caer en una heregía! ¡ *Cave ne cadas!* ¡ Ya no voy á jugar contigo al monte! ¡ Ya no haremos vacas! ¡ Niegas la evidencia de la Santísima Trinidad: tres son uno y uno son tres! ¡ Cuidadito! ¡ Niegas indirectamente que dos naturalezas, dos entendimientos y dos voluntades puedan tener una sola memoria! ¡ Cuidado! ¡ *Quincumque non crederit, anathema sit!*

Martín Aristorenas se encogió pálido y tembloroso, y el chino Quiroga que había escuchado con mucha atención el razonamiento, con mucha deferencia, ofreció al filósofo un magnífico cigarro y le preguntó con voz acariciadora:

—Sigulo, puele contalata aliento galela con Kilsto, ¿ja? Cuando mia muele, mia contalatista, ¿ja?

En otros se hablaba más del muerto; al menos se discutía el traje que le iban á poner. Capitán Timong proponía el hábito de un franciscano; precisamente tenía él uno, viejo, raído y remendado, preciosa pieza que, según el fraile que se lo dió de limosna en cambio de treinta y seis pesos, preservaba al cadáver de las llamas del infierno y contó en su apoyo varias anécdotas piadosas sacadas de los libros que distribuyen los curas. Capitán Tinong, aunque tenía en mucho aquella reliquia, estaba dispuesto á cedérsela á su íntimo amigo á quien no había podido visitar durante su enfermedad. Pero un sastre objetó con mucha razón que, pues que las monjas le vieron á capitán Tiago subiendo al cielo de frac, de frac tenían que vestirle aquí en la tierra y no había necesidad de preservativos ni impermeables; se va de frac cuando se va á un baile, á una fiesta, y no otra cosa le debe esperar en las alturas... y ¡ miren! casualmente tiene él uno hecho, que lo puede ceder por treinta y dos pesos, cuatro más barato que el há-

bito del franciscano, porque con capitán Tiago no quiere él ganar nada; ¡fué su parroquiano en vida y ahora será su patrón en el cielo! Pero el P. Irene, albacea y ejecutor testamentario, rechazó una y otra proposición y mandó vistiesen al cadáver con cualquiera de sus antiguos trajes, diciendo con santa unción que Dios no se fijaba en vestiduras.

Las exequias fueron, pues, de primerísima clase. Hubo responsos en casa; en la calle, oficiaron tres frailes como si uno no pudiese bastar con tanta alma; se hicieron todos los ritos y cêremonias posibles, y es fama que se improvisaron otras, habiendo *extras* como en los beneficios de los teatrillos. Aquello fué una delicia: se quemó mucho incienso, se cantó mucho en latín, se gastó mucha agua bendita—el Padre Irene en obsequio de su amigo cantó con voz de falsete el *Dios iræ*, desde el coro—y los vecinos cogieron verdadero dolor de cabeza con tanto doblar á muerto.

Doña Patrocinio, la antigua rival de capitán Tiago en religiosería deseó de todas veras morirse al día siguiente para encargar exequias aun más soberanas. La piadosa vieja no podía sufrir que aquel, que ella tenía ya para siempre vencido al morir, resucitase con tanta pompa. Sí, deseaba morirse y le parecía escuchar las exclamaciones de la gente que presenciara sus responsos:

—¡Esto sí que es entierro! ¡esto sí que es saber morir, doña Patrocinio!

---

## XXX

JULÍ

La muerte de capitán Tiago y la prisión de Basilio se supieron pronto en la provincia, y para honra de los sencillos habitantes de San Diego diremos que se sintió más la última y sólo de ella se habló casi. Y como era de esperar, la noticia fué adoptando diferentes formas, se dieron detalles tristes, pavorosos, se explicó lo que no se comprendía, se supieron las lagunas con conjeturas, éstas pasaron por hechos acontecidos y el fantasma así engendrado aterró á sus mismos progenitores.

En el pueblo de Tiani se decía que, cuando menos, cuando menos, el joven iba á ser deportado y muy probablemente asesinado durante el viaje. Los timoratos y pesimistas no se contentaban con esto y hablaban de horcas y consejos de guerra; enero era un mes fatal, en enero fué lo de Cavite y aquellos con ser curas, fueron ahorcados; con que un pobre Basilio sin amparo ni amistades...

—¡ Yo ya le decía! suspiraba el juez de Paz, como si alguna vez hubiese dado un consejo á Basilio; yo ya le decía...

—¡ Era de prever! añadía hermana Penchang; ; entraba en la iglesia y cuando veía algo sucia el agua bendita, no se santiguaba! ; Hablaba de animalitos y enfermedades, abá, castigo de Dios! ; Mercedo lo tienc! ; Como si el agua bendita pudiese transmitir enfermedades! ; Todo lo contrario, abá!

Y contaba como se había curado de una indigestión mojándose el ombligo con el agua bendita al mismo tiempo que rezaba *Sanctus Deus*, y recomen-

daba el remedio á los presentes cuando padezcan disenterías ó ventosidades ó reine la peste, sólo que entonces deben rezar en español

Santo Dios  
Santo fuerte  
Santo inmortal  
Libranos Señor de la peste  
Y de todo mal.

—El remedio es infalible, pero hay que llevar el agua bendita á la parte dolorida ó enferma, decía.

Pero muchos hombres no creían en estas cosas ni atribuían la prisión de Basilio á castigo de Dios. Tampoco creían en insurrecciones ni en pasquines, conocido el carácter ultra-pacífico y prudente del estudiante, y prefirieron atribuirla á venganzas de frailes, por haber sacado de la servidumbre á Juli, hija de tulisán, enemigo mortal de cierta poderosa corporación. Y como tenían bastante mala idea de la moralidad de la misma corporación y se recordaban mezquinas venganzas, la conjetura se creyó la más probable y justificada.

—¡Qué bien hice en echarla de mi casa! decía hermana Penchang; no quiero tener disgustos con los frailes, así que la apuré á que buscarse dinero.

La verdad era que sentía la libertad de Juli: Juli rezaba y ayunaba por ella y si se hubiera quedado más tiempo habría hecho también penitencia. ¿Por qué, si los curas rezan por nosotros y Cristo muere por nuestros pecados, Juli no iba á hacer lo mismo por hermana Penchang?

Cuando las noticias llegaron á la cabaña donde vivían la pobre Juli y su abuelo, la joven tuvo necesidad de que se lo repitieran dos veces. Miró á hermana Balí que era quien se lo decía, como sin comprenderla, sin poder coordinar las ideas; le zumbaron los oídos, sintió opresión en el corazón y tuvo como un vago presentimiento de que aquel suceso iba á influir desastrosamente en su porvenir. Sin embar-



go, quiso agarrarse á un rayo de esperanza, sonrió creyó que hermana Balí le daba una broma, bastante pesada, pero se la perdonaba de antemano si le decía que lo era; pero hermana Balí hizo una cruz con el pulgar y el índice y la besó, en prueba de que decía la verdad. Entonces la risa abandonó para siempre los labios de la joven, púsose pálida, espantosamente pálida, sintió que la abandonaban las fuerzas y, por primera vez en su vida, perdió el conocimiento desmayándose.

Cuando á fuerza de golpes, pellizcos, rociadas de agua, cruces y aplicaciones de palmas benditas, volvió la joven en sí y dióse cuenta de su estado, ¡las lágrimas brotaron silenciosas de sus ojos, gota á gota, sin sollozos, sin lamentos, sin quejas! Ella pensaba en Basilio que no tenía más protectores que capitán Tiago, y que, muerto éste, se quedaba por completo sin amparo y sin libertad. En Filipinas es cosa sabida que para todo se necesitan padrinos, desde que uno se bautiza hasta que se muere, para obtener justicia, sacar un pasaporte ó explotar una industria cualquiera. Y como se decía que aquella prisión obedecía á venganzas por causa de ella y de su padre, la tristeza de la joven, rayaba en desesperación. Ahora le tocaba á ella libertarle, como él lo había hecho sacándola de la servidumbre, y una voz interior le sugería la idea y presentaba á su imaginación un horrible medio.

—¡ El P. Camorra, el cura! decía la voz.

Julí se mordía los labios y quedaba sumida en sombría meditación.

A raíz del crimen de su padre, habían preso al abuelo esperando que por aquel medio aparecería el hijo. El único que le pudo dar la libertad fué el Padre Camorra, y el P. Camorra se había mostrado mal satisfecho con palabras de gratitud y con su franqueza ordinaria había pedido sacrificios... Desde entonces Julí evitaba encontrarse con él, pero el cura le hacía besar la mano, la cogía de la nariz, de las mejillas, le daba bromas con guiños y riendo, riendo

la pellizcaba. Juli fué la causa de la paliza, que el buen cura administró á unos jóvenes que recorrían el barrio, dando serenata á las muchachas. Los maliciosos, al verla pasar seria y cabizbaja, decían de manera que ella oyese:

—¡ Si quisiese Cabesang Tales sería indultado!

La joven llegaba á su casa sombría y los ojos extraviados.

Juli se había cambiado mucho; había perdido su alegría, nadie la veía sonreír, hablaba apenas y hasta al parecer tenía miedo de verse la cara. Un día la vieron en el pueblo con una gran mancha de carbón en la frente, ella que solía ir bien arregladita y compuesta. Una vez preguntó á hermana Balí si los que se suicidaban se iban al infierno.

—¡ De seguro! contestó la mujer y le pintó el sitio como si en él hubiera estado.

Con la prisión de Basilio, los sencillos y agradecidos parientes propusieron hacer toda clase de sacrificios para salvar al joven; pero como entre todos no reunían treinta pesos, hermana Balí, como siempre, tuvo la mejor idea.

—Lo que debemos hacer es pedir un consejo al escribiente, dijo.

Para aquellas pobres gentes, el escribiente del tribunal era lo que el oráculo de Delfos para los antiguos griegos.

—Dándole un real y un tabaco, añadió, te dice todas las leyes que se te hincha la cabeza oyéndole. Si tienes un peso te salva aunque estés al pie de la horca. Cuando á mi vecino Simón le metieron en la cárcel y le dieron de palos, por no poder declarar en un robo que se cometió cerca de su casa, ¡abá! por dos reales y medio y una rosca de ajos, le sacó el escribiente. Y yo le vi á Simón que apenas podía andar y tuvo que guardar cama lo menos un mes. ¡Ay! se le pudrió el trasero, ¡abá! ¡y murió de resultas!

El consejo de hermana Balí fué admitido y la misma se encargó de hablar con el escribiente; Juli le

dió cuatro reales y añadió pedazos de tapa de venado que el abuelo había cazado. Tandang Selo se dedicaba de nuevo á la caza.

Pero el escribiente nada podía: el preso estaba en Manila y hasta allí no llegaba su poder.

—¡ Si al menos estuviera en la cabecera, todavía!... dijo haciendo alarde de su poder.

El escribiente sabía muy bien que su poder no pasaba de los límites de Tiani, pero le convenia conservar su prestigio y quedarse con la tapa de venado.

—Pero, os puedo dar un sabio consejo y es que vayáis con Juli, al juez de Paz. Es menester que vaya Juli.

El juez de Paz era un hombre muy brusco, pero viendo á Juli acaso se portase menos groseramente: aquí estaba la sabiduría del consejo.

Con mucha gravedad oyó el señor juez á hermana Balí, que era quien tomaba la palabra, no sin mirar de cuando en cuando á la joven que tenía los ojos bajos y estaba muy avergonzada. La gente diría de ella que se interesaba mucho por Basilio, la gente no se acordaba de su deuda de gratitud y de que aquella prisión, según se decía, era por causa de ella.

Después de eructar tres ó cuatro veces, porque el señor juez tiene esta fea costumbre, dijo que la única persona que podía salvar á Basilio era el P. Camorra, *en el caso de que lo quisiese*—y miraba con mucha intención á la joven.—El la aconsejaba tratase de hablar con el cura en persona.

—Ya sabéis la influencia que tiene; ha sacado á vuestro abuelo de la cárcel... Basta un informe suyo para desterrar á un recién nacido ó salvar de la muerte á un ahorcado.

Juli no decía nada, pero hermana Balí encontraba el consejo como si lo hubiese leído en una novena: estaba dispuesta á acompañarla al convento. Precisamente iba á tomar de limosna un escapulario mediante el cambio de cuatro reales fuertes:

Pero Juli sacudía la cabeza y no quería ir al convento. Hermana Balí que creía adivinar el motivo—

el P. Camorra se llamaba *Si cabuyo* por otro nombre y era muy travieso—la tranquilizaba:

—¡Nada tienes que temer! ¡si voy contigo! decía: ¿no has leído en el librito *Tandang Basio* dado por el cura, que las jóvenes deben ir al convento, aun sin saberlo sus mayores, para contar lo que pasa en la casa? ¡Abá! Aquel libro está impreso con permiso del arzobispo, ¡abá!

Julí, impaciente y deseando cortar la conversación, suplicó á la devota que fuese si gustaba, pero el señor Juez observó eructando que las súplicas de una cara joven mueven más que las de una vieja, que el cielo derramaba su rocío sobre las flores frescas en más abundancia que sobre las secas. La metáfora resultaba hermosamente malvada.

Julí no contestó y ambas mujeres bajaron. En la calle, la joven se negó tenazmente á ir al convento y se retiraron á su barrio. Hermana Balí que se sentía ofendida de la falta de confianza yendo con ella, se vengaba endilgándola un largo sermón.

La verdad era que la joven no podía dar aquel paso sin condenarse á sí misma, sin que la condenen los hombres, sin que la condene Dios. Le habían hecho oír varias veces, con razón ó sin ella, que si hacía aquel sacrificio, indultarían á su padre, y sin embargo ella se había negado, á pesar de los gritos de su conciencia recordándola su deber filial. ¿Y ahora debía hacerlo por Basilio, por su novio? Sería caer al son de las burlas y carcajadas de toda la creación, Basilio mismo la despreciaría; ¡no, jamás! Primero se ahorcaría ó saltaría en cualquier precipicio. De todos modos estaba ya condenada por ser mala hija.

La pobre Julí tuvo aún que sufrir todas las recriminaciones de sus parientes que, no sabiendo nada de lo que había podido pasar entre ella y el P. Camorra, se burlaban de sus temores. ¿Acaso el P. Camorra se iba á fijar en una campesina habiendo tantas en el pueblo? Y las buenas mujeres citaban nombres de solteras ricas y bonitas, más ó menos desgraciadas. Y entretanto ¿si le fusilan á Basilio?

Julí se tapaba los oídos, miraba á todas partes como buscando una voz que hablase por ella, miraba á su abuelo; pero el abuelo estaba mudo y tenía la vista fija en su pica de cazador.

Aquella noche durmió apenas. Ensueños y pesadillas, ya fúnebres ya sangrientos, danzaban delante de su vista y se despertaba á cada momento nadando en frío sudor. Creía oír tiros, creía ver á su padre, su padre que tanto había hecho por ella, luchando en los bosques, cazado como un animal porque había vacilado en salvarle. Y la figura del padre se transformaba y reconocía á Basilio, agonizando y dirigiéndola miradas de reproche. La desgraciada se levantaba, oraba, lloraba, invocaba á su madre, á la muerte, y hubo un momento en que, rendida por el terror, á no haber sido de noche habría corrido derecha al convento, suceda lo que suceda.

El día llegó y los tristes presentimientos, los terrores de las sombras se disiparon en parte. La luz le trajo esperanzas. Mas, las noticias de la tarde fueron terribles; se habló de fusilados y la noche para la joven fué espantosa. En su desesperación decidió entregarse tan pronto como brillase el día y matarse después; ¡todo, menos pasar por semejantes torturas!

Pero la aurora trajo nuevas esperanzas y la joven no quiso bajar de casa, ni irse á la iglesia. Temía ceder.

Y así pasaron algunos días: orando y maldiciendo, invocando á Dios y deseando la muerte. El día era una tregua, Julí confiaba en algún milagro; las noticias que venían de Manila, si bien llegaban abultadas, decían que de los presos algunos habían conseguido su libertad gracias á padrinos y á influencias... Alguno tenía que salir sacrificado, ¿quién sería? Julí se estremecía y se retiraba á su casa mordiéndose las uñas de los dedos. Y así venía la noche en que los temores, adquiriendo doble proporción, parecían convertirse en realidades. Julí temía el sueño, temía dormirse, pues su sueño era una continuada pesadilla. Miradas de reproche traspasaban sus párpados

tan pronto como los cerraba, quejas y lamentos barrenaban sus oídos. Veía á su padre vagando, hambriento, sin tregua ni reposo; veía á Basilio agonizando en el camino, herido de dos balazos, como había visto el cadáver de aquel vecino, que fué muerto mientras le conducía la guardia civil. Y ella veía las ligaduras que habían penetrado la carne, veía la sangre saliendo por la boca y oía que Basilio le decía: —«¡ Sálvame! ; sálvame! ; tú sola me puedes salvar!» Resonaba después una carcajada, volvía los ojos y veía á su padre, que la miraba con ojos llenos de reproche. Y Juli se despertaba, se incorporaba sobre su petate, se pasaba las manos por la frente para recoger su cabellera: ¡ frío sudor, como el sudor de la muerte, la humedecía!

—¡ Madre, madre! sollozaba.

Y entretanto los que disponían tan alegremente de los destinos de los pueblos, el que mandaba los asesinatos legales, el que violaba la justicia, y hacía uso del derecho para sostener á la fuerza, dormían en paz.

Al fin, llegó un viajero de Manila y contó cómo habían sido puestos en libertad todos los presos, todos menos Basilio que no tenía protector. En Manila se decía, añadió el viajero, que el joven sería desterrado á Carolinas, habiéndole hecho firmar de antemano una petición en que se hacía constar que así voluntariamente lo pedía. El viajero había visto el vapor que le iba á conducir.

Aquella noticia acabó con las vacilaciones de la joven cuya mente, por lo demás, estaba ya bastante trabajada merced á tantas noches en vela y á sus horribles ensueños. Pálida y con los ojos extraviados, buscó á hermana Balí y, en voz que daba miedo, le dijo que estaba dispuesta y la preguntaba si la quería acompañar.

Hermana Balí se alegró y procuró tranquilizarla, pero Juli no escuchaba y parecía que sólo tenía prisa por llegar al convento. Ella se había arreglado, se había puesto sus mejores trajes y hasta parecía que

estaba muy animada. Hablaba mucho aunque algo incoherente.

Echaron á andar. Juli iba delante y se impacientaba porque su compañera se quedaba detrás. Pero á medida que se acercaban al pueblo, la energía nerviosa la abandonaba poco á poco, se volvía silenciosa, perdía su decisión, acortaba el paso, y después se quedaba detrás. Hermana Balí tenía que animarla.

—¡Que vamos á llegar tarde! decía.

Juli seguía pálida con los ojos bajos, sin atreverse á levantarlos. Creía que todo el mundo la miraba y la señalaban con el dedo. Un nombre infame silbaba en sus oídos pero se hacía la sorda y continuaba su camino. No obstante, cuando vió el convento, se detuvo y empezó á temblar.

—¡Volvamos al barrio, volvamos! suplicó deteniendo á su compañera.

Hermana Balí tuvo que cogerla del brazo y medio arrastrarla, tranquilizándola y hablándola de libros de frailes. Ella no la iba á abandonar, nada tenía que temer; el P. Camorra tenía otras cosas en la cabeza; Juli no era más que una pobre campesina...

Pero al llegar á la puerta del convento ó casa-parroquial, Juli se negó tenazmente á subir y se cogió á la pared.

—¡No, no! suplicaba llena de terror; ¡oh, no, no, tened piedad!...

—Pero que tonta...

Hermana Balí la empujaba dulcemente; Juli resistía, pálida, con las facciones desencajadas. Su mirada decía que veía delante de sí á la muerte.

—Bien, ¡volvamos si no quieres! exclamó al fin despechada la buena mujer que no creía en ningún peligro real. El P. Camorra, á pesar de toda su fama, no se atrevería delante de ella.

—¡Que le lleven al destierro al pobre Basilio, que le fusilen en el camino diciendo que ha querido escaparse! añadió; cuando ya esté muerto entonces vendrán los arrepentimientos. Por mí, yo no le debo ningún favor. ¡De mí no se podrá quejar!

Aquello fué el golpe decisivo. Ante este reproche, con ira, con desesperación, como quien se suicida, Juli cerró los ojos para no ver el abismo en que se iba á lanzar y entró resuelta en el convento. Un suspiro que más parecía estertor se escapó de sus labios. Hermana Balí la siguió haciéndole advertencias...

A la noche se comentaban en voz baja y con mucho misterio varios acontecimientos que tuvieron lugar aquella tarde.

Una joven había saltado por la ventana del convento, cayendo sobre unas piedras y matándose. Casi al mismo tiempo, otra mujer salía por la puerta y recorría las calles gritando y chillando como una loca. Los prudentes vecinos no se atrevían á pronunciar los nombres y muchas madres pellizcaron á sus hijas por dejar escapar palabras que podían comprometer. Después, pero mucho después, al caer la tarde, un anciano vino de un barrio y estuvo llamando á la puerta del convento, cerrada y guardaba por sacristanes. El viejo llamaba con los puños, con la cabeza, lanzando gritos ahogados, inarticulados como los de un mudo, hasta que fué echado á palos y á empujones. Entonces se dirigió á casa del gobernadorcillo, pero le dijeron que el gobernadorcillo no estaba, que estaba en el convento; se fué al juez de Paz, pero el juez de Paz tampoco estaba, había sido llamado al convento; se fué al teniente mayor, tampoco, estaba en el convento; se dirigió al cuartel, el teniente de la Guardia civil estaba en el convento... El viejo entonces se volvió á su barrio llorando como un niño: sus aullidos se oían en medio de la noche; los hombres se mordían los labios, las mujeres juntaban las manos, y los perros entraban en sus casas, medrosos, con la cola entre piernas.

—¡ Ah, Dios, ah, Dios! decía una pobre mujer, demacrada á fuerza de ayunar; ¡ delante de ti no hay rico, no hay pobre, no hay blanco, no hay negro... tú nos harás justicia!

—Sí, le contestaba el marido; ¡ con tal que ese



---

Dios que predicán no sea pura invención, un engaño!  
¡Ellos son los primeros en no creer en él!

A las ocho de la noche, se decía que más de siete frailes, venidos de los pueblos comarcanos, se encontraban en el convento celebrando una junta. Al día siguiente, Tandang Selo desaparecía para siempre del barrio llevándose su pica de cazador.

---



## XXXI

### EL ALTO EMPLEADO

L'Espagne et sa vertu, l'Espagne et sa grandeur  
Tout s'en va!

VÍCTOR HUGO.

Los periódicos de Manila estaban tan ocupados por la reseña de un asesinato célebre cometido en Europa, por los panegíricos y bombos á varios predicadores de la capital, por el éxito cada vez más ruidoso de la opereta francesa, que apenas podían dedicar alguno que otro artículo á las fechorías que cometía en provincias una banda de tulusanes capitaneada por un jefe terrible y feroz que se llamaba *Matanglawin*. Sólo, cuando el asaltado era un convento ó un español, entonces aparecían largos artículos dando pavorosos detalles y pidiendo el estado de sitio, enérgicas medidas, etc., etc. Así es que tampoco pudieron ocuparse de lo ocurrido en el pueblo de Tiani, ni hubo una alusión ni un rumor. En círculos privados se susurraba algo, pero todo tan confuso, tan incierto, tan poco consistente que ni siquiera se supo el nombre de la víctima, y los que más interés manifestaron lo olvidaron pronto, creyendo en alguna componenda con la familia ó parientes ofendidos. Lo único que se supo de cierto fué que el P. Camorra tuvo que dejar el pueblo para trasladarse á otro ó estar algún tiempo en el convento de Manila.

—¡ Pobre P. Camorra! exclamaba Ben-Zayb echándose las de generoso; ¡ era tan alegre, tenía tan buen corazón!

Era cierto que los estudiantes habían recobrado su libertad gracias á las instancias de sus parientes, que no perdonaron gastos, regalos ni sacrificio alguno. El primero que se vió libre fué, como era de esperar, Makaraig y el último, Isagani, porque el P. Florentino no llegó á Manila sino una semana después de los acontecimientos. Tantos actos de clemencia le valieron al general el epíteto de clemente y misericordioso, que Ben-Zayb se apresuró á añadir á la larga lista de sus adjetivos.

El único que no obtuvo la libertad fué el pobre Basilio, acusado además de tener en su poder libros prohibidos. No sabemos si se referían al tratado de *Medicina Legal y Toxicología* del Dr. Mata, ó á los varios folletos que se le encontraron sobre asuntos de Filipinas ó á ambas cosas juntas; es el caso que se dijo también que se vendían clandestinamente obras prohibidas y sobre el infeliz cayó todo el rigor de la romana de la justicia.

Contaban que á Su Excelencia le habían dicho:

—Es menester que *haya* alguno para que quede en salvo el prestigio de la autoridad y no se diga que hemos metido mucho ruido para nada. La autoridad ante todo. ¡Es menester que se quede alguno!

—Queda uno sólo, uno que, según el P. Irene, fué criado de capitán Tiago... No hay quien reclame...

—¿Criado y estudiante? preguntó Su Excelencia; ¡pues entonces ese, que se quede ese!

—Me permitirá V. E., observó el alto empleado que se hallaba presente, por casualidad; pero me han dicho que ese chico es estudiante de Medicina, sus profesores hablaban bien de él... si continúa preso pierde un año, y como este año termina...

La intervención del alto empleado en favor de Basilio, en vez de hacerle bien, le perjudicó. Hacía tiempo que entre el empleado y Su Excelencia había cierta tirantez, ciertos disgustos, aumentados por dimes y diretes. Su Excelencia se sonrió nerviosamente y contestó:

—¿Si? pues razón de más para que continúe pre-

so; un año más de carrera, en vez de hacerle daño, le hará bien, á él y á todos los que después caigan en sus manos. Por mucha práctica no es uno mal médico. ¡Razón de más para que se quede! ¡Y luego dirán los reformistas filibusterillos que nosotros no nos cuidamos del país! añadió Su Excelencia riendo sarcásticamente.

El alto empleado comprendió su falta y tomó á pecho la causa de Basilio.

—Pero es que ese joven me parece el más inocente de todos, repuso con cierta timidez.

—Se le han ocupado libros, contestó el secretario.

—Sí, obras de Medicina y folletos escritos por peninsulares... aun sin cortar las hojas... y ¿que quiere eso decir? Además, ese joven no ha estado en el banquete de la pansitería, ni se ha metido en nada... Como dije, es el más inocente...

—¡ Mejor que mejor! exclamó alegremente Su Excelencia; ¡ así el castigo resulta más saludable y ejemplar como que infunde más terror! Gobernar es obrar así, señor mío; hay que sacrificar muchas veces el bien de uno, por el bien de muchos... Pero yo hago más; del bien de uno, saco el bien de todos, salvo el principio de autoridad que peligra, el prestigio se respeta y se mantiene. ¡ Con este acto mío corrijo errores de propios y extraños!

Hizo un esfuerzo para contenerse el alto empleado, y desentendiéndose de las alusiones, quiso apelar á otro medio.

—¿ Pero Vuecencia no teme... la responsabilidad?

—¿ Qué he de temer? interrumpió el general impaciente; ¿ no dispongo yo de poderes discrecionales? ¿ no puedo hacer lo que me dé la gana para el mejor gobierno de estas islas? ¿ Qué tengo que temer? ¿ Puede acaso un criado acusarme ante los tribunales y pedirme responsabilidad? ¡ Ca! Y aunque dispusiera de medios, tendría antes que pasar por el Ministerio, y el ministro...

Hizo un gesto con la mano y se echó á reír.

—El ministro que me nombró sabe el diablo donde

está, y se tendrá por honrado con poderme saludar cuando vuelva. El actual, á ese me le paso... y también se lo llevará pateta... El que le sustituya se verá tan apurado con su nuevo cargo y no se podrá ocupar de bagatelas. Yo, señor mío, no tengo más que mi conciencia, obro según mi conciencia, mi conciencia está satisfecha, y me importan un comino los juicios de Fulano ó Zutano. ¡ Mi conciencia, señor mío, mi conciencia!

—Sí, mi general, pero el país...

—¡ Tu tu tu tu! El país, ¿ qué tengo yo que ver con el país? ¿ He contraído por ventura compromisos con él? ¿ Le debo yo mi cargo? ¿ Fué el quien me ha elegido?

Hubo un momento de pausa. El alto empleado tenía la cabeza baja. Después, como si tomase una decisión, la levantó, miró al general fijamente y, pálido y algo tembloroso, dijo con energía reprimida:

—¡ No importa, mi general, nada importa eso! Vucencia no ha sido elegido por el pueblo filipino sino por España, razón de más para que Vucencia trate bien á los filipinos para que no puedan reprochar nada á España! ¡ Razón de más, mi general! Vucencia al venir aquí ha prometido gobernar con justicia, buscar el bien...

—¿ Y no lo estoy haciendo? preguntó exasperado Su Excelencia dando un paso; ¿ no le he dicho á usted que saco del bien de uno el bien de todos? ¿ Me va usted ahora á dar lecciones? Si usted no comprende mis actos ¿ qué culpa tengo yo? ¿ Le fuerzo acaso á que participe de mi responsabilidad?

—¡ Sin duda que no! replicó el alto empleado irguiéndose con altanería. Vucencia no me fuerza, Vucencia no me puede forzar á mí, á mí á que participe de su responsabilidad! ¡ La mía la entiendo de otra manera, y porque la tengo, voy á hablar, pues me he callado por mucho tiempo! ¡ Oh, no haga Vucencia esos gestos porque el que aquí haya yo venido con este ó aquel cargo no quiere decir que abdique de mis derechos y me reduzca al papel de es-

clavo, sin voz, sin dignidad! Yo no quiero que España pierda este hermoso imperio, esos ocho millones de súbditos sumisos y pacientes que viven de desengaños y esperanzas; pero tampoco quiero manchar mis manos en su explotación inhumana, no quiero que se diga jamás que, destruída la trata, España la ha continuado en grande cubriéndola con su pabellón y perfeccionándola bajo un lujo de aparatosas instituciones. ¡ No, España para ser grande no tiene necesidad de ser tirana; España se basta á sí misma, España era más grande cuando sólo tenía su territorio, arrancado de las garras del moro! ¡ Yo también soy español, pero antes que español soy hombre y antes que España y sobre España está su honra, están los altos principios de moralidad, los eternos principios de la inmutable justicia! ¡ Ah, usted se asombra de que piense así, porque usted no tiene idea de la grandeza del nombre español, no la tiene usted, no; usted lo identifica con las personas, con los intereses; para usted el español puede ser pirata, puede ser asesino, hipócrita, falso, todo, con tal de conservar lo que tiene; para mí, el español debe perderlo todo, imperio, poderío, riquezas, todo, todo antes que el honor! ¡ Ah, señor mío! ¡ Nosotros protestamos cuando leemos que la fuerza se antepone al derecho, y aplaudimos cuando en la práctica la vemos hipócrita no sólo torcerlo sino ponerlo á su servicio para imponerse... Por lo mismo que amo á España, hablo aquí y desafío el fruncimiento de sus cejas! ¡ Yo no quiero que en las edades venideras sea acusada de madrastra de naciones, vampiro de pueblos, tirana de pequeñas islas, porque sería horrible escarnio á los nobles propósitos de nuestros antiguos reyes! ¿Cómo cumplimos con su sagrado testamento? Prometieron á estas islas amparo y rectitud y jugamos con las vidas y libertades de sus habitantes; prometieron civilización y se la escatimamos, temiendo que aspiren á más noble existencia; les prometieron luz, y les cegamos los ojos para que no vean nuestra bacanal; prometieron enseñarles virtudes

y fomentamos sus vicios, y en vez de la paz, de la riqueza y la justicia, reina la zozobra, el comercio muere y el escepticismo cunde en las masas. Pongámonos en lugar de los filipinos y preguntémosnos qué haríamos en su caso. ¡Ay! ¡en su silencio de usted leo su derecho de sublevarse, y si las cosas no se mejoran se sublevarán un día y á fe que la justicia estará de su parte y con ella las simpatías de todos los hombres honrados, de todos los patriotas del mundo! Cuando á un pueblo se le niega la luz, el hogar, la libertad, la justicia, bienes sin los cuales no es posible la vida y por lo mismo constituyen el patrimonio del hombre, ese pueblo tiene derecho para fratar al que así le despoja como al ladrón que nos ataja en el camino: no valen distingos, no valen excepciones, no hay más que un hecho, una propiedad, un atentado y todo hombre honrado que no vaya de parte del agredido, se hace cómplice y mancha su conciencia. ¡Sí, yo no soy militar, y los años van apagando el poco fuego de mi sangre, pero así como me dejaría hacer pedazos por defender la integridad de España contra un invasor extranjero ó contra las veleidades injustificadas de sus provincias, así también le aseguro á usted que me pondría del lado de los filipinos oprimidos, porque antes prefiero sucumbir por los derechos hollados de la humanidad que triunfar con los intereses egoístas de una nación aun cuando esta nación se llamase como se llama España!...

—¿Sabe usted cuándo sale el correo? preguntó fríamente Su Excelencia cuando el alto empleado hubo acabado de hablar.

El alto empleado le miró fijamente, después bajó la cabeza y en silencio dejó el palacio.

En el jardín encontró su coche que le esperaba.

—¡ Cuando un día os declaréis independientes, dijo algo ensimismado al lacayo indio que le abría la portezuela, acordaos de que en España no han faltado corazones que han latido por vosotros y han luchado por vuestros derechos!



---

—¿Dónde, señor? contestó el lacayo que no le había comprendido y preguntaba á dónde tenían que ir.

Dos horas después, el alto empleado presentaba su dimisión y anunciaba su vuelta á España por el próximo correo.



## XXXII

### EFFECTOS DE LOS PASQUINES

A raíz de los acontecimientos narrados, muchas madres llamaron á sus hijos para que inmediatamente dejasen los estudios y se dedicasen á la holganza ó á la agricultura.

Cuando llegaron los exámenes, abundaron los suspensos y raro fué el que aprobó el curso, habiendo pertenecido á la famosa asociación de la que nadie se volvió á ocupar. Pccson, Tadeo y Juanito Peláez fueron igualmente suspendidos; el primero recibió las calabazas con su risa de bobo y prometió entrar de oficial en un juzgado cualquiera; Tadeo, con la cuacha eterna, al fin, se pagó una iluminación encendiendo una hoguera con sus libros; los demás tampoco salieron bien librados y al fin tuvieron que dejar sus estudios, con gran contento de las madres que siempre se imaginan á sus hijos ahorcados si llegan á enterarse de lo que dicen los libros. Sólo Juanito Peláez soportó mal el golpe, teniendo que dejar para siempre las aulas por el almacén de su padre, que en adelante le asociaba á su comercio: el truhán encontraba la tienda menos divertida, pero sus amigos, al cabo de algún tiempo, le vieron otra vez con la redonda joroba, lo cual era síntoma de que renacía su buen humor. El rico Makaraig, ante la hecatombe, se guardó muy bien de exponerse y, habiendo conseguido pasaporte á fuerza de dinero, se embarcó corriendo para Europa: decíase que Su Excelencia el capitán general, en su deseo de hacer el bien por el bien y cuidadoso de la comodidad de los filipinos, dificultaba la marcha á todo aquel que no probase

antes materialmente que puede gastar y vivir con holgura en medio de las ciudades europeas. De nuestros conocidos, los que salieron mejor librados fueron Isagani y Sandoval: el primero aprobó la asignatura que cursaba bajo el P. Fernández y fué suspendido en las otras, y el segundo pudo marear al tribunal á fuerza de discursos. Basilio fué el único que ni aprobó asignaturas, ni fué suspendido, ni se marchó á Europa: continuó en la cárcel de Bilibid, sometido cada tres días á interrogatorios, los mismos casi del principio, sin más novedad que la del cambio de jueces instructores, pues parecía que delante de tanta culpabilidad todos sucumbían ó huían horrorizados.

Y mientras dormían y se arrastraban los expedientes, mientras los papeles sellados menudeaban como cataplasmas de médico ignorante por el cuerpo de un hipocondríaco, Basilio se enteraba en todos los detalles de cuanto había ocurrido en Tianl, de la muerte de Juli y la desaparición de Tandang Selo. Sinong, el apaleado cochero que le había conducido á San Diego, se encontraba entonces en Manila, le visitaba y le ponía al corriente de todo.

Entretanto Simoun había recobrado su salud, al menos así lo dijeron los periódicos. Ben-Zayb dió gracias al «Omnipotente que vela por tan preciosa vida y manifestó la esperanza de que el Altísimo haría que un día se descubriese al criminal, cuyo delito permanecía impune gracias á la caridad de la víctima que observaba demasiado las palabras del Gran Mártir: *¡Padre, perdónalos que no saben lo que hacen!*» Estas y otras cosas más decía Ben-Zayb en impreso, mientras que de boca indagaba si era cierto el rumor de que el opulento joyero iba á dar una gran fiesta, un banquete como jamás se ha visto otro, parte como celebrando su curación, parte como una despedida al país en donde había aumentado su fortuna. Se susurraba, es cierto que Simoun, debiendo marcharse con el Capitán general cuyo mando expiraba en Mayo, hacía todos los esfuerzos para conseguir en Madrid una prórroga y aconsejaba á Su

Excelencia emprendiese una campaña para tener motivos de quedarse, pero se decía también que Su Excelencia, por primera vez, desoía los consejos de su favorito, tomando como cuestión de honor no retener ni por un sólo día de más el poder que le habían concedido, rumor que hacía creer que la anunciada fiesta iba á tener lugar dentro de muy poco. Simoun, por lo demás, permanecía impenetrable; se había vuelto menos comunicativo aun, se dejaba ver poco, y sonreía misteriosamente cuando le hablaban de la anunciada fiesta.

—Vamos, señor Simbad, le había dicho una vez Ben-Zayb; ¡deslúmbrenos usted con algo yanqui! Ea, que algo le debe á este país.

—¡Sin duda alguna! respondía con su seca sonrisa.

—Echará usted la casa por la ventana, ¿eh?

—Es posible, sólo que como no tengo casa...

—¡Haber comprado la de capitán Tiago que consiguió por nada el señor Peláez!

Simoun se había callado y desde entonces le vieron á menudo en el almacén de don Timoteo Peláez, con quien se dijo que se había asociado. Semanas después, por el mes de abril, corría la voz de que Juanito Peláez, el hijo de don Timoteo, se iba á casar con Paulita Gómez, la joven codiciada por nacionales y extranjeros.

—¡Hay hombres afortunados! decían otros comerciantes envidiosos; ¡comprar una casa por nada, vender bien su partida de zinc, asociarse con un Simoun y casar á su hijo con una rica heredera, diga usted que son gollerías que no las tienen todos los hombres honrados!

—¡Si supieran ustedes de donde le viene al señor Peláez esa gollería!

Y con el tono de voz se indicaba á sí mismo.

—Y también les aseguro que habrá fiesta y en grande, añadía con misterio.

Era cierto, en efecto, que Paulita se casaba con Juanito Peláez. Sus amores con Isagani se habían desvanecido cómo todos los primeros amores, basa-

dos en la poesía, en el sentimiento. Los sucesos de la pasquinada y la prisión habían despojado al joven de todos sus atractivos. ¿A quién se le ocurre buscar el peligro, desear participar de la suerte de sus compañeros, presentarse, cuando todo el mundo se escondía y rechazaba toda complicidad? Era un quijotismo, una locura, que ninguna persona sensata en Manila se lo podía perdonar y tenía mucha razón Juanito en ponerle en ridículo, representándole en el momento en que se iba al Gobierno civil. Naturalmente, la brillante Paulita ya no podía amar á un joven que tan erradamente comprendía la sociedad y que todos condenaban. Ella empezó á reflexionar. Juanito era listo, hábil, alegre, pillo, hijo de un rico comerciante de Manila y mestizo español por añadidura, ó si se ha de creer á don Timoteo, español de pura sangre; en cambio, Isagani era un indio provinciano que soñaba en sus bosques llenos de sanguijuelas, de familia dudosa, con un tío clérigo que quizás sería enemigo del lujo y de bailes, á que ella era muy aficionada. Una hermosa mañana cayó pues en la cuenta de que había sido una solemne tonta en preferirle á su rival y desde entonces se notó el aumento de la joroba de Peláez. La ley descubierta por Darwin la cumplía Paulita inconsciente pero rigorosamente: la hembra se entrega al macho más hábil, al que sabe adaptarse al medio en que se vive, y para vivir en Manila no había otro como Peláez, que desde pequeño sabía al dedillo la gramática parda.

La cuaresma pasó con su semana santa, con su cortejo de procesiones y ceremonias, sin más novedad que un misterioso motín de los artilleros, cuya causa jamás se llegó á divulgar. Se derribaron las casas de materiales ligeros, mediante el concurso de un cuerpo de caballería para cargar sobre los dueños en el caso de que se sublevasen: hubo muchos llantos y muchas lamentaciones pero la cosa no pasó de allí. Los curiosos, entre ellos Simoun, fueron á ver á los que quedaban sin hogar, paseándose indiferen-

tes y se dijeron que en adelante podían dormir tranquilos.

A fines de abril, olvidados ya todos los temores, Manila sólo se ocupaba de un acontecimiento. Era la fiesta que don Timoteo Peláez iba á dar en las bodas de su hijo, de quien el general, gracioso y condescendiente, se prestaba á ser el padrino. Decíase que Simoun había arreglado el asunto. El casamiento se celebraría dos días antes de la marcha de Su Excelencia; ésta honraría la casa y haría un regalo al novio. Susurrábase que el joyero derramaría cascadas de brillantes, arrojaría á puñados perlas en obsequio al hijo de su asociado que, no pudiendo dar ninguna fiesta en su casa por no tener una propia y por ser solterón, aprovecharía la ocasión para sorprender al pueblo filipino con una sentida despedida. Toda Manila se preparaba para ser invitada: nunca la inquietud se apoderó con más vigor de los ánimos como ante el pensamiento de no ser de los convidados. Se disputaban la buena amistad de Simoun, y muchos maridos, obligados por sus esposas, compraron barras de hierro y piezas de zinc para hacerse amigos de don Timoteo Peláez.

---





## XXXIII

### LA ÚLTIMA RAZÓN

Al fin llegó el día.

Simoun, desde la mañana, no había salido de su casa, ocupado en poner en orden sus armas y sus alhajas. Su fabulosa riqueza estaba ya encerrada en la gran maleta de acero con funda de lona. Quedaban pocos estuches que contenían brazaletes, alfileres, sin duda regalos que esperaba hacer. Iba á partir al fin con el Capitán general, que de ninguna manera quiso prolongar su mando, temeroso del qué dirán de las gentes. Los maliciosos insinuaban que Simoun no se arriesgaba á quedarse solo, que, perdido su apoyo, no quería exponerse á las venganzas de tantos explotados y desgraciados, con tanto más motivo cuanto había ganado. Los indios supersticiosos, en cambio, creían que Simoun era el diablo que no quería separarse de su presa. Los pesimistas hacían un guiño malicioso y decían:

—Talado el campo, se va á otra parte la langosta.

Sólo algunos, muy pocos, sonreían y callaban.

A la tarde, Simoun había dado orden á su criado para que si se presentaba un joven que se llamaba Basilio, le hiciese entrar en seguida. Después encerróse en su aposento y pareció sumido en profundas reflexiones. Desde su enfermedad, el rostro del joyero se había vuelto más duro y más sombrío, se había profundizado mucho la arruga entre ceja y ceja. Parecía algo encorvado; la cabeza ya no se mantenía erguida, se doblaba. Estaba tan absorto en su meditación que no oyó llamar á la puerta.

Los golpes tuvieron que repetirse. Simoun se estremeció:

—¡ Adelante! dijo.

Era Basilio, pero, ¡ *quantum mutatus!* Si el cambio operado en Simoun durante los dos meses era grande, en el joven estudiante era espantoso. Sus mejillas estaban socavadas, desaliñado el traje, despeinado. Había desaparecido la dulce melancolía de sus ojos; en ellos brillaba una llama oscura; diríase que había muerto y su cadáver resucitaba horrorizado de lo que había visto en la eternidad. Si no el crimen, su siniestra sombra se extendía por toda su figura. El mismo Simoun se espantó y sintió compasión por el desgraciado.

Basilio, sin saludar, avanzó lentamente y en voz que hizo estremecerse al joyero, dijo:

—¡ Señor Simoun, he sido mal hijo y mal hermano; he olvidado el asesinato del uno y las torturas de la otra y Dios me ha castigado! ¡ Ahora no me queda más que una voluntad para devolver mal por mal, crimen por crimen, violencia por violencia!

Simoun le escuchaba silencioso:

—Hace cuatro meses, continuó Basilio, me hablaba usted de sus proyectos; he rehusado tomar parte, y he hecho mal; usted ha tenido razón. Hace tres meses y medio la revolución estaba á punto de estallar, tampoco he querido tomar parte y el movimiento ha fracasado. En pago de mi conducta he sido preso y sólo debo mi libertad á las instancias de usted. Usted ha tenido razón y ahora vengo á decirle: ¡ arme mi brazo y que la revolución estalle! ¡ Estoy dispuesto á servirle con todos los desgraciados!

La nube que obscurecía la frente de Simoun se disipó de repente, un rayo de triunfo brilló en sus ojos, y cual si hubiese encontrado lo que buscaba, exclamó:

—¡ Tengo razón, sí, tengo razón! el derecho me asiste, la justicia está de mi parte, porque mi causa es la de los desgraciados... ¡ Gracias, joven, gracias!

Usted viene á disipar mis dudas, á combatir mis vacilaciones...

Simoun se había levantado y su semblante estaba radiante: el ardor que le animaba cuando, cuatro meses antes, explicaba á Basilio sus proyectos en el bosque de sus antepasados, reaparecía en su fisonomía como un rojo crepúsculo después de un nublado día.

—¡ Sí, continuó; el movimiento ha fracasado y me han desertado muchos porque me vieron abatido vacilar en el supremo instante: conservaba algo en mi corazón, no era dueño de todos mis sentimientos y amaba todavía!... ¡ Ahora todo está muerto en mí, y ya no hay cadáver sagrado cuyo sueño tenga que respetar! ¡ Ya no habrá vacilaciones; usted mismo, joven ideal, paloma sin hiel, comprende la necesidad, se viene á mí y me excita á la acción! ¡ Algo tarde abre usted sus ojos! ¡ Entre usted y yo hubiéramos combinado y ejecutado planes maravillosos: yo arriba en las altas esferas, esparciendo la muerte entre perfumes y oro, embruteciendo á los viciosos y corrompiendo ó paralizándolo á los pocos buenos, y usted abajo, en el pueblo entre los jóvenes, evocando la vida entre sangre y lágrimas! ¡ Nuestra obra en vez de ser sangrienta y bárbara, habría sido piadosa, perfecta, artística y de seguro que el éxito habría coronado nuestros esfuerzos! Pero ninguna inteligencia me ha querido secundar; miedo ó afeminamiento he encontrado en las clases ilustradas, egoísmo en las ricas, candidez en la juventud y sólo en las montañas, en los destierros, en la clase miserable he encontrado á mis hombres! ¡ Pero no importa! ¡ si no podemos sacar una acabada estatua, pulida en todos sus detalles, del bloc grosero que desbastaremos en encargarán los que han de venir!

Y cogiendo del brazo á Basilio que le escuchaba sin comprenderle en todo, le condujo al laboratorio donde encerraba sus productos químicos.

Sobre una mesa se encontraba una gran caja de chagrín obscuro, parecida á las que contienen las va-

jillas de plata que se regalan entre sí los ricos y los soberanos. Simoun la abrió y descubrió, sobre el fondo de raso rojo, una lámpara de forma muy original. El recipiente lo figuraba una granada, grande como la cabeza de un hombre, algo rajada, dejando ver los granos del interior, figurados por enormes cornalinas. La corteza era de oro oxidado é imitaba perfectamente hasta las rugosidades de la fruta.

Simoun la sacó con mucho cuidado, y retirando el mechero, descubrió el interior del depósito: el casco era de acero, grueso como dos centímetros y podía contener algo más de un litro. Basilio le interrogaba con la mirada: nada comprendía.

Sin entrar en explicaciones, Simoun sacó cuidadosamente de un armario un frasco y enseñó al joven la fórmula escrita encima.

—Nitro-glicerina! murmuró Basilio, retrocediendo y retirando instintivamente las manos. ¡Nitro-glicerina! ¡Dinamita!

Y creyendo comprender, se le erizaron los cabellos.

—¡Sí, nitro-glicerina! repitió lentamente Simoun con su sonrisa fría y contemplando con delicia el frasco de cristal; ¡es algo más que nitro-glicerina! ¡Son lágrimas concentradas, odios comprimidos, injusticias y agravios! ¡Es la suprema razón del débil, fuerza contra fuerza, violencia contra violencia... Hace un momento vacilaba yo, pero usted ha venido y me ha convencido! ¡Esta noche volarán pulverizados los tiranos más peligrosos, los tiranos irresponsables, los que se ocultan detrás de Dios y del Estado y cuyos abusos permanecen impunes porque nadie los puede fiscalizar! ¡Esta noche oírás Filipinas el estallido, que convertirá en escombros el informe monumento cuya podredumbre he apresurado!

Basilio estaba atontado: sus labios se movían sin producir sonido, sentía que se le paralizaba la lengua, se le secaba el paladar. Por primera vez veía el poderoso líquido, de que tanto había oído hablar, como destilado en sombras por hombres sombríos, en guerra abierta contra la sociedad. Ahora lo tenía

delante, transparente y algo amarillento, vertiéndose con infinito cuidado en el seno de la artística granada. Simoun se le aparecía como el genio de las *Mil y una noches* que sale del seno del mar; adquiriría proporciones gigantescas, tocaba el cielo con la cabeza, hacía estallar la casa y sacudía toda la ciudad con un movimiento de sus espaldas. La granada tomaba las proporciones de una colosal esfera, y la rajadura una risa infernal, por donde se escapaban brasas y llamas. Por primera vez Basilio se dejaba llevar del espanto y perdía su sangre fría por completo.

Simoun, entretanto, atornillaba sólidamente un curioso y complicado aparato, ponía el tubo de cristal, la bomba y coronaba el todo con una elegantísima pantalla. Después se alejó á cierta distancia para contemplar el efecto, inclinando la cabeza ya á un lado ya á otro para mejor juzgar de su aspecto y magnificencia.

Y viendo que Basilio le miraba con ojos interrogadores á la vez que recelosos, repuso:

—Esta noche habra una fiesta y esa lámpara se colocará en medio de un pequeño kiosco-comedor que he mandado hacer al efecto. La lámpara dará una luz brillante que bastará ella sola para iluminarlo todo, más, al cabo de veinte minutos la luz se oscurecerá, y entonces, cuando quieran subir la mecha, detonará una cápsula de fulminato de mercurio, la granada estallará y con ella el comedor, en cuyo techo y en cuyo suelo he escondido sacos de pólvora para que nadie se pueda salvar...

Hubo un momento de silencio: Simoun contemplaba su aparato y Basilio apenas respiraba.

—De manera que mi concurso es inútil, observó el joven.

—No, usted tiene otra misión que cumplir, contestó Simoun pensativo; á las nueve la máquina habrá estallado y la detonación se habrá oído en las comarcas próximas, en los montes, en las cavernas. El movimiento que yo había combinado con los artilleros ha fracasado por falta de dirección y simultaneidad.

Esta vez no será así. Al oírse el estallido, los miserables, los oprimidos, los que vagan perseguidos por la fuerza saldrán armados y se reunirán con Cabeasang Tales en Santa Mesa para caer sobre la ciudad; en cambio, los militares á quienes he hecho creer que el general simula un alzamiento para tener motivos de permanecer, saldrán de sus cuarteles dispuestos á disparar sobre cualesquiera que designare. El pueblo entretanto, alebrestado, y creyendo llegada la hora de su degüello, se levantará dispuesto á morir, y como no tiene armas ni está organizado, usted con algunos otros se pondrá á su cabeza y los dirigirá á los almacenes del chino Quiroga en donde guardo mis fusiles. Cabeasang Tales y yo nos reuniremos en la ciudad y nos apoderaremos de ella, y usted en los arrabales ocupará los puentes, se hará fuerte, estará dispuesto á venir en nuestra ayuda y pasará á cuchillo no sólo á la contrarrevolución, sino á todos los varones que se nieguen á seguir con las armas.

—¿A todos? balbuceó Basilio con voz sorda.

—¡A todos! repitió con voz siniestra Simoun, á todos, indios, mestizos, chinos, españoles, á todos los que se encuentren sin valor, sin energía... Es menester renovar la raza! ¡Padres cobardes sólo engendrarán hijos esclavos y no vale la pena destruir para volver á edificar con podridos materiales! ¿Qué? ¿se estremece usted? ¿Tiembla, teme sembrar la muerte? ¿Qué es la muerte? ¿Qué significa una hecatombe de veinte mil desgraciados? ¡Veinte mil miserias menos, y millones de miserables salvados en su origen! ¿No vacila el más tímido gobernante en dictar una ley que ha de producir la miseria y la lenta agonía de miles y miles de súbditos, prósperos, trabajadores felices tal vez, para satisfacer un capricho, una ocurrencia, el orgullo, y usted se estremece porque en una noche han de terminar para siempre las torturas morales de muchos ilotas, porque un pueblo paralítico y viciado ha de morir para dar paso á otro nuevo, joven, activo, lleno de energía? ¿Qué es la muerte? ¡La nada ó un sueño! ¿Serán sus pesadillas

comparables á la realidad de torturas de toda una miserable generación? ¡Importa destruir lo malo, matar al dragón para bañar en su sangre al pueblo nuevo y hacerle robusto é invulnerable! ¿Qué otra cosa es la inexorable ley de la naturaleza, ley de lucha, en que el débil tiene que sucumbir para que no se perpetúe la viciada especie y la creación camine al retroceso? ¡Fuera, pues, femeniles preocupaciones! ¡Cúmplanse las leyes eternas, ayudémoslas y pues que la tierra es tanto más fecunda cuanto más se abona con sangre, y los tronos más seguros cuanto más cimentados en crímenes y cadáveres, no haya vacilación, no haya duda! ¿Qué es el dolor de la muerte? La sensación de un momento, acaso confuso, acaso agradable, como el tránsito de la vigilia al sueño... ¿Qué se destruye? ¡Un mal, el sufrimiento, yerbas raquílicas para plantar en su lugar otras lozanas! ¿Llamará usted á eso destruir? Yo lo llamaría crear, producir, sustentar, vivificar...

Tan sangrientos sofismas, dichos con convicción y frialdad, anonadaban al joven, cuya inteligencia debilitada por más de tres meses de cárcel y cegada por la pasión de la venganza, no estaba en disposición para analizar el fondo moral de las cosas. En vez de replicar que el hombre más malo ó pusilánime siempre es algo más que la planta, porque tiene un alma y una inteligencia que, por viciadas ó embrutecidas que pudiesen estar, se pueden redimir; en vez de contestar que el hombre no tiene derecho de disponer de la vida de nadie en provecho de nadie, y que el derecho á la vida reside en cada individuo como el derecho á la libertad y á la luz; en vez de replicar que si es abuso en los gobiernos castigar en el reo las faltas ó crímenes, á que ellos le han precipitado por incuria ó torpeza, cuanto más lo sería en un hombre, por grande y por desgraciado que fuere, castigar en el pobre pueblo las faltas de sus gobiernos y antepasados, en vez de decir que Dios sólo puede tentar tales medios, que Dios puede destruir porque puede crear, Dios que tiene en su mano la recompensa, la eternidad y el porvenir para justificar

sus actos y el hombre ; nunca! ; en vez de estos racionios, Basilio sólo opuso una vulgar observación:

—¿Qué dirá el mundo, á la vista de tanta carnicería?

—¡ El mundo aplaudirá como siempre, dando la razón al más fuerte, al más violento! contestó con su sonrisa cruel Simoun. ¡ Europa ha aplaudido cuando las naciones del occidente sacrificaron en América millones de indios y no por cierto para fundar naciones mucho más morales ni más pacíficas ; allí está el Norte con su libertad egoísta, su ley de lynch, sus engaños políticos ; allí está el Sur con sus repúblicas intranquilas, sus revoluciones bárbaras, guerras civiles, pronunciamientos, como en su madre España! Europa ha aplaudido cuando la poderosa Portugal despojó á las islas Molucas, aplaude cuando Inglaterra destruye en el Pacífico las razas primitivas para implantar la de sus emigrados. Europa aplaudirá como se aplaude al fin de un drama, al fin de una tragedia: el vulgo se fija poco en el fondo, sólo mira el efecto! Hágase bien el crimen y será admirado y tendrá más partidarios que los actos virtuosos, llevados á cabo con modestia y timidez.

—Perfectamente, repuso el joven ; ¿qué me importa al fin y al cabo que aplaudan ó censuren, cuando ese mundo no se cuida de los oprimidos, de los pobres y de las débiles mujeres? ¿Qué consideraciones he de guardar con la sociedad cuando ella no ha guardado ninguna conmigo?

—Así me gusta, dijo triunfante el tentador.

Y sacando de un cajón un revólver, se lo entregó diciendo:

—A las diez espéreme frente á la Iglesia de San Sebastián para recibir mis últimas instrucciones. ¡ Ah! ; A las nueve debe usted encontrarse lejos, muy lejos de la calle de Anloague!

Basilio examinó el arma, la cargó y guardó en el bolsillo interior de su americana. Se despidió con un seco:—¡ Hasta luego!



## XXXIV

### LAS BODAS

Una vez en la calle, Basilio pensó en qué podía ocuparse hasta que llegase la fatal hora; no eran más que las siete. Era la época de las vacaciones y todos los estudiantes estaban en sus pueblos. Isagani era el único que no quiso retirarse, pero había desaparecido desde aquella mañana y no se sabía su paradero. Esto le habían dicho á Basilio, cuando al salir de la cárcel fué á visitar á su amigo para pedirle hospitalidad. Basilio no sabía á dónde ir, no tenía dinero, no tenía nada fuera del revólver. El recuerdo de la lámpara ocupaba su imaginación; dentro de dos horas tendría lugar la gran catástrofe y, al pensar en ello, le parecía que los hombres que desfilaban delante de sus ojos pasaban sin cabeza: tuvo un sentimiento de feroz alegría al decirse que, hambriento y todo, aquella noche iba á ser temible, que de pobre estudiante y criado, acaso el sol le viera terrible y siniestro, de pie sobre pirámide de cadáveres, dictando leyes á todos aquellos que pasaban delante en sus magníficos coches. Rióse como un condenado, y palpó la culata del revólver: las cajas de cartuchos estaban en sus bolsillos.

Se le ocurrió una pregunta ¿dónde principiaría el drama? En su aturdimiento, no se le había ocurrido preguntarlo á Simoun, pero Simoun le había dicho que se alejase de la calle de Anloague.

Entonces tuvo una sospecha; aquella tarde, al salir de la cárcel se había dirigido á la antigua casa de capitán Tiago para buscar sus pocos efectos, y la había encontrado transformada y preparada para una

fiesta; ¡eran las bodas de Juanito Peláez! Simoun hablaba de fiesta.

En esto vió pasar delante de sí una larga fila de coches, llenos de señores y señoras conversando con animación; creyó distinguir dentro grandes ramilletes de flores, pero no paró atención en ello. Los coches se dirigían hacia la calle del Rosario y, por encontrarse con los que bajaban del puente de España, tenían que detenerse á menudo é ir lentamente. En uno vió á Juanito Peláez al lado de una mujer, vestida de blanco con el velo transparente: en ella reconoció á Paulita Gómez.

—¡ La Paulita! exclamó sorprendido.

Y viendo que en efecto era ella, en traje de novia, con Juanito Peláez, como si viniesen de la Iglesia.

—¡ Pobre Isagani! murmuró ¿qué se habrá hecho de él?

Pensó unos instantes en su amigo, alma grande, generosa, y mentalmente se preguntó si no sería bueno comunicarle el proyecto, pero mentalmente se contestó también que Isagani nunca querría tomar parte en semejante carnicería... A Isagani no le habían hecho lo que á él.

Después pensó en que sin la prisión, él sería novio ó marido en aquellas horas, licenciado en Medicina, viviendo y curando en un rincón de su provincia. La sombra de Julí, destrozada en su caída, cruzó por su imaginación; llamas oscuras de odio encendieron sus pupilas, y de nuevo acarició la culata del revólver sintiendo no llegase ya la terrible hora. En esto vió que Simoun salió de la puerta de su casa con la caja de la lámpara, cuidadosamente envuelta, entró en un coche que siguió la fila de los que acompañaban á los novios. Basilio, para no perder de vista á Simoun, quiso fijarse en el cochero, y con asombro reconoció en él al desgraciado que le había conducido á San Diego, á Sinong el apaleado de la guardia civil, al mismo que le enteraba en la cárcel de cuanto había sucedido en Tiani.

Conjeturando que la calle Anloague iba á ser el

teatro, allá se dirigió el joven, apresurando el paso y adelantándose á los coches. En efecto, se dirigían todos á la antigua casa de capitán Tiago: ¡ allí se reunían en busca de un baile para danzar por el aire! Basilio se rió al ver las parejas de la Guardia Veterana que hacían el servicio. Por su número se podía adivinar la importancia de la fiesta y de los invitados. La casa rebosaba de gente, derramaba torrentes de luz por sus ventanas; el zaguán estaba alfombrado y lleno de flores; allá arriba, acaso en su antiguo y solitario aposento, tocaba ahora la orquesta aires alegres, que no apagaban del todo el confuso tumulto de risas, interpelaciones y carcajadas.

Don Timoteo Peláez llegaba al pináculo de la fortuna, y la realidad sobrepujaba sus ensueños. Casa-ba, al fin, á su hijo con la riquísima heredera de los Gómez, y gracias al dinero que Simoun le había prestado, había alhajado regiamente aquella gran casa, comprada en la mitad de su valor, daba en ella una espléndida fiesta, y las primeras divinidades del Olimpo manilcoño iban á ser sus huéspedes, para dorarle con la luz de su prestigio. Ocurríanse desde aquella mañana, con la persistencia de una cantata en boga, unas vagas frases que había leído en sus comuniones: «¡ Ya es llegada la hora dichosa! ¡ Ya se acerca el momento feliz! ¡ Pronto se cumplirán en ti las admirables palabras de Simoun: Vivo yo, más no yo sino que el capitán general vive en mí», etc. El capitán general, padrino de su hijo! No asistía en verdad al casamiento; don Custodio le representaba, pero vendría á cenar, y traería un regalo de boda, una lámpara que ni la de Aladín...—entre bastidores—Simoun daba la lámpara. Timoteo, ¿qué quieres más?

La transformación que había sufrido la casa de capitán Tiago era considerable; se había empapelado de nuevo ricamente; el humo y el olor del opio desaparecieron por completo. La inmensa sala, ensanchada aún por los colosales espejos que multiplicaban al infinito las luces de arañas, estaba toda alfombrada: alfombra tenían los salones de Europa, y aunque

el piso era brillantísimo y de anchas tablas, alfombra debía tener también el suyo, pues ; no faltaba más! La rica sillería de capitán Tiago había desaparecido; en su lugar se veía otra, estilo Luis XV; grandes cortinas de terciopelo rojo, bordadas de oro, con las iniciales de los novios y sujetas por guirnalda de azahar artificiales, pendían de los portiers y barrían el suelo con sus anchos flecos, de oro igualmente. En los ángulos se veían enormes vasos del Japón, alternando con otros de Sévres, de un azul obscuro purísimo, colocados sobre pedestales cuadrados de madera tallada. Lo único que no estaba bien eran los cromos chillones con que don Timoteo había substituído los antiguos grabados y las litografías de santos de capitán Tiago. Simoun no le pudo disuadir; el comerciante no quería cuadros al óleo, no vaya alguno á atribuirlos á artistas filipinos... ; él, sostener á artistas filipinos, nunca! ; en ello le iba la paz y acaso la vida, y él sabía cómo hay que bogar en Filipinas! Verdad es que había oído hablar de pintores extranjeros como Rafael, Murillo, Velázquez, pero no sabía cómo dirigirse á ellos, y luego puede que salgan algo sediciosos... ; Con cromos no se arriesgaba nada, los filipinos no los hacían, le salían más baratos, el efecto parecía el mismo, si no mejor, los colores más brillantes y muy fina la ejecución! ; Vaya si don Timoteo sabía cómo arreglarse en Filipinas!

La gran caída adornada toda de flores, se había convertido en comedor: una gran mesa en medio para treinta personas, y alrededor, pegadas á las paredes, otras pequeñitas para dos y tres. Ramilletes de flores, pirámides de frutas entre cintas y luces, cubrían los centros. El cubierto del novio estaba señalado por un ramo de rosas, el de la novia por otro de azahar y azucenas. Ante tanto lujo y tanta flor se imaginaba uno que ninfas de ropaje ligero y amorcillos con alas irisadas iban á servir néctar y ambrosía á huéspedes aéreos, al son de liras y colias arpas.

Sin embargo, la mesa para los grandes dioses no

---

estaba allí, estaba servida allá en medio de la ancha azotea, en un elegantísimo kiosco, construído expresamente para el acto. Una celosía de madera dorada, por donde trepaban olorosas enredaderas, ocultaba el interior á los ojos del vulgo sin impedir la libre circulación del aire, para mantener la frescura necesaria en aquella estación. Un elevado entarimado levantaba la mesa sobre el nivel de las otras en que iban á comer los simples mortales, y una bóveda, decorada por los mejores artistas, protegería los augustos cráneos de las miradas envidiosas de las estrellas.

Allí no había más que siete cubiertos; la vajilla era de plata maciza, mantel y servilletas de finísimo lino, vinos, los más caros y exquisitos. Don Timoteo buscó lo más raro y costoso y no habría vacilado ante un crimen si le hubiesen dicho que el capitán general gustaba de comer carne humana.

---



## XXXV

### LA FIESTA

«Danzar sobre un volcán.»

A las siete de la noche fueron llegando los convidados: primero las divinidades menores, pequeños empleados, jefes de negociado, comerciantes, etc., con los saludos más ceremoniosos y los aires más graves, al principio como si fueran recién aprendidos: tanta luz, tanta cortina y tanto cristal imponían algo. Después se familiarizaban y se daban disimulados puñetazos, palmaditas en el vientre y algunos hasta se administraron familiares pescozones. Algunos, es verdad, adoptaban cierta actitud desdeñosa para hacer ver que estaban acostumbrados á cosas mejores, ¡vaya, si lo estaban! Diosa hubo que bostezó encontrando todo cursi y diciendo que tenía *gazusa*; otra que riñó con su dios, haciendo un gesto con el brazo para darle una manotada. Don Timoteo saludaba por aquí, por allá; enviaba una sonrisita, hacía un movimiento de cintura, un retroceso, media vuelta, vuelta entera, etc., tanto que otra diosa no pudo menos de decir á su vecina, al amparo del abanico: —¡ Chica, que filadelfio está el tío! ¡ Mia que paese un fantoche!

Después llegaron los novios acompañados de doña Victorina y toda la comitiva. Felicitaciones, apretones de manos, palmaditas protectoras al novio, miradas insistentes, lascivas, anatómicas para la novia, por parte de ellos; por parte de ellas, análisis del traje, del aderezo, cálculo del vigor, de la salud, etc.

—¡Psíquis y Cupido presentándose en el Olimpo! pensó Ben-Zayb y se grabó la comparación en la mente para soltarla en mejor ocasión.

El novio tenía, en efecto, la fisonomía truhanesca del dios del amor, y con un poco de buena voluntad se podía tomar por aljaba la joroba en su máximum, que la severidad del frac no llegaba á ocultar.

Don Timoteo empezaba á sentir dolores de cintura, los callos de sus pies se irritaban poco á poco, su cuello se cansaba y ¡faltaba aún el capitán general! Los grandes dioses, entre ellos el P. Irene y el Padre Salví, habían llegado ya, es verdad, pero aún faltaba el trueno gordo. Estaba inquieto, nervioso; su corazón latía violentamente, tenía ganas de desahogar una necesidad, pero había primero que saludar, sonreír, y después iba y no podía, se sentaba, se levantaba, no oía lo que le decían, no decía lo que se le ocurría. Y mientras tanto, un dios aficionado le hacía observaciones sobre sus cromos, se los criticaba asegurándole que manchaban las paredes.

—¡Manchaban las paredes! repetía don Timoteo sonriendo con ganas de arañarle; ¡pero si están hechos en Europa y son los más caros que me he podido procurar en Manila! ¡Manchaban las paredes!

Y don Timoteo se juraba cobrar al día siguiente todos los vales que del crítico tenía en su almacén.

Se oyeron pitadas, galopar de caballos, ¡al fin!

—¡El general! ¡El capitán general!

Pálido de emoción se levantó don Timoteo disimulando el dolor de sus callos, y acompañado de su hijo y de algunos dioses mayores, bajó á recibir al *Magnum Jovem*. Se le fué el dolor de cintura ante las dudas que en el momento le asaltaron: ¿debía modelar una sonrisa ó afectar gravedad? ¿debía alargar la mano ó esperar á que el general le ofreciera la suya? ¡Carambas! ¿cómo no se le había ocurrido nada del asunto para consultar con su gran amigo Simoun? Para ocultar su emoción preguntó en voz baja, muy quebrada á su hijo:

—¿Has preparado algún discurso?



—¡ Ya no se estilan discursos, papá, y con éste menos!

Llegó Júpiter en compañía de Juno, convertida en un castillo de fuegos artificiales: brillantes en el tocado, brillantes en el cuello, en los brazos, en los hombros, ¡ en todas partes! Lucía un magnífico traje de seda, con larga cola, bordada de flores de realce.

Su Excelencia tomó realmente posesión de la casa, como se lo suplicó balbuceando don Timoteo. La orquesta tocó la marcha real, y la divina pareja subió majestuosamente la alfombrada escalera.

La gravedad de Su Excelencia no era afectada; acaso por primera vez, desde que llegó á las Islas se sentía triste; algo de melancolía velaba sus pensamientos. Aquél era el último triunfo de sus tres años de soberano, y dentro de dos días, para siempre iba á descender de tan elevada altura. ¿Qué dejaba detrás de sí? Su Excelencia no volvía la cabeza y prefería mirar hacia adelante, ¡ hacia el porvenir! Se llevaba una fortuna consigo, grandes cantidades depositadas en los Bancos de Europa le esperaban, tenía hoteles, pero había lastimado á muchos, tenía muchos enemigos en la Corte, ¡ el alto empleado le esperaba allá! Otros generales se enriquecieron como él rápidamente y ahora estaban arruinados. ¿Por qué no se quedaba más tiempo como se lo aconsejaba Simoun? No, la delicadeza ante todo. Los saludos, además, no eran ya profundos como antes, notaba miradas insistentes, y hasta displicencia; y él contestaba con afabilidad y hasta ensayaba sonrisas.

—¡ Se conoce que el sol está en su ocaso! observó el P. Irene al oído de Ben-Zayb; ¡ muchos le miran ya frente á frente!

¡ Carambas con el cura! precisamente iba él á decir eso.

—Chica, murmuró al oído de su vecina la que llamó fantoche á don Timoteo, ¿has visto que falda?

—¡ Uy! ¡ las cortinas del Palacio!

—¡ Calla! ¡ y es verdad! Pues se llevan todo. ¡ Verás como se hace un abrigo con las alfombras!

—¡ Eso no prueba más sino que tiene ingenio y gusto! observó el marido, reprendiendo á su esposa con una mirada; ¡ las mujeres deben ser económicas!

Todavía le dolía al pobre dios la cuenta de la modista.

—¡ Hijo! dame cortinas de á doce pesos la vara y ¡ verás si me pongo estos trapos! replicó picada la diosa; ¡ Jesús! ¡ hablarás cuando tengas tan espléndidos predecesores!

Entretanto Basilio, delante de la casa, confundido entre la turba de curiosos, contaba las personas que bajaban de los coches. Cuando vió tanta gente alegre, confiada; cuando vió al novio y á la novia, seguida de su cortejo de jovencitas inocentes y candorosas, y pensó que iban á encontrar allí una muerte horrible, tuvo lástima y sintió que se amortiguaba su odio.

Tuvo deseos de salvar á tantos inocentes, pensó escribir y dar parte á la justicia; pero un coche vino y bajaron el P. Salví y el P. Irene, ambos muy contentos, y como nube pasajera, se desvanecieron sus buenos propósitos.

—¡ Qué me importa! se dijo ¡ que paguen los justos con los pecadores!

Y luego añadió para tranquilizar sus escrúpulos:

—Yo no soy delator, yo no debo abusar de la confianza que en mí ha depositado. Yo le debo á *él* más que á todos *esos*; *él* cavó la tumba de mi madre; ¡ esos la mataron! ¿Qué tengo que ver con ellos? ¡ Hice todo lo posible para ser bueno, útil; he procurado olvidar y perdonar; sufrí toda imposición y sólo pedía me dejaran en paz! Yo no estorbo á nadie... ¿Qué han hecho de mí? ¡ Que vuelen sus miembros destrozados por el aire! ¡ Bastante hemos sufrido!

Después vió bajar á Simoun llevando en brazos la terrible lámpara, le vió atravesar el zaguán lentamente, con la cabeza baja y como reflexionando. Basilio sintió que su corazón latía débilmente, que sus pies y manos se enfriaban y que la negra silueta del jo-

yero adquiría contornos fantásticos, circundados de llamas. Allá se detenía Simoun al pie de la escalera y como dudando; Basilio no respiraba. La vacilación duró poco: Simoun levantó la cabeza, subió resueltamente las escaleras y desapareció.

Parecióle entonces al estudiante que la casa iba á estallar de un momento á otro y que paredes, lámparas, convidados, tejado, ventanas, orquesta, volaban lanzados por los aires como un puñado de brasas en medio de una detonación infernal; miró en torno suyo y creyó ver cadáveres en lugar de curiosos; los veía mutilados, le pareció que el aire se llenaba de llamas, pero la serenidad de su juicio triunfó de aquella alucinación pasajera que el hambre favorecía y se dijo:

—Mientras no baje, no hay peligro. ¡Aun no ha llegado el capitán general!

Y procuró aparecer sereno dominando el temblor convulsivo de sus piernas, y trató de distraerse pensando en otras cosas. Alguien se burlaba de él en su interior y le decía:

—Si tiembles ahora, antes de los momentos supremos, ¿cómo te portarás cuando veas correr sangre, arder las casas y silbar las balas?

Llegó Su Excelencia, pero el joven no se fijó en él: observaba la cara de Simoun que era uno de los que habían bajado para recibirle, y leyó en la implacable fisonomía la sentencia de muerte de todos aquellos hombres, y entonces nuevo terror se apoderó de él. Tuvo frío, se apoyó contra el muro de la casa y, fijos los ojos en las ventanas y atentos los oídos, quiso adivinar lo que podía pasar. Vió en la sala la multitud rodeando á Simoun, y contemplando la lámpara; oyó varias felicitaciones, exclamaciones de admiración; las palabras «comedor, estreno» se repitieron varias veces; vió al general sonreírse y conjeturó que se estrenaría aquella misma noche según la previsión del joyero y, por cierto, en la mesa donde iba á cenar Su Excelencia. Simoun desapareció, seguido de una multitud de admiradores.

En aquel momento supremo su buen corazón triunfó, olvidó sus odios, olvidóse de Juli, quiso salvar á los inocentes y decidido, suceda lo que suceda, atravesó la calle y quiso entrar. Pero Basilio había olvidado que iba miserablemente vestido; el portero le detuvo, le interpeló groseramente, y al ver su insistencia, le amenazó con llamar á una pareja de la Veterana.

En aquel momento bajaba Simoun ligeramente pálido. El portero dejó á Basilio para saludar al joyero como si pasase un santo. Basilio comprendió en la expresión de la cara que dejaba para siempre la casa fatal y que la lámpara ya estaba encendida. *Alea jacta est.* Presa del instinto de conservación, pensó entonces en salvarse. Podía ocurrírsele á cualquiera por curiosidad mover el aparato, sacar la mecha y entonces, estallaría y todo sería sepultado. Todavía oyó á Simoun que decía al cochero:

—¡ Escolta, pica!

Azorado y temiendo oír de un momento á otro la terrible explosión, Basilio se dió toda la prisa que podía para alejarse del maldito sitio: sus piernas le parecía que no tenían la agilidad necesaria, sus pies resbalaban contra la acera como si anduviesen y no se moviesen, la gente que encontraba le cerraba el camino y antes de dar veinte pasos creía que habían pasado lo menos cinco minutos. A cierta distancia tropezó con un joven que de pie, con la cabeza levantada, miraba fijamente hacia la casa. Basilio reconoció á Isagani.

—¿ Qué haces aquí? preguntóle. ¡ Ven!

Isagani le miró vagamente, se sonrió con tristeza y volvió á mirar hacia los balcones abiertos, al través de los cuales se veía la vaporosa silueta de la novia, cogida del brazo del novio, alejándose lánguidamente.

—¡ Ven, Isagani! Alejémonos de esa casa, ¡ ven! decía en voz ronca Basilio cogiéndole del brazo.

¡ Isagani le apartaba dulcemente y seguía mirando con la misma dolorosa sonrisa en los labios!

—¡ Por Dios, alejémonos!

—¿Por qué alejarme? ¡Mañana ya no será ella!

Había tanto dolor en aquellas palabras que Basilio se olvidó por un segundo de su terror.

—¿Quieres morir? preguntó.

Isagani se encogió de hombros y siguió mirando. Basilio trató de arrastrarle de nuevo.

—¡Isagani, Isagani, oyéme, no perdamos tiempo! Esa casa está minada, va á saltar de un momento á otro, por una imprudencia, una curiosidad... Isagani, ¡todo perecerá bajo sus ruinas!

—¿Bajo sus ruinas? repitió Isagani como tratando de comprender sin dejar de mirar á la ventana.

—¡Sí, bajo sus ruinas, sí, Isagani! por Dios, ¡ven! te lo explicaré después, ¡ven! otro que ha sido más desgraciado que tú y que yo, los ha condenado... ¿Ves esa luz blanca, clara, como luz eléctrica, que parte de la azotea? ¡Es la luz de la muerte! ¡Una lámpara cargada de dinamita, en un comedor minado... estallará y ni una rata se escapará con vida, ven!

—¡No! contestó Isagani moviendo tristemente la cabeza; quiero quedarme aquí, quiero verla por última vez... ¡mañana ya será otra cosa!

—¡Cúmplase el destino! exclamó entonces Basilio alejándose á toda prisa.

Isagani vió que su amigo se alejaba con la precipitación que denotaba un verdadero terror y siguió mirando hacia la fascinadora ventana, como el caballero de Toggenburg esperando que se asome la amada, de que nos habla Schiller. En aquel momento la sala estaba desierta; todos se habían ido á los comedores. A Isagani se le ocurrió que los terrores de Basilio podían ser fundados. Recordó su cara aterrada, él que en todo conservaba su sangre fría y empezó á reflexionar. Una idea apareció clara á su imaginación: la casa iba á volar y Paulita estaba allí, Paulita iba á morir de una muerte espantosa...

Ante esta idea todo lo olvidó: celos, sufrimientos, torturas morales; el generoso joven sólo se acordó de su amor. Sin pensar en sí, sin detenerse, dirigióse

á la casa y gracias á su traje elegante y á su aire decidido pudo franquear fácilmente la puerta.

Mientras estas cortas escenas pasaban en la calle, en el comedor de los dioses mayores, circulaba de mano en mano un pedazo de pergamino donde se leían escritas en tinta roja estas fatídicas palabras:

*Mane Thecel Phares.*

*Juan Crisóstomo Ibarra.*

—¿Juan Crisóstomo Ibarra? ¿Quién es ese? preguntó Su Excelencia pasando el papel al vecino.

—¡Vaya una broma de mal gusto! repuso don Custodio: ¡firmar el papel con el nombre de un filibusterillo, muerto hace más de diez años!

—¡Filibusterillo!

—¡Es una bróma sediciosa!

—Habiendo señoras...

El P. Irene buscaba al bromista y vió al P. Salví, que estaba sentado á la derecha de la condesa, ponerse pálido como su servilleta mientras con los ojos desencajados contemplaba las misteriosas palabras. ¡La escena de la esfinge se le presentó en la memoria!

—¿Qué hay P. Salví? preguntó; ¿está usted reconociendo la firma de su amigo?

El P. Salví no contestó; hizo ademán de hablar, y sin apercebirse de lo que hacía, se pasó por la frente la servilleta.

—¿Qué le pasa á V. R.?

—¡Es su misma escritura! contestó en voz baja, apenas inteligible; es la misma escritura de Ibarra.

Y recostándose contra el respaldo de su silla, dejó caer los brazos como si le faltasen las fuerzas.

La inquietud convirtióse en terror; se miraron unos á otros sin decirse una sola palabra. Su Excelencia quiso levantarse, pero temiendo lo atribuyeran á miedo, se dominó y miró en torno suyo. No había soldados: los criados que servían le eran desconocidos:

—¡Sigamos comiendo, señores, repuso, y no demos importancia á una broma!

Pero su voz, en vez de tranquilizar, aumentó la inquietud; la voz temblaba.

—¿Supongo que ese *Mane thecel phares*, no querrá decir que seremos asesinados esta noche? dijo don Custodio.

Todos se quedaron inmóviles.

—Pero pueden envenenarnos...

Soltaron los cubiertos.

La luz en tanto principió á obscurecerse poco á poco.

—La lámpara se apaga, observó el general inquieto; ¿quiere usted subir la mecha, P. Irene?

En aquel momento, con la rapidez del rayo, entró una figura derribando una silla y atropellando un criado y, en medio de la sorpresa general, se apoderó de la lámpara, corrió á la azotea y la arrojó al río. Todo pasó en un segundo: el comedor se quedó á oscuras.

La lámpara ya había caído en el agua cuando los criados pudieron gritar:— ¡Ladrón, ladrón! precipitándose también á la azotea.

—¡ Un revólver! gritó uno; ¡ pronto, un revólver! ¡ Al ladrón!

Pero la sombra, más ágil aún, ya había montado sobre la balaustrada de ladrillo y antes que pudiesen traer una luz se precipitaba al río, dejando oír un ruido quebrado al caer en el agua.

---





## XXXVI

### APUROS DE BEN-ZAYB

Inmediatamente que se enteró del acontecimiento cuando trajeron luces y vió las poco correctas posturas de los dioses sorprendidos, Ben-Zayb, lleno de indignación y ya con la aprobación del fiscal de imprenta, fué corriendo á su casa—un entresuelo en donde vivía en república con otros—para escribir el artículo más sublime que jamás se haya leído bajo el cielo de Filipinas: el capitán general se marcharía desconsolado si antes no se enteraba de sus ditirambos y esto, Ben-Zayb que tenía buen corazón, no lo podía permitir. Hizo pues el sacrificio de la cena y del baile y no se durmió aquella noche.

¡ Sonoras exclamaciones de espanto, de indignación, fingir que el mundo se había venido abajo y las estrellas, las eternas estrellas, chocaban unas con otras! Después una introducción misteriosa, llena de alusiones, reticencias..., luego el relato del hecho, y la peroración final. Multiplicó los giros, agotó los eufemismos para describir la caída de espaldas y el tardío bautismo de salsa que recibió Su Excelencia sobre la olímpica frente; elogió la agilidad con que recobró la posición vertical, poniendo la cabeza donde antes estaban las piernas y viceversa; entonó un himno á la Providencia por haber velado solícita por tan sagrados huesos y el párrafo resultó tan delicado, que Su Excelencia aparecía como un héroe y caía más alto, como dijo Victor Hugo. Estuvo escribiendo, borrando, añadiendo y limando para que, sin faltar á la verdad—este era su especial mérito de pe-

riodista—resultase todo épico, grande para los siete dioses, cobarde y bajo para el desconocido ladrón, «que se había ajusticiado á sí mismo, espantado y convencido en el mismo instante de la enormidad de su crimen». Interpretó el acto del P. Irene de meterse debajo de la mesa, por «arranque de valor innato, que el hábito de un Dios de paz y mansedumbre, llevado toda la vida, no había podido amortiguar;» el P. Irene quería lanzarse sobre el criminal y tomando la línea recta pasó por el submesáneo. De paso habló de túneles submarinos, mencionó un proyecto de don Custodio, recordó la ilustración y los largos viajes del sacerdote. El desmayo del Padre Salví era el dolor excesivo que se apoderó del virtuoso franciscano, viendo el poco fruto que sacaban los indios de su piadosos sermones; la inmovilidad y el espanto de los otros comensales, entre ellos el de la condesa que «sostuvo» (se agarró) al P. Salví, eran serenidad y sangre fría de héroes, avezados al peligro en medio del cumplimiento de sus deberes, al lado de quienes los senadores romanos, sorprendidos por los galos invasores, eran nerviosas muchachuelas que se asustan ante cucarachas pintadas. Después y para formar contraste, la pintura del ladrón: miedo, locura, azoramiento, torva mirada, facciones desencajadas y ¡ fuerza de la superioridad moral de la raza! ¡ su respeto religioso al ver allí congregados á tan augustos personajes! Y venía entonces de perilla una larga imprecación, una arenga, una declamación contra la perversión de las buenas costumbres, de ahí la necesidad de erigir un tribunal militar permanente, «la declaración del estado de sitio dentro del estado de sitio ya declarado, una legislación especial, represiva, enérgica, porque es de todo punto necesario, es de imperiosa urgencia haber ver á los malvados y criminales que si el corazón es generoso y paternal para los sumisos y obedientes á la ley, la mano es fuerte, firme, inexorable, severa y dura para los que contra toda razón faltan á ella é insultan las sagradas instituciones de la pa-

»tría. Sí, señores, esto lo exige no sólo el bien de estas islas, no sólo el bien de la humanidad entera, sino también el nombre de España, la honra del nombre español, el prestigio del pueblo ibero, porque ante todas las cosas, españoles somos y la bandera de España», etc., etc., etc.

Y terminaba el artículo con esta despedida:

«¡ Vaya tranquilo el bravo guerrero, que con mano experta rigió los destinos de este país en épocas tan calamitosas! ¡ Vaya tranquilo á respirar las balsámicas brisas del Manzanares! ¡ Nosotros aquí nos quedaremos como fieles centinelas para venerar su memoria, admirar sus sabias disposiciones, y vengar el infame atentado contra su espléndido regalo, que hemos de encontrar aún cuando tengamos que secar los mares! ¡ Tan preciosa reliquia será para este país eterno monumento de su esplendor, sangre fría y bravura!»

Así terminaba algo confuso el artículo y antes que amaneciese, lo envió á la redacción ya con la previa autorización del censor. Y se durmió como Napoleón después de haber dispuesto el plan de la batalla de Jena.

Le despertaron al amanecer con las cuartillas devueltas y una nota del director, diciendo que Su Excelencia había prohibido severa y terminantemente se hablase del asunto y encargado se desmintiesen cuantos comentarios y versiones corrieran, dándolos todos por cuentos, exageraciones y consejas.

Para Ben-Zayb aquello era matarle á un hijo tan guapo y tan valiente, nacido y criado con tanto dolor y fatiga y ¿dónde encajar ahora la soberbia catilinaria, la exhibición espléndida de aprestos bélico-justicieros? Y pensar que dentro de un mes ó dos iba él á dejar Filipinas, y el artículo no tendría salida en España, porque ¿cómo decir aquello contra los criminales de Madrid, si allí imperan otras ideas, se buscan circunstancias atenuantes, se pesan los hechos, hay jurados, etc., etc.? Artículos como los suyos eran, como ciertos aguardientes envenenados

que se fabrican en Europa, buenos para vendidos entre los negros *good for negroes*, con la diferencia de que si los negros no los beben no se destruyen, mientras que los artículos de Ben-Zayb, léanlos ó no los filipinos, producían sus efectos.

—¡ Si al menos se cometiese otro crimen mañana ó pasado! decía.

Y ante el pensamiento de aquel hijo muerto antes de impreso, capullos helados, y sintiendo que sus ojos se humedecían, se vistió para ver al director. El director se encogió de hombros: ¡ Su Excelencia lo había prohibido, porque si se llegaba á divulgar que siete dioses mayores se dejaron robar y sorprender por un cualquiera mientras blandían tenedores y cuchillos, peligraba la integridad de la patria! Y así encargaba no se buscara ni la lámpara ni al ladrón y recomendaba á sus sucesores no se arriesgasen á comer en ninguna casa particular, sin estar rodeados de alabarderos y guardias. Y como los que aquella noche supieron algo de los acontecimientos en casa de don Timoteo eran en su mayor parte empleados y militares, no era difícil desmentir el hecho en público: se trataba de la integridad de la patria. Ante este nombre, Ben-Zayb bajó la cabeza lleno de heroísmo, pensando en Abraham, Guzmán el Bueno ó, cuando menos, en Brutos y otros antiguos héroes de la historia.

Tanto sacrificio no podía quedar sin recompensa. El dios de los periodistas estaba satisfecho de Abraham-Ben-Zayb.

Casi al mismo tiempo vino el ángel gacetillero trayendo el cordero bajo la forma de un asalto, cometido en una quinta á orillas del Pasig, en donde ciertos frailes pasaban la época del calor! ¡ Aquella era la ocasión y Abraham-Ben-Zayb alabó á su dios!

—Los bandidos sacaron más de dos mil pesos, dejaron mal herido á un religioso y á dos criados... El cura se defendió como pudo detrás de una silla, que quedó rota en sus manos...

—¡ Espere, espere! decía Ben-Zayb tomando no-

tas; cuarenta ó cincuenta tulinanes traidoramente... revólvers, bolos, escopetas, pistolas... león esgrimiendo, silla... astillas... herido bárbaramente... diez mil pesos...

Y entusiasmado y no contento con los detalles, se trasladó él mismo al sitio de la ocurrencia, componiendo en el camino la descripción homérica del combate. ¿Una arenguita en boca del jefe? ¿Una frase de desprecio en boca del religioso? Todas las metáforas y comparaciones, aplicadas á Su Excelencia, al P. Irene y P. Salví, vendrían de molde para el religioso herido, y la descripción del ladrón para cada uno de los malhechores. En la imprecación podía extenderse más, podía hablar de religión, de la fe, de la caridad, del toque de las campanas, de lo que los indios deben á los frailes, enternecerse y diluirse en frases y lirismos castelaranos. Las señoritas de la capital le leerían y dirían:

—Ben-Zayb, ¡bravo como un león y tierno como un cordero!

Cuando llegó al sitio de la ocurrencia, con gran sorpresa suya encontró que el herido no era otro que el P. Camorra, castigado por su provincial á expiar en la quinta de placer, á orillas del Pasig, sus travessuras de Tiani. Tenía una pequeña herida en la mano, una contusión, en la cabeza al caerse de espaldas; los ladrones eran tres é iban armados de bolos; la cantidad robada cincuenta pesos.

—¡ No puede ser! decía Ben-Zayb; ¡ cálese usted... no sabe lo que se dice!

—¡ Qué no lo he de saber, puñales!

—¡ No sea usted tonto!... los ladrones debían ser más...

—¡ Hombre! el chupa-tintas éste...

Tuvieron un buen altercado. Lo principal para Ben-Zayb era no soltar el artículo, dar proporciones al hecho para que resultase la peroración.

Cortó la discusión un susurro. Los ladrones cogidos habían hecho declaraciones importantes. Uno de los tulinanes de *Matanglawin* (Cabesang Tales) les

había dado cita para reunirse con su banda en Santa-Mesa, para saquear los conventos y las casas de los ricos... Les guiaría un español, alto, moreno, de cabellos blancos, que decía obraba por orden del general, de quien era muy amigo; se les había asegurado además que la artillería y varios regimientos se les reunirían, por lo que no debían tener miedo ninguno. Los tulisanes serían indultados, y la tercera parte del botín les correspondería. La señal debiendo ser un cañonazo, y habiéndolo esperado en vano, los tulisanes creyéndose burlados, unos se retiraron, otros volvieron á sus montañas prometiendo vengarse del español, que por segunda vez había faltado á su palabra. Ellos entonces, los ladrones cogidos, quisieron hacer algo por su cuenta y atacaron la quinta que hallaron más á mano, prometiendo dar religiosamente las dos terceras partes del botín al español de cabellos blancos si acaso las reclamaba.

Coincidiendo las señas con las de Simoun, la declaración fué recibida como un absurdo y al ladrón le aplicaron toda serie de torturas, la máquina eléctrica inclusive, por aquella impía blasfemia. Mas, la noticia de la desaparición del joyero habiendo llamado la atención de toda la Escolta, y habiéndose encontrado sacos de pólvora y grande cantidad de cartuchos en su casa, la declaración tuvo visos de verdad y empezó el misterio á rodear poco á poco el asunto, envolviéndose en nebulosidades, se habló cuchicheando, tosiendo, con miradas recelosas, puntos suspensivos, y muchas frases huecas de ocasión. Los que fueron iniciados no acababan de salir de su asombro, sacaban caras largas, palidecían y poco faltó para que muchos perdieran la razón al descubrirse ciertas cosas que habían pasado desapercibidas.

—¡ De buena nos hemos librado! ¿Quién iba á decir?...

A la tarde, Ben-Zayb, con los bolsillos llenos de revólvers y cartuchos, fué á visitar á don Custodio, que encontró trabajando de firme en un proyecto

contra alhajeros americanos. Murmuró al oído del periodista, en voz quedísima y entre las dos palmas de la mano, palabras misteriosas.

—¿De veras? preguntó Ben-Zayb llevándose las manos á los bolsillos, mientras palidecía visiblemente.

—Y donde le encuentren...

Terminó la frase con una mímica expresiva. Levantó ambos brazos á la altura de la cara, el derecho más encogido que el izquierdo, vueltas las palmas de la mano hacia el suelo, cerró un ojo y haciendo dos movimientos de avance.

—¡Psst, psst! silbó.

—¿Y los brillantes? preguntó Ben-Zayb.

—Si se le encuentran...

E hizo otra mímica con los dedos de la mano derecha, haciéndolos girar de delante atrás y de fuera adentro, en movimiento de abanico que se cierra, de algo que se recoge, de espas que giran barriendo imaginarios objetos para sí, con hábil escamoteo. Ben-Zayb respondió por otra mímica, abriendo mucho los ojos, arqueando las cejas y sorbiendo ávidamente el aire, como si el aire alimenticio ya se hubiese descubierto.

—¡Jhs!

---





## XXXVII

### EL MISTERIO

Todo se sabe.

No obstante, á pesar de tantas precauciones, los rumores llegaron hasta el público, si bien bastante alterados y mutilados, eran el tema de los comentarios de la noche siguiente en casa de la rica familia de Orenda, comerciante en alhajas en el industrioso arrabal de Santa Cruz. Los numerosos amigos de la casa sólo se ocupaban de ello. No se jugaba al *tresiete*, ni se tocaba el piano, y la pequeña Tinay, la menor de todas las señoritas, se aburría sola jugando á la *chongka*, sin poderse explicar el interés que despiertan los asaltos, las conspiraciones, los sacos de pólvora, habiendo tantos hermosos *sigayes* en las siete casetas que parece le guiñan á una y le sonríen con sus boquitas entreabiertas para que los suba en la casa madre ó *iná*: Isagani que, cuando venía, jugaba con ella y se dejaba engañar lindamente, no acudía á sus llamamientos, Isagani escuchaba sombrío y silencioso lo que el platero Chichoy contaba. Momoy, el novio de la Sencia, la mayor de las de Orenda, hermosa y viva joven aunque algo burlona, había dejado la ventana donde solía pasar las noches en coloquio amoroso. Esto contrariaba mucho al loro cuya jaula pendía del alero, loro favorito de la casa por tener la habilidad de saludar por las mañanas á todo el mundo con maravillosas frases de amor. Capitana Loleng, la activa é inteligente capitana Loleng tenía su libro de cuentas abierto pero sin leerlo ni escribir nada en él; no fijaba la atención en los

platos, llenos de perlas sueltas, ni en los brillantes; aquella vez se olvidaba y era todo oídos. Su mismo marido, el gran capitán Toringoy, transformación del nombre Domingo, el más feliz del arrabal, sin más ocupaciones que la de vestirse bien, comer, pasearse y charlar mientras toda su familia trabajaba y se afanaba, no se iba á la tertulia, escuchando entre medroso y emocionado las horripilantes noticias del delgadocho Chichoy.

Y no había para menos. Chichoy había ido á entregar unos trabajos para don Timoteo Peláez, un par de pendientes para la recién casada, á la sazón en que demolían el kisco que en la noche anterior había servido de comedor á las primeras autoridades. Aquí Chichoy se ponía pálido y sus cabellos se erizaban.

—¡Nakúl! decía; sacos de pólvora, sacos de pólvora debajo del suelo, en el techo, debajo de la mesa, dentro de los asientos, ¡en todas partes! ¡Fortuna que ninguno de los trabajadores fumaba!

—Y ¿quién ha puesto esos sacos de pólvora? preguntaba Capitana Loleng, que era valiente y no palidecía como el enamorado Momoy.

Momoy había asistido á la boda y se comprende su póstuma emoción. Momoy había estado cerca del kisco.

—Es lo que nadie podía explicarse, contestó Chichoy; ¿quién tenía interés en turbar la fiesta? No podía haber más que uno, decía el célebre abogado señor Pasta que estaba de visita, ó un enemigo de don Timoteo ó un rival de Juanito...

Las señoritas de Orenda se volvieron instintivamente hacia Isagani: Isagani se sonrió en silencio.

—Escóndase usted le dijo capitana Lelong; pueden calumniarle... ¡escóndase usted!

Isagani volvió á sonreírse y no contestó nada.

—Don Timoteo, prosiguió Chichoy, sabía á quién atribuir el hecho; él mismo había dirigido los trabajos, él y su amigo Simoun, y nadie más. La casa se alborotó, vino el teniente de la Veterana, y des-

pués de encargar á todos el secreto, me despidieron. Pero...

—Pero... pero... balbuceaba Momoy temblando.

—¡ Nakú! dijo la Sensia mirando á su novio y temblando también al recuerdo de que había estado en la fiesta; este señorito... si llegaba á estallar...

Y miraba á su novio con ojos iracundos y admiraba su valor.

—Si llegaba á estallar...

—¡ No quedaba nadie vivo en toda la calle de Anloague! añadió capitán Toringoy afectando valor é indiferencia á los ojos de su familia.

—Yo me retiraba consternado, prosiguió Chichoy, pensando en que si solamente una chispa, un cigarrillo se hubiese caído ó se hubiese derramado una lámpara, á la hora presente no tendríamos ni general, ni arzobispo, ni nada, ¡ ni empleados siquiera! ¡ Todos los que estaban anoche en la fiesta pulverizados!

—¡ Virgen Santísima! Este señorito...

—¡ Susmariosep! exclamó capitana Loleng; todos nuestros deudores estaban allí; ¡ susmariosep! Y allí cerca tenemos una finca. ¿Quién podrá ser?...

—Ahora lo sabrán ustedes, añadió Chicoy en voz baja, pero es menester que guarden el secreto. Esta tarde me encontré con un amigo, escribiente en una oficina, y hablando del asunto, me ha dado la clave: lo ha sabido por unos empleados... ¿Quién creen ustedes que ha puesto los sacos de pólvora?

Muchos se encogieron de hombros; sólo capitán Toringoy miró de soslayo á Isagani.

—¿ Los frailes?

—¿ El chino Quiroga?

—¿ Algún estudiante?

—¿ Makaraig?

Capitán Toringoy tosía y miraba á Isagani.

Chichoy sacudió la cabeza sonriendo.

—¡ El joyero Simoun!

—¡ Simoun!

Un silencio, producido por el asombro, sucedió á

estas palabras. Simoun, el espíritu negro del capitán general, el riquísimo comerciante en cuya casa iban para comprar piedras sueltas, Simoun que recibía á las señoritas de Orenda con mucha finura y les decía finos cumplidos. Por lo mismo que la versión parecía absurda, fué creída. *Credo quia absurdum*, decía San Agustín.

—Pero Simoun, ¿no estaba anoche en la fiesta? preguntó Sensia.

—Sí, dijo Momoy, pero ¡ahora me acuerdo! Dejó la casa en el momento en que íbamos á cenar. Se marchó para sacar su regalo de bodas.

—Pero ¿no era amigo del general? ¿no era socio de don Timoteo?

—Sí, se hizo socio para dar el golpe y matar á todos los españoles.

—¡Ya! dijo Sensia; ¡ahora lo veo!

—¿Cuál?

—Ustedes no querían creer á tía Tentay. Simoun es el diablo que tiene compradas las almas de todos los españoles... ¡tía Tentay lo decía!

Capitana Loleng se santiguó, miró inquieta hacia las piedras temiendo verlas convertidas en brasas; capitán Toringoy se quitó el anillo que había venido de Simoun.

—Simoun ha desaparecido sin dejar huellas, añadió Chichoy; la guardia civil le busca.

—¡Sí! dijo Sensia; ¡que busquen al demonio!

Y se santiguó. Ahora se explicaban muchas cosas, la riqueza fabulosa de Simoun, el olor particular de su casa, olor á azufre. Bunday, otra de las señoritas de Orenda, cándida y adorable muchacha, se acordaba de haber visto llamas azules en la casa del joyero un tarde en que, en compañía de la madre, habían ido á comprar piedras.

Isagani escuchaba atento, sin decir una palabra

—¡Por eso, anoche!... balbuceó Momoy.

—¿Anoche? repitió Sensia entre curiosa y celosa.

Momoy no se decidía, pero la cara que le puso Sensia le quitó el miedo.

—Anoche, mientras cenábamos, hubo un alboroto; la luz se apagó en el comedor del general. Dicen que un desconocido robó la lámpara que había regalado Simoun.

—¿Un ladrón? ¿Uno de la Mano Negra?

Isagani se levantó y se puso á pasear.

—¿Y no le cogieron?

—Saltó al río; nadie ha podido verle. Unos dicen que era español, otros que chino, otros, indio...

—Se cree que con esa lámpara, repuso Chichoy, se iba á encender toda la casa, la pólvora...

Momoy volvió á estremecerse, pero habiendo visto que Sensia se había apercebido de su miedo, quiso arreglarlo.

—¡Qué lástima! exclamó haciendo un esfuerzo; ¡qué mal ha hecho el ladrón! Hubieran muerto todos...

Sensia le miró espantada; las mujeres se persignaron: capitán Toringoy, que tenía miedo á la política, hizo ademán de alejarse. Momoy acudió á Isagani.

—Siempre es malo apoderarse de lo que no es suyo, contestó Isagani con enigmática sonrisa; si ese ladrón hubiese sabido de qué se trataba y hubiese podido reflexionar, ¡de seguro que no lo habría hecho!

Y añadió después de una pausa:

—¡Por nada del mundo quisiera estar en su lugar!

Y así siguieron comentando y haciendo conjeturas.

Una hora después, Isagani se despedía de la familia para retirarse para siempre al lado de su tío.

---



## XXXVIII

### FATALIDAD

*Matangláwin* era el terror de Luzón. Su banda tan pronto aparecía en una provincia donde menos se la esperaba como hacía irrupción en otra que se preparaba á resistirle. Quemaba un trapiche en Batangas, devastaba los sembrados; al día siguiente asesinaba al juez de Paz de Tiani, al otro sorprendía un pueblo en Cavite y se apoderaba de las armas del tribunal. Las provincias del centro, desde Tayabas hasta Pangasinán, sufrían de sus depredaciones y su nombre sangriento llegaba hasta Albay, en el sur, y en el norte, hasta Kagayán. Desarmados los pueblos por la desconfianza de un gobierno débil, caían en sus manos como fáciles presas; á su aproximación los agricultores abandonaban sus campos, los ganados se diezmaban y un rastro de sangre y fuego marcaba su paso. Matangláwin se burlaba de todas las medidas severas que dictaban contra los tulisanes: de ellas sólo sufrían los habitantes de los barrios, que cautivaba ó maltrataba si se le resistían, ó si pactaban con él eran azotados ó desterrados por el gobierno, si es que al destierro llegaban y no sufrían en el camino un mortal accidente. Gracias á esta terrible alternativa, muchos campesinos se decidían á alistarse bajo su mando.

Merced á este régimen de terror, el comercio de los pueblos agonizante ya, moría por completo. El rico no se atrevía á viajar, y el pobre temía ser preso por la guardia civil quien, obligada á perseguir á los tulisanes, cogía muchas veces al primero que encontraba y le sometía á torturas indecibles. En su impo-

tencia, el gobierno hacía alardes de vigor en las personas que le parecían sospechosas, para que, á fuerza de crueldad, los pueblos no conociesen su flaco, el miedo que dictaba tales medidas.

Un cordón de estos infelices sospechosos, seis ó siete, atados codo con codo y maniatados como racimo de carne humana, marchaba una siesta por un camino que costaba un monte, conducido por diez ó doce guardias, armados de fusiles. Hacía un calor extraordinario. Las bayonetas brillaban al sol, el cañón de los fusiles se calentaba y las hojas de salvia, puestas en los capacetes, apenas bastaban para amortiguar los efectos del mortífero sol de mayo.

Privados del uso de sus brazos y pegados unos á otros para economizar cuerda, los presos marchaban casi todos descubiertos y descalzos: el que mejor, tenía un pañuelo atado en torno de la cabeza. Jadeantes, miserables, cubiertos de polvo que en lodo convertía el sudor, sentían derretirse sus cerebros, flotar luces en el espacio, manchas rojas en el aire. La extenuación y el desaliento estaban pintados en el semblante, la desesperación, la ira, algo indefinible, mirada de moribundo que maldice, de hombre que reniega de la vida, de sí mismo, que blasfema contra Dios... los más resistentes bajaban la cabeza, frotaban la cara contra las sucias espaldas del que iba delante para enjugarse el sudor que les cegaba; muchos cojeaban. Si alguno, al caerse, entorpecía la marcha, oíase un insulto y un soldado venía blandiendo una rama, arrancada de un árbol, y le obligaba á levantarse, pegando á diestro y siniestro. El cordón corría entonces arrastrando al caído que se revolcaba en el polvo y ahullaba pidiendo la muerte: por casualidad conseguía levantarse, ponerse de pie, y entonces seguía su camino llorando como un niño y maldiciendo la hora en que le concibieron.

El racimo humano se detenía á veces mientras sus conductores bebían, y después proseguía su camino con la boca seca, el cerebro obscuro y el corazón



lleno de maldiciones. La sed era lo de menos para aquellos desgraciados.

—¡Adelante, hijos de p—! gritaba el soldado, vigorizado de nuevo, lanzando el insulto común en la clase baja de los filipinos.

Y silbaba la rama y caía sobre una espalda cualquiera, la más próxima, á veces sobre un rostro dejando una marca primero blanca, roja después, y más tarde sucia gracias al polvo del camino.

—¡Adelante, cobardes! gritaba á veces en español ahuecando mucho la voz.

—¡Cobardes! repetían los ecos del monte.

Y los cobardes apresuraban su marcha bajo el cielo de hierro caldeado, por un camino que quema, hostigados por la nudosa rama que se desmenuza sobre la acardenalada piel. ¡El frío de la Siberia sería quizás más clemente que el sol de mayo en Filipinas!

Sin embargo, entre los soldados había uno que miraba con malos ojos tantas crueldades inútiles: marchaba silencioso, las cejas fruncidas como disgustado. Al fin, viendo que el guardia, no satisfecho con la rama, daba de puntapiés á los presos que se caían, no se pudo contener y le gritó impaciente:

—Oye, Mautang, ¡déjalos andar en paz!

Mautang se volvió sorprendido.

—Y á ti ¿qué te importa, Carolino? preguntó.

—¡A mí nada, pero me dan pena! contestó el Carolino; ¡son hombres como nosotros!

—¡Como se ve que eres nuevo en el oficio! repuso Mautang riendo compasivo; ¿cómo tratabais, pues, á los presos en la guerra?

—Con más consideración, ¡seguramente! respondió el Carolino.

Mautang se quedó un momento silencioso y después como encontrando su réplica, repuso tranquilamente:

—¡Ah! es que aquellos son enemigos y embisten, mientras que éstos... ¡éstos son paisanos nuestros!

Y acercándose dijo al oído del Carolino:

—¡Qué simple eres! Se les trata así para que ensayen de rebelarse ó escaparse y entonces ¡pung! El Carolino no contestó.

Uno de los presos suplicó que le dejaran descansar porque tenía que hacer una necesidad.

—¡El lugar es peligroso! contestó el cabo, mirando inquieto al monte; ¡sulúng!

—¡Sulúng! repitió Mautang.

Y silbó la vara. El preso se retorció y le miró con ojos de reproche:

—¡Eres más cruel que el mismo español! dijo el preso.

Mautang le replicó con otros golpes. Casi al mismo tiempo silbó un bala, seguida de una detonación: Mautang soltó el fusil, lanzó un juramento y llevándose ambas manos al pecho cayó girando sobre sí mismo. El preso le vió revolcarse en el polvo y arrojando sangre por la boca.

—¡Alto! gritó el cabo poniéndose súbitamente pálido.

Los soldados se pararon y miraron en torno. Una ligera ráfaga de humo salía de unos matorrales en la altura. Silbó otra bala, oyóse otra detonación y el cabo, herido en el muslo, se dobló lanzando blasfemias. La columna estaba atacada por hombres que se escondían entre las peñas de la altura.

El cabo, sombrío de ira, señaló hacia el racimo de presos y dijo:

—¡Fuego!

Los presos cayeron de rodillas, llenos de consternación. Como no podían levantar las manos, pedían gracia besando el polvo ó adelantando la cabeza: quien hablaba de sus hijos, quien de su madre que se quedaba sin amparo; el uno prometía dinero, el otro invocaba á Dios, pero ya los cañones se habían bajado y una horrorosa descarga los hizo enmudecer.

Entonces empezaron los tiroteos contra los que estaban en la altura, que se coronó poco á poco de humo. A juzgar por éste y por la lentitud de los tiros, los enemigos invisibles no debían contar más

que con tres fusiles. Los guardias en tanto avanzaban y disparaban, se escondían detrás de los troncos de los árboles, se acostaban y procuraban ganar la altura. Saltaban pedazos de rocas, se desgajaban ramas de árboles, se levantaban pedazos de tierra. El primer guardia que intentó trepar, cayó rodando herido por una bala en el hombro.

El enemigo invisible tenía la ventaja de la posición; los valientes guardias que no sabían huir, estaban á punto de cejar, pues se detenían y no querían avanzar. Aquella lucha contra lo invisible les aterraba. No veían más que humo y rocas: ninguna voz humana, ninguna sombra: diríase que luchaban contra la montaña.

—¡Vamos, Carolino! Dónde está esa puntería, ¡p—! gritó el cabo.

En aquel momento un hombre apareció sobre una roca haciendo gestos con el fusil.

—¡Fuego á ese! gritó el cabo lanzando una sucia blasfemia.

Tres guardias obedecieron pero el hombre siguió de pie; hablaba á gritos pero no se le entendía.

El Carolino se detuvo, creyendo reconocer á alguien en aquella silueta que bañaba la luz del sol. Pero el cabo le amenazaba con ensartarle si no disparaba. El Carolino apuntó y se oyó una detonación. El hombre de la roca giró sobre sí mismo y desapareció lanzando un grito que dejó aturdido al Carolino.

Un movimiento se produjo en la espesura como si los que la ocupaban se dispersasen en todas direcciones. Los soldados entonces empezaron á avanzar, libres de toda resistencia. Otro hombre apareció sobre una peña blandiendo una lanza; los soldados dispararon, y el hombre se dobló poco á poco, se agarró á una rama; otro disparo, y cayó de bruces sobre la roca.

Los guardias treparon ágilmente, calando la bayoneta, dispuestos á un combate cuerpo á cuerpo; el Carolino era el único que marchaba perezoso, con la mirada extraviada, sombría, pensando en el grito

del hombre al caer derribado por su bala. El primero que llegó á la altura se encontró con un viejo moribundo, tendido sobre la roca; metióle la bayoneta en el cuerpo, pero el viejo no pestañeó, tenía la mirada fija en el Carolino, una mirada indefinible y con la huesuda mano le señalaba algo detrás de las rocas.

Los soldados se volvieron y vieron al Carolino espantosamente pálido, la boca abierta y con la mirada en que flotaba el último destello de la razón. El Carolino, que no era otro que Tanò, el hijo de Cabe-sang Tales, que volvía de Carolinas, reconocía en el moribundo á su abuelo, á Tandang Selo, que, como no le podía hablar, le decía por los agonizantes ojos todo un poema de dolor. Y cadáver ya, seguía aún señalando algo detrás de las rocas...

---

## XXXIX

En su solitario retiro, á orillas del mar, cuya movable superficie se descubría al través de las abiertas ventanas extendiéndose á lo lejos hasta confundirse con el horizonte, el P. Florentino distraía su soledad tocando en su armonium aires graves y melancólicos, á que servían de acompañamiento el sonoro clamoreo de las olas y el murmullo de las ramas del vecino bosque. Notas largas, llenas, plañideras como las de una plegaria sin dejar de ser varoniles, se escapaban del viejo instrumento; el P. Florentino, que era un acabado músico, improvisaba y como se encontraba solo, daba rienda suelta á las tristezas de su corazón.

En efecto, el anciano estaba muy triste. Su buen amigo, don Tiburcio de Espadaña, acababa de dejarle huyendo de la persecución de su mujer. Aquella mañana había recibido una cartita de un teniente de la guardia civil que decía:

«Mi querido Capellán: Acabo de recibir del comandante un telegrama que dice: *español escondido casa Padre Florentino cojera remitirá vivo muerto*. Como el telegrama es bastante expresivo, prevéngale al amigo para que no esté allí cuando le vaya á prender á las ocho de la noche.

Suyo afmo.

PÉREZ.

Queme la carta.»

—¡E... e... esta Victorina! había tartamudeado don Tiburcio; e... e... es capaz de hacerme afusilar,

El P. Florentino no le pudo detener: en vano le hizo observar que la palabra *cojera* quería decir *cogerá*; que el español escondido no debía ser don Tiburcio sino el joyero Simoun, que hacía dos días había llegado, herido y como fugitivo, pidiendo hospitalidad. Don Tiburcio no se dejó convencer; *cojera* era su propia cojera, sus señas personales; eran intrigas de Victorina que le quería tener á toda costa vivo ó muerto, como desde Manila había escrito Isagani. Y el pobre Ulises dejó la casa del sacerdote para esconderse en la cabaña de un leñador.

Ninguna duda abrigaba el P. Florentino de que el español buscado era el joyero Simoun. Había llegado misteriosamente, cargando él mismo con su maleta, sangrando, sombrío y muy abatido. Con la libre y afectuosa hospitalidad filipina, acogióle el clérigo sin permitirle indiscreciones, y como los acontecimientos de Manila no habían llegado aún á sus oídos, no se explicaba claramente aquella situación. La única conjetura que se le ocurría era que, habiéndose ya marchado el general, el amigo y protector del joyero, probablemente los enemigos de éste, los atropellados, los lastimados, se levantaban ahora clamando venganza, y el general interino le perseguiría para hacerle soltar las riquezas que había acumulado. De ahí la huída. Pero y sus heridas ¿de dónde provenían? ¿Había intentado suicidarse? ¿eran efecto de venganzas personales? ¿eran sencillamente causadas por una imprudencia, como pretendía Simoun? ¿Las había recibido huyendo de la fuerza que le perseguía?

Esta última conjetura era la que se le presentaba con más visos de probabilidad. Contribuían á robustecerla el telegrama hace poco recibido y la voluntad decidida que había manifestado Simoun desde un principio de no ser tratado por el médico de cabecera. El joyero sólo aceptaba los cuidados de don Tiburcio y aún con marcada desconfianza. En este caso, se preguntaba el P. Florentino, ¿qué conducta debía él observar cuando la guardia civil le viniese á prender á Simoun? El estado del enfermo no per-

mitía el movimiento y menos un largo viaje... Pero el telegrama decía vivo ó muerto...

El P. Florentino dejó de tocar y se acercó á la ventana para contemplar el mar. La desierta superficie, sin un barco, sin una vela; nada le sugería. El islote que se distingue á lo lejos, solitario, sólo le hablaba de su soledad y hacia más solitario el espacio. El infinito es á veces desesperadamente mudo.

Trataba el anciano de analizar la sonrisa triste é irónica con que Simoun recibió la noticia de que iba á ser preso. ¿Qué significaba aquella sonrisa? ¿Y la otra sonrisa, más triste y más irónica todavía, cuando supo que sólo vendrían á las ocho de la noche? ¿Qué significaba aquel misterio? ¿Por qué se negaba Simoun á esconderse?

Se le venía á la memoria la célebre oración de San Juan Crisóstomo defendiendo al eunuco Eutropio: «¡Nunca fué como ahora oportuno decir: Vanidad de vanidades y todo vanidad!»

—¡Sí, aquel Simoun tan rico, tan poderoso, tan temido una semana antes, ahora, más desgraciado que Eutropio, buscaba asilo, y no en los altares de una iglesia, sino en la miserable casa de un pobre clérigo indio, perdida en el bosque, en la orilla solitaria del mar! ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! Y aquel hombre, dentro de breves horas iba á ser preso, arrancado del lecho donde yacía, sin respeto á su estado, sin consideración á sus heridas, ¡vivo ó muerto le reclamaban sus enemigos! ¿Cómo salvarle? ¿Dónde encontrar los acentos conmovedores del obispo de Constantinopla? ¿Qué autoridad tenían sus pobres palabras, las palabras de un clérigo indio, cuya humillación aquel mismo Simoun en sus días de gloria parecía aplaudir y alentar?

El P. Florentino no se acordaba ya de la indiferente acogida que dos meses antes le había hecho el joyero, cuando quiso interesarle en favor de Isagani, preso por su exaltación imprudente; se olvidaba de la actividad que Simoun había desplegado para precipitar las bodas de Paulita, bodas que habían sumi-

do á Isagani en una feroz misantropía, que ponía inquieto al tío: el P. Florentino lo olvidaba todo y sólo se acordaba del estado del enfermo, de sus deberes de huésped, y se devanaba los sesos. ¿Debía esconderlo para evitar la acción de la justicia? Pero si el mismo interesado no se apuraba: sonreía...

En esto pensaba el buen anciano cuando un criado vino á advertirle que el enfermo le deseaba hablar. Pasó á la estancia inmediata, un limpio y bien ventilado aposento, con el pavimento de anchas tablas brillantes y pulidas, amueblado sencillamente con grandes y pesados sillones, de forma antigua, sin barniz ni dibujos. Había en un extremo una gran cama de kamagón con sus cuatro columnas para sostener la corona del mosquitero y, al lado, una mesa cubierta de botellas, hilas y vendajes. Un reclinatorio á los pies de un Cristo y una pequeña biblioteca hacían sospechar que era el aposento del sacerdote, cedido á su huésped, según la costumbre filipina de ceder al forastero la mejor mesa, el mejor cuarto y la mejor cama de la casa. Al ver las ventanas abiertas en todo su largo para dejar entrada libre al aire sano del mar y los ecos de su eterno lamento, nadie en Filipinas diría que allí se encontraba un paciente, pues es costumbre de cerrar todas las ventanas y las más pequeñas rendijas tan pronto como alguno se acatarró ó coge un dolor de cabeza insignificante.

El P. Florentino miró hacia la cama y con gran espanto suyo vió que la fisonomía del enfermo había perdido su expresión tranquila é irónica. Un dolor oculto parec'ía fruncir sus cejas, en la mirada se leía la ansiedad y sus labios se contraían en una sonrisa de dolor.

—¿Sufre usted, señor Simoun? preguntó solícito el sacerdote acercándose.

—Algo, pero dentro de poco, ¡dejaré de sufrir! contestó agitando la cabeza.

El P. Florentino juntó las manos aterrado, creyendo comprender una terrible verdad.

—¿Qué ha hecho usted, Dios mío? ¿Qué ha to-



mado usted? y tendió la mano hacia las botellas.

—¡Es inútil! ¡no hay remedio ninguno! contestó con dolorosa sonrisa; ¿qué quería usted que hiciese? antes que dén las ocho... Vivo ó muerto... ¡muerto sí, pero vivo no!

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué ha hecho usted?

—¡Cálmese usted! le interrumpió el enfermo con un gesto; lo hecho hecho está. No debo caer vivo en manos de nadie... pueden arrancarme el secreto. No se apure, no pierda la cabeza, es inútil... ¡Escúcheme! va á venir la noche y no hay tiempo que perder... necesito decirle mi secreto, necesito confiarle mi última voluntad... necesito que usted vea mi vida... En el momento supremo quiero aligerarme de un peso, quiero explicarme una duda... Usted que tanto cree en Dios... ¡quiero que me diga si hay un Dios!

—Pero un antídoto, señor Simoun... tengo apomorfina... tengo éter, cloroformo...

Y el sacerdote trataba de buscar un frasco hasta que Simoun, impaciente, gritó:

—¡Es inútil... es inútil! ¡No pierda usted tiempo! ¡Me iré con mi secreto!

El clérigo, aturdido, se dejó caer sobre el reclinatorio, oró á los pies del Cristo ocultando la cara en las manos y después se levantó serio y grave como si hubiese recibido de su Dios toda la energía, toda la dignidad, toda la autoridad del Juez de las conciencias. Acercó un sillón á la cabecera del enfermo, y se dispuso á escuchar.

A las primeras palabras que le murmuró Simoun, cuando le dijo su verdadero nombre, el anciano sacerdote se echó para atrás y le miró con terror. El enfermo se sonrió amargamente. Cogido de sorpresa, el hombre no fué dueño de sí mismo, pero pronto se dominó y cubriéndose la cara con el pañuelo, volvió á inclinarse y á prestar atención.

Simoun contó su dolorosa historia, cómo, trece años antes, de vuelta de Europa, lleno de esperanzas y risueñas ilusiones, venía para casarse con una jo-

ven que amaba, dispuesto á hacer el bien y á perdonar á todos los que le habían hecho mal, con tal que le dejasen vivir en paz. No fué así. Mano misteriosa le arrojó en el torbellino de un motín urdido por sus enemigos; nombre, fortuna, amor, porvenir, libertad, todo lo perdió y sólo se escapó de la muerte gracias al heroísmo de un amigo. Entonces juró vengarse. Con las riquezas de su familia, enterradas en un bosque, escapóse, se fué al extranjero y se dedicó al comercio. Tomó parte en la guerra de Cuba, ayudando ya á un partido ya á otro, pero ganando siempre. Allí conoció al general, entonces comandante, cuya voluntad se captó primero por medio de adelantos de dinero y haciéndose su amigo después gracias á crímenes cuyo secreto el joyero poseía. El, á fuerza de dinero le consiguió el destino y una vez en Filipinas se sirvió de él como de ciego instrumento y le impulsó á cometer toda clase de injusticias valiéndose de su inextinguible sed de oro.

La confesión fué larga y pesada, pero durante ella el confesor no volvió á dar ningún signo de espanto y pocas veces interrumpió al enfermo. Era ya de noche cuando el P. Florentino, enjugándose el sudor de su rostro, se irguió y se puso á meditar. Reinaba en la habitación obscuridad misteriosa que los rayos de la luna, entrando por la ventana, llenaba de luces vagas y reflejos vaporosos.

En medio del silencio, la voz del sacerdote resonó triste, pausada, pero consoladora:

—Dios le perdonará á usted, señor... Simoun, dijo; sabe que somos falibles, ha visto lo que usted ha sufrido, y al permitir que usted halle el castigo de sus culpas recibiendo la muerte de mano de los mismos que ha instigado, ¡podemos ver su infinita misericordia! El ha hecho abortar uno á uno sus planes, lo mejor concebidos, primero con la muerte de María Clara, después por una imprevisión, y después misteriosamente... ¡acatemos su voluntad y démosle gracias!

—Según usted, contestó débilmente el enfermo, su voluntad sería que estas islas...

—¿Continuasen en el estado en que gimen? concluyó el clérigo viendo que el otro se detenía. No lo sé, señor; ¡no leo en el pensamiento del Inescrutable! ¡Sé que no ha abandonado á los pueblos que en los momentos supremos se confiaron á El y le hicieron Juez de su opresión; sé que Su brazo no ha faltado nunca cuando, pisoteada la justicia y agotado todo recurso, el oprimido coge la espada y lucha por su hogar, por su mujer, por sus hijos, por sus inalienables derechos que, como dice el poeta alemán, brillan inquebrantables é incólumes allá en la altura como las mismas eternas estrellas! ¡No, Dios, que es la justicia, no puede abandonar Su causa, la causa de la libertad sin la cual no hay justicia posible!

—¿Por qué entonces me ha negado su apoyo? preguntó la voz del enfermo, llena de amarga queja.

—¡Porque usted ha escogido un medio que El no podía aprobar! respondió el sacerdote con voz severa: ¡la gloria de salvar á un país no la ha de tener el que ha contribuido á causar su ruina! ¡Usted ha creído que lo que el crimen y la iniquidad han manchado y deformado, otro crimen y otra iniquidad podrían purificar y redimir! ¡Error! ¡El odio no crea más que monstruos; el crimen, criminales; sólo el amor lleva á cabo obras maravillosas, sólo la virtud puede salvar! No; si nuestro país ha de ser alguna vez libre, no lo será por el vicio y el crimen, no lo será corrompiendo á sus hijos, engañando á unos, comprando á otros, no; redención supone virtud, virtud, sacrificio y sacrificio, amor!

—¡Bien! acepto su explicación contestó el enfermo después de una pausa; me he equivocado, pero, porque me he equivocado, ¿ese Dios ha de negar la libertad á un pueblo y ha de salvar á otros muchos más criminales que yo? ¿qué es mi error al lado del crimen de los gobernantes? ¿Por qué ese Dios ha de tener más en cuenta mi iniquidad que los clamores de tantos inocentes? ¿Por qué no me ha herido y des-

pués hecho triunfar al pueblo? ¿Por qué dejar sufrir á tantos dignos y justos y complacerse inmóvil en sus torturas?

—¡Los justos y los dignos deben sufrir para que sus ideas se conozcan y se extiendan! ¡Hay que sacudir ó romper los vasos para derramar su perfume, hay que herir la piedra para que salte la luz! ¡Hay algo providencial en las persecuciones de los tiranos, señor Simoun!

—Lo sabía, murmuró el enfermo, y por eso excitaba la tiranía...

—¡Sí, amigo mío, pero se derramaban más líquidos corrompidos que otra cosa! ¡Usted fomentaba la podredumbre social sin sembrar una idea. De esa fermentación de vicios sólo podía surgir el hastío y si naciese algo de la noche á la mañana, sería á lo más un hongo, porque espontáneamente sólo hongos pueden nacer de la basura. Cierto que los vicios de un gobierno le son fatales, le causan la muerte, pero matan también á la sociedad en cuyo seno se desarrollan. A gobierno inmoral corresponde un pueblo desmoralizado, á administración sin conciencia ciudadanos rapaces y serviles en poblado, bandidos y ladrones en las montañas! Tal amo, tal esclavo. Tal gobierno, tal país.

Reinó una corta pausa.

—Entonces ¿qué hacer? preguntó la voz del enfermo.

—¡Sufrir y trabajar!

—¡Sufrir... trabajar...! repitió el enfermo con amargura; ¡ah! ¡fácil es decirlo cuando no se sufre... cuando el trabajo se premia!... Si vuestro Dios exige al hombre tanto sacrificio, al hombre que apenas puede contar con el presente y duda del mañana; si hubiese usted visto lo que yo, miserables, desgraciados sufriendo indecibles torturas por crímenes que no han cometido, asesinatos para tapar ajenas faltas ó incapacidades, pobres padres de familia, arrancados de su hogar para trabajar inútilmente en carreteras que se descomponen cada mañana y que parece sólo

se entretienen para hundir á las familias en la miseria... ¡ah! ¡sufrir... trabajar... es la voluntad de Dios! ¡Convenza usted á esos de que su asesinato es su salvación, de que su trabajo es la prosperidad de su hogar! Sufrir... trabajar... ¿Qué Dios es ese?

—Un Dios justísimo, señor Simoun, contestó el sacerdote; un Dios que castiga nuestra falta de fe, nuestros vicios, el poco aprecio que hacemos de la dignidad, de las virtudes cívicas... Toleramos y nos hacemos cómplices del vicio, á veces lo aplaudimos, justo es, justísimo que suframos sus consecuencias y las sufran también nuestros hijos. Es el Dios de libertad, señor Simoun, que nos obliga á amarla haciendo que nos sea pesado el yugo; un Dios de misericordia, de equidad, que al par que nos castiga nos mejora, y sólo concede el bienestar al que se lo ha merecido por sus esfuerzos: la escuela del sufrimiento templó, la arena del combate vigoriza las almas. Yo no quiero decir que nuestra libertad se conquiste á filo de espada, la espada entra por muy poco ya en los destinos modernos, pero, sí, la hemos de conquistar mereciéndola, elevando la razón y la dignidad del individuo, amando lo justo, lo bueno, lo grande hasta morir por él, y cuando un pueblo llega á esa altura, Dios suministra el arma, y caen los ídolos, caen los tiranos como castillo de naipes, y ¡brilla la libertad con la primera aurora! Nuestro mal lo debemos á nosotros mismos, no echemos la culpa á nadie. Si España nos viese menos complacientes con la tiranía, y más dispuestos á luchar y sufrir por nuestros derechos, España sería la primera en darnos la libertad, porque cuando el fruto de la concepción llega á su madurez ¡desgraciada la madre que lo quiere ahogar! En tanto, mientras el pueblo filipino no tenga suficiente energía para proclamar, alta la frente y desnudo el pecho, su derecho á la vida social y garantizarlo con su sacrificio, con su sangre misma; mientras veamos á nuestros paisanos, en la vida privada sentir vergüenzas dentro de sí, oír rugiendo la voz de la conciencia que se rebela y protesta, y en la

vida pública callarse, hacer coro al que abusa para burlarse del abusado; mientras los vemos encerrarse en su egoísmo y alabar con forzada sonrisa los actos más inicuos, mendigando con los ojos una parte del botín, ¿á qué darles libertad? ¡ Con España y sin España serían siempre los mismos, y acaso, acaso peores! ¿A qué la independencia si los esclavos de hoy serán los tiranos de mañana? ¡Y lo serán sin duda porque ama la tiranía quien se somete á ella! Señor Simoun, mientras nuestro pueblo no esté preparado, mientras vaya á la lucha engañado ó empujado, sin clara conciencia de lo que ha de hacer, fracasarán las más sabias tentativas y más vale que fracasen, porque ¿á qué entregar al novio la esposa si no la ama bastante, si no está dispuesto á morir por ella?

El P. Florentino sintió que el enfermo le cogía la mano y se la estrechaba; calló entonces esperando que hablase, pero sólo sintió dos apretones más, oyó un suspiro y largo silencio reinó en la estancia. Sólo el mar, cuyas olas se habían encrespado con la brisa de la noche como si despertasen del calor del día, enviaba sus roncós bramidos, su canto inmortal al estrellarse contra las enhiestas rocas. La luna, ya sin la rivalidad del sol, triunfaba tranquila en el cielo, y los árboles del bosque inclinándose unos á otros, se confiaban sus seculares leyendas en misteriosos murmullos, que transportaba en sus alas el viento.

Viendo que el enfermo nada decía, el P. Florentino como absorto en un pensamiento, murmuró:

—¿Dónde está la juventud que ha de consagrar sus rosadas horas, sus ilusiones y entusiasmo al bien de su patria? ¿Dónde está la que ha de verter generosa su sangre para lavar tantas vergüenzas, tantos crímenes, tanta abominación? ¡Pura y sin mancha ha de ser la víctima para que el holocausto sea aceptable!... ¿Dónde estais, jóvenes, que habéis de encarnar en vosotros el vigor de la vida que ha huído de nuestras venas, la pureza de las ideas que se ha manchado en nuestros cerebros y el fuego

del entusiasmo que se ha apagado en nuestros corazones?... ¡os esperamos, oh jóvenes, venid que os esperamos!

Y como sintiese sus ojos humedecerse, apartó su mano de la del enfermo, se levantó y se acercó á la ventana para contemplar la vasta superficie del mar. Sacáronle de su meditación unos golpecitos discretos dados en la puerta. Era el criado que preguntaba si debía encender la luz.

Cuando el sacerdote se acercó al enfermo y le vió, á la luz de la lámpara, inmóvil, los ojos cerrados, la mano que había estrechado la suya, abierta y extendida al borde de la cama, creyó un momento que dormía: pero observando que no respiraba, tocóle suavemente y entonces se apercibió de que estaba muerto: comenzaba á enfriarse.

Arrodillóse entonces y oró.

Cuando se levantó y contempló el cadáver, en cuyo semblante se leía la tristeza más profunda, el pesar de toda una vida inútil que se llevaba más allá de la muerte, el anciano se estremeció y murmuró:

—¡Dios tenga piedad de los que han torcido el camino!

Y mientras los criados, llamados por él, se arrodillaban y rezaban por el muerto, curiosos y distraídos mirando hacia la cama y repitiendo *requiems* y más *requiems*, el P. Florentino sacó de un armario la célebre maleta de acero que contenía la fabulosa fortuna de Simoun. Vaciló unos instantes, mas, pronto, tomando una determinación, descendió con ella las escaleras, se fué á la roca donde Isagani solía sentarse para escudriñar el fondo del mar.

El P. Florentino miró á sus pies. Allá abajo se veían las oscuras olas del Pacífico batir las concavidades de la roca, produciendo sonoros truenos, al mismo tiempo que heridas por un rayo de luna, olas y espumas brillaban como chispas de fuego, como puñados de brillantes que arrojase al aire algún genio del abismo. Miró en derredor suyo. Estaba solo. La solitaria costa se perdía á lo lejos en vaga nebli-

na, que la luna desvanecía hasta confundirla con el horizonte. El bosque murmuraba voces ininteligibles. El anciano entonces, con el esfuerzo de sus hercúleos brazos, lanzó la maleta al espacio arrojándola al mar. Giró varias veces sobre sí misma, y descendió rápidamente trazando una pequeña curva, reflejando sobre su pulimentada superficie algunos pálidos rayos. El anciano vió saltar gotas, oyó un ruido quebrado y el abismo se cerró tragándose el tesoro. Esperó algunos instantes para ver si el abismo devolvería algo, pero la ola volvió á cerrarse tan misteriosa como antes, sin aumentar en un pliegue más su rizada superficie, como si en la inmensidad del mar sólo hubiese caído un pequeño pedrusco.

—¡ Que la naturaleza te guarde en los profundos abismos, entre los corales y perlas de sus eternos mares! dijo entonces el clérigo extendiendo solemnemente la mano. Cuando para un fin santo y sublime los hombres te necesiten, Dios sabrá sacarte del seno de las olas... ¡ Mientras tanto, allí no harás el mal, no torcerás el derecho, no fomentarás avaricias!...

FIN DE EL FILIBUSTERISMO



# Biblioteca de Enseñanza Popular

## Huxley

Introducción al estudio de la ciencia.

## Dufour

Diccionario de las falsificaciones.

## Paulhan

La Fisiología del Espíritu.

## Meunier

Historia del Arte.

## Flammarión

Astronomía popular.  
A través del espacio.  
¿Qué es el Cielo?

## Ferrière

El Darwinismo.

## Brothier

Historia de la Tierra.

## P. Secchi, Briot, Wolf, Delaunay y Tisserand

Las estrellas y los cometas.

---

## — ❖ OBRAS VARIAS ❖ —

---

**Monenclator de Puertos y Con- salados**, por Román Mulet.  
—5 ptas.

**Cantos de vida y esperanza:**  
*Los Cisnes* y otros poemas,  
por Rubén Darío.—5 ptas.

**Curso completo de Apicultura**  
(cultivo de las abejas), por  
G. Layens y G. Bonnier  
(4.ª edición).—5 ptas.

**Aguila de Blasón**, por Ramón  
del Valle-Inclán.—3'50 ptas.

**Sonata de Primavera**, por Ra-  
món del Valle-Inclán.—2 pe-  
setas.

**Sonata de Estío**, por Ramón del  
Valle-Inclán.—2 ptas.

**Sonata de Otoño**, por Ramón  
del Valle-Inclán.—2 ptas.

**Sonata de Invierno**, por Ramón  
del Valle-Inclán.—2 ptas.

**La vispera de la boda**, por Du-  
puy.—2 reales.

**Los Seguros**, por P. Estasén.—  
3 ptas.

**Cosas de los moros**, por Díez  
de Tejada.—2 ptas.

**El arte del colorido**, (con un  
tratado especial de ilumina-  
ción de tarjetas postales),  
por Lufour.—1 pta.

**Arte de dibujar sin maestro**,  
por Coupil y Renauld.—  
1 pta.

**Astronomía y ciencia general**,  
por J. Comas Solá.—6 ptas.

# Biblioteca Contemporánea

- Bossi**  
Jesucristo nunca ha existido  
(3.<sup>a</sup> edición).
- Mantegazza**  
El Siglo hipócrita (2.<sup>a</sup> edición).  
La Filosofía del amor.
- Stepniak**  
La Rusia Terrorista (2.<sup>a</sup> edición).
- Häckel**  
El origen del hombre.  
Un viaje á la India.
- Büchner**  
La Aurora del siglo.  
Lugar del Hombre en la Naturaleza (2 tomos).
- Leturneau**  
Las Pasiones Humanas.
- Viardot**  
Apología de un incrédulo.
- Tolstoy**  
El Gran Crimen.
- Gomila**  
Alma Social.
- Lorenzo**  
Vía Libre.
- Mirabeau**  
Erótika Biblión. La Pornografía en la Biblia.
- Ibarreta**  
La Religión al alcance de todos (2.<sup>a</sup> edición).
- Beraud**  
La Existencia de Dios.
- Carlyle**  
Los Héroe (2 tomos).
- Berthelot**  
Ciencia y moral.
- Spencer**  
La ciencia social.
- Marx**  
Precios, Salarios y Ganancias.
- Kautsky**  
Parlamentarismo y Socialismo.
- Bebel**  
La Mujer.
- Negri**  
La Crisis Religiosa.
- Voltaire**  
La Moral Religiosa.
- Denoy**  
¿Descendemos del Mono?
- Barón de Holbach**  
Sistema de la Naturaleza (2 tomos).
- Schopenhauer**  
El Fundamento de la Moral.
- Nietzsche**  
El Anticristo.
- Vandervelde y Massart**  
Los Parásitos de la Sociedad.
- Quincey**  
El Asesinato considerado como una de las Bellas Artes.
- Kropotkin**  
Memorias de un revolucionario (2 tomos).
- E. Troilo**  
El Misticismo Moderno.
- E. Reclús**  
Los Primitivos (2 tomos).
- E. Littré**  
Conservación y Revolución.
- Gener**  
La Muerte y el Diablo (dos tomos).
- Novicow**  
La emancipación de la mujer.
- Boutroux**  
Las leyes naturales.
- Emerson**  
El hombre y el mundo.
- Delfino**  
El alcoholismo.
- Rizal**  
El filibusterismo.









BIBLIOTECA  
NACIONAL



1002056850